



Sinopsis: Abril de 1945, la II guerra mundial y la locura de Hitler llegan a su fin. Austria, noche cerrada. Una columna de camiones nazis avanza con dificultad por una carretera de montaña imposible. Su destino, un lago de alta montaña, discreto y solitario llamado Toplitz. Allí, los militares vacían los camiones y arrojan al agua una serie de cajas perfectamente empaquetados y un cilindro metálico de 1 metro de longitud y 15 centímetros de diámetro. En su interior, oculto, el mayor secreto de la locura nazi. Setenta años más tarde, un avión privado, tras sobrevolar Francia eludiendo cualquier norma de seguridad en vuelo, se estrella violentamente al quedarse sin combustible en los Alpes suizos. Tanto la tripulación como su único pasajero habían muerto horas antes... Orient Express, un tratante de oro aparece también muerto, pero de miedo. Como único equipaje, un lingote de oro con el anagrama de la sociedad esotérica nazi de Thule y una misteriosa foto. La foto de un hombre que no existe... De los Alpes a Italia y desde allí a uno de los lugares más inhóspitos del planeta. La apertura de un testamento muy especial inicia una carrera contrarreloj que puede acabar con la vida en el planeta, tal y como la conocemos hoy. Solo un hombre que no existe puede ganar esta carrera y la pregunta es... ¿llegará a tiempo?

Toplitz, el enigma oculto

Una aventura de Eric Chantereau-registro de la propiedad intelectual de Barcelona nº b-4662-08

Autor: José Inocencio López Freire

DNI: 37379201 S

Teléfono: 635920499

Hortensia 23 ático 1ª

08950 Esplugues de Llobregat

www.ericchantereau.com

email: joselopezfreire2001@yahoo.es - ericchantereau@ericchantereau.com

24 de junio del 2007 – 23 de Enero del 2008

Índice:

Prólogo.

Capítulo 1. Vuelo misterioso.

Capítulo 2. Encuentro en el Orient Express.

Capítulo 3. La foto de un hombre que no existe.

Capítulo 4. ¿Es usted el señor Chantereau?.

Capítulo 5. Toplitz, el enigma oculto.

Capítulo 6. La historia.

Capítulo 7. La conexión.

Capítulo 8. “La mile miglia”.

Capítulo 9. Coches rápidos, bellas mujeres y una invitación.

Capítulo 10. No tengo elección.

Capítulo 11. La cena.

Capítulo 12. Emboscada.

Capítulo 13. La sociedad secreta de Thule.

Capítulo 14. Pasemos directamente a los postres, caballeros.

Capítulo 15. Londres otra vez.

Capítulo 16. Toplitz.

Capítulo 17. Rumbo al misterio.

Capítulo 18. Estoy buscando un barco.

Capítulo 19. Vuelo al infierno.

Capítulo 20. ¡Los tenemos!

Capítulo 21. Demasiados secretos.

Capítulo 22. Más allá de la meseta de Ellsworth.

Capítulo 23. ¿Y ahora qué?.

Capítulo 24. La misión.

Capítulo 25. Nueva Suevia.

Capítulo 26. Más allá del hielo.

Capítulo 27. Al otro lado.

Capítulo 28. Personajes secundarios clave toman protagonismo.

Capítulo 29. Los secretos de Nueva Suevia.

Capítulo 30. Radiaciones mortales.

Capítulo 31. Proyecto AmeriKa.

Capítulo 32. Cuando los segundos cuentan.

Capítulo 33. Combate en los hielos.

Epílogo

Prólogo

La gente piensa que un agente secreto disfruta de una vida disoluta. Siempre rodeado de bellas mujeres, espectaculares coches para desplazarse por el mundo de manera no muy discreta, coches que ningún servicio secreto podría pagar y licencia para matar sin tener que dar ningún tipo de explicaciones y, lo más importante, sin remordimientos. Una especie de superhéroe sin limitaciones físicas y/o éticas y al que prácticamente no afecta ni la kriptonita. Dotado de un pasaporte para el delirio sin fecha de caducidad. En eso mismo pensaba, de manera cada vez más recurrente Phil Cadwell, en la sala de espera para autoridades del aeropuerto de Heathrow, un frío atardecer de finales de Abril. Su mujer, que era la que se ocupaba de los detalles, había ido al cine con unas amigas y no le había podido preparar la maleta y a él, al que le quedaban dos semanas para jubilarse, se le había echado el tiempo encima desde que recibió la llamada de su superior, ordenándole presentarse en la oficina de guardia del Foreign Office. Era domingo, y había salido de casa casi con lo puesto tras dejar una escueta nota en la puerta de la nevera.

Lo más cerca que estuvo en sus treinta años de servicio de una situación de máxima tensión, había sido durante la guerra de las Malvinas, a principios de los años ochenta, cuando durante una semana viajó varias veces a París para tratar de bloquear la venta de misiles "exocet" de la empresa francesa Aérospatiale a Argentina. El 4 de mayo de 1982 un piloto argentino a los mandos de un, también, caza de combate de fabricación francesa de la empresa Dassault, disparó uno de estos misiles prácticamente a menos de 11 kilómetros de distancia del objetivo y volando casi a ras del agua para evitar los radares. El destructor británico HMS Sheffield apenas vio lo que se le venía encima hasta 5 segundos antes del impacto. Aquello no solo cambió los sistemas de defensa de todos los buques de guerra en años venideros, sino que estuvo a punto de decantar la balanza de aquella absurda guerra del lado de los argentinos. Si disponían de los "exocet" suficientes y de pilotos capaces de arriesgar sus vidas y sus aviones en aquellas misiones, los argentinos solo tendrían que ir cazando uno a uno a todos los buques de guerra que Margaret Thatcher había enviado a reconquistar las, para los británicos, islas Falkland.

La oficina estaba vacía en domingo, de hecho no recordaba haber estado allí ningún Domingo por la tarde en muchos años. El oficial de guardia le condujo al despacho del jefe del MI6, comenzó a ponerse nervioso. Nunca había estado en aquel despacho. El oficial abrió la puerta sin llamar y le facilitó el paso al interior del mismo. Entró. La puerta se cerró detrás de él.

Sentado a la mesa se encontraba el jefe del MI6, William Farris, mucho más bajito y desaliñado de lo que aparecía siempre en las fotos de la prensa. Su mano izquierda se paseaba una y otra vez por su despejada frente, mientras que con la derecha sujetaba un teléfono. No levantó la vista cuando Phil entró. Sí lo hizo James Levine, su inmediato superior, el hombre que le había sacado de una morosa tarde de domingo. Impecable con su traje oscuro, chaleco y corbata a juego y su pipa, que nunca encendía, en la mano derecha. Se comentaba con cierta sorna que la utilizaba para impresionar a la gente más joven y recién llegada, una manera de marcar diferencias. Levine era un auténtico burócrata, diez años más joven que Phil, llevaba toda su vida entre el MI6, Scotland Yard y el Foreign Office. Nada se movía sin que él lo supiera y había sobrevivido a varios cambios de gabinete. Siempre estaba ahí, en un segundo plano, dispuesto a saltar a primera línea si se le planteaba la oportunidad. Y aunque se le había planteado varias veces, él prefería seguir donde estaba, resultaba más imprescindible y menos comprometido. Le hizo una indicación de que esperara y que guardara silencio. Phil se percató de lo tenso que estaba el jefe del MI6 los nudillos de la mano derecha que sujetaban el auricular estaban completamente blancos y éste escuchaba a alguien al otro lado del auricular sin interrumpirle en ningún momento. Se imaginó que quizás fuese el Primer Ministro o la Reina, el silencio era demasiado prolongado para tratarse de un subordinado. Se relajó un poco y echó un vistazo a su alrededor con cierta discreción. El despacho, amplio y con pocos muebles, de colores cálidos, estaba en penumbra, únicamente iluminado por la lámpara de la mesa del jefe del MI6, ya que había anochecido y casi no entraba luz natural por el amplio ventanal a la derecha de la habitación. Y a la derecha se percató, no sin un cierto sobresalto, de una figura alta, con las manos en la espalda y entrelazadas, que miraba por el ventanal al Támesis ajeno a todo y a todos. No le había visto nunca, pero inmediatamente intuyó quien

podía ser. No le dio tiempo a seguir su razonamiento. El jefe del MI6 colgó el teléfono despidiéndose de su interlocutor con un lacónico "Sí, Primer Ministro".

-¡Esto va en serio, Levine! ¡Si no lo hubiera escuchado de boca del Primer Ministro...!-hizo una pausa mientras se retrepaba en su amplio y, que duda cabe, cómodo sillón-¡... pensaría que se trata del argumento de una novela barata!

-Bien, aquí está el pliego con la información disponible, dele todos los datos a su hombre y pónganse en marcha- Y mirando durante unos segundos a Phil, la primera vez que lo hacía desde que éste entrara en el despacho, remató : - Que tenga un buen vuelo.

Levine cogió el pliego, en realidad el típico sobre en formato DIN-A4 de papel reciclado con el membrete, un tanto melodramático, estampado en diagonal en letras de color negro "confidencial y secreto". Casi empujó a Phil fuera del despacho. El extraño que había permanecido ajeno a todo durante el tiempo que Phil estuvo allí, giró la cabeza hacia ellos cuando salían y pudo verle la cara con más claridad. Alto, de unos 50 años, muy bien llevados, completamente calvo a excepción de la parte posterior del cráneo, que llevaba perfectamente arreglada y de color canoso, al estilo militar, igual que un poblado bigote, también impecable, de color blanco. Sus facciones resultaban duras, casi perfectas. Phil reconocía a un militar de verdad de lejos. Él mismo lo había sido en su juventud.

- Un taxi le espera a la puerta... La compañía ha fletado un vuelo charter hasta Viena. Allí tome un taxi y diríjase al despacho de Udo Schneider, es un prestigioso abogado. Él comprobará la documentación que usted le lleva y le dará otra. Regresará inmediatamente con toda ella aquí. Si todo es correcto estará de vuelta para primera hora de la mañana- le espetó Levine mientras caminaban por los vacíos pasillos de aquel moderno edificio.

- ¿Puedo preguntar de que se trata?

Levine no contestó, ignoró la pregunta. Cadwell no se dio por vencido:

- El hombre que estaba de espaldas...¿es de la sección B?- preguntó nuevamente para inmediatamente arrepentirse. Si había algo que James Levine y su pipa marcaban perfectamente como había recordado en el despacho, eran las distancias. No solo para los más jóvenes sino para los veteranos como él a punto de jubilarse.

La cara de fastidio de Levine era evidente, pero no perdió la compostura, algo que había sacado de sus casillas a más de uno de sus competidores o detractores y se limitó a llevarse la pipa a la boca e ignorar la pregunta. Phil había dado en el clavo: la sección B, casi una leyenda urbana entre los empleados, funcionarios y militares. Un espectro, una sombra, un...nada. No se sabía nada de ellos, ni quiénes ni cuántos eran ni si realmente existían.

Algo grande estaba pasando o iba a pasar.

Todo aquello volvía a su mente allí, en aquella solitaria sala del aeropuerto de Heathrow. Era extraño que le hubieran llamado para una misión de correo como aquella o puede que no. Se jubilaba en dos semanas, quizás allí estaba la clave de su elección. Abrió el sobre y extrajo el sobre que iba a su atención, nada en especial. El pase para la zona reservada del aeropuerto, el billete de avión, su contacto en Viena, todo lo que le había dicho Levine. Cogió el otro sobre, lacrado, y extrañamente voluminoso, demasiados documentos para ser examinados y confirmados en unas horas pensó, Se abrió la puerta y entró un hombre, alto y de unos cuarenta años, con uniforme de piloto y emblema de la compañía de vuelos privados "Skyjet". No llegó a cuadrarse por poco. Skyjet era una pequeña compañía propiedad del gobierno británico, aunque pocos lo sabían. Operaban como una empresa de vuelos para hombres de negocios y su personal solían ser ex miembros de la Royal Air Force en excedencia o a punto de retirarse y pasar al sector privado. Era un paso previo para tener en su expediente algo más que horas de vuelo con aviones de combate y vencer las reticencias de las grandes compañías a contratar pilotos militares que solían, en algunos casos, generar problemas de convivencia con el resto del personal.

-¿El señor Phil Cadwell...? Soy el capitán Faraday, todo está a punto, partimos ya.

- Bien, vamos con el tiempo justo, me esperan en Viena- comentó por pura rutina Phil mientras cogía su pequeña bolsa de viaje y seguía al piloto por un interminable y solitario pasillo.

Era ya de noche cuando, tras caminar más de diez minutos llegaron al hangar donde esperaba, ya con los motores encendidos, el esbelto Bombardier Learjet 40XR. Un pequeño reactor con

capacidad para siete pasajeros y dos tripulantes. El copiloto estaba ya en la cabina. Faraday no le conocía, había ingresado en la compañía apenas hacía un par de semanas. Un tipo alto y seco, de pelo excesivamente largo, quizás demasiado, pensó. Se saludaron, Frank Martin, el copiloto, se mostró cordial pero un tanto frío. No se lo tomó en consideración. Martin, como él, provenía de la RAF y una vida militar marcaba bastante. Ya tendría tiempo de relajarse, pensó.

Phil Cadwell se sentó en la zona de pasajeros. Iba solo. Lástima que el servicio no incluyera una bella azafata ofreciéndole un buen champagne francés. Bueno, no era una mala despedida, viajar en un jet privado era propio de espías súper sofisticados, su mujer se reiría de él a la vuelta cuando se lo contara.

Capítulo 1. Vuelo misterioso

-¡Oye Alain, mira esto, creo que tenemos un problema!- Pierre Laverdoux llevaba un mes trabajando como controlador aéreo en el aeropuerto de Lyon. Alain, su supervisor, dejó su café sin recoger de la máquina y se acercó a la pantalla de radar que supervisaba Pierre sin preguntar.

-Un Bombardier de SkyJet. Salió de Londres hace una hora, con destino a Viena. Debería haber virado al llegar a esta marca...- Pierre señalaba sobre la pantalla de radar una marca intermitente y parpadeante-¡... pero lo ha hecho antes y comienza a perder altura. He intentado comunicar con ellos, pero no responden, todo parece normal, la radio está abierta...!

-Si siguen cinco minutos más en esa posición bloquearán todo el tráfico que utiliza el corredor de Centroeuropa. Sigue llamando, voy a comunicar con control de tráfico- Alain, comenzó a ponerse nervioso. Aquello no pintaba nada bien. No se lo había dicho a Pierre pero Skyjet no era una compañía de jets privados corrientes. Tan pronto comunicó con tráfico y estos confirmaron con Londres la identidad del avión, se precipitaron los acontecimientos.

Regresó a los diez minutos, Pierre había desistido de llamar al Bombardier. Seguía sin contestar y además había tenido que comenzar a desviar el rumbo de los vuelos comerciales que utilizaban aquel corredor habitualmente. Dos controladores más se habían unido a la labor y la alarma comenzaba a recorrer todos los aeropuertos, desde España hasta Polonia.

-¡Alain, siguen perdiendo altitud!;En 10 minutos desaparecerán del radar!; Van directos a los Alpes, a la velocidad que pierden altitud, entrarán en Suiza en diez minutos y chocarán, casi con toda seguridad, con algún pico o ladera nevada de los Alpes Berneses!- Pierre no tenía ninguna duda de lo que decía. Alain también había llegado a la misma conclusión.

-He hablado con control de tráfico aéreo militar. Han hecho despegar a un Mirage para que lo intercepten antes de que abandone Francia- Alain se quedó mirando la pantalla del radar. Sí, Skyjet no era una compañía de jets corrientes. Fuera quien fuera su o sus pasajeros eran importantes.

El reactor del Mirage F1 iba a plena potencia. Fue toda una sorpresa para Michel Tanguay. La alarma le había sacado de su letargo en la base de Orange. Solo había despegado una vez en situación de alerta máxima, y era una simple prueba de control operativo. La salida de uno de estos aviones de interceptación se efectuaba en un tiempo máximo de 15 minutos, pero todo se aceleró al saber que el avión a interceptar, objetivo de aquel frenético vuelo, estaba a punto de desaparecer del radar. En 10 minutos estaba en el aire y a máxima velocidad se dirigió hacia la zona en la que se había calculado que estaría el Bombardier en 5 minutos. El avión ya había desaparecido del radar de Lyon. Era una noche despejada y de luna llena, no tendría problemas para detectar el aparato, siempre y cuando este no hubiera apagado las balizas de señalización.

-¿Lyon? ¡ Lo veo!; Justo donde calcularon que estaría!;Me acerco por la popa. Todo parece normal, las balizas están encendidas y ... veo luz en la cabina. Voy a ponerme a su lado!

El mirage pasó al lado del jet, lo más cerca que pudo, No tuvo que llegar a ponerse a la altura de la cabina ni intentar comunicar con el mismo para darse cuenta de lo que pasaba.

-¡Dios mío!;¿Lyon?;Una de las ventanillas de la zona de pasaje está rota!;Se han despresurizarse de golpe y todos los ocupantes han debido morir casi instantáneamente!; Ahora lo veo, uno de los pilotos sigue a los mandos, pero no se mueve... Es un avión fantasma!- Tanguay se había acercado tanto que podía ver con claridad la cabina, tanto se acercó que sus sistemas de alerta comenzaron a sonar y tuvo que virar violentamente para alejarse del Bombardier.

No podía hacer nada, no era un avión en manos de terroristas y el control de tráfico civil había despejado el tránsito en la zona. Viró nuevamente en dirección opuesta para no entrar en el espacio aéreo suizo. Tanto desde Lyon como desde su base en Orange habían calculado que se estrellaría en una zona montañosa y para evitar problemas, dos aviones suizos iban a monitorizar y seguir el vuelo del jet de Skyjet por si las previsiones fallaban y le daba por intentar caer en una zona poblada, en ese caso sería destruido en el aire.

El Bombardier siguió su vuelo descendente, en solitario, con tres cadáveres en su interior. Los británicos habían confirmado el número de pasajeros y tripulantes. Sin embargo, lo que Michel Tanguay no pudo, ni hubiera podido ver, era que solo había dos muertos reposando en sus butacas: el piloto y el funcionario del MI6. La puerta del pequeño servicio del aparato se abrió y el copiloto, aquel sustituto de última hora apareció en la cabina de pasaje, con un mono de color negro y un paracaídas. Hans Meyer se quitó la máscara de oxígeno que había llevado puesta desde que se excusara y abandonara su puesto de copiloto, se introdujera en el servicio e hiciera estallar la pequeña carga explosiva plástica que había colocado en una de las ventanillas de la cabina de pasajeros. La explosión fue casi imperceptible, como un petardo. Todo fue muy rápido, Phil Cadwell absorto en sus instrucciones notó de repente que le dolían los oídos, el piloto también lo notó. El cuadro de control se iluminó como un árbol de Navidad. Intentó activar el sistema de emergencia pero no funcionó. Las máscaras de oxígeno no se activaron tampoco. Unos segundos más tarde tanto el piloto como el pasajero comenzaban a sufrir los primeros síntomas de hipoxia, entraban en coma y morían en silencio.

Hans Meyer era un experto piloto y sabía perfectamente como simular un fallo mecánico. Evidentemente cuando estudiaran los restos del avión y descubrieran los restos de explosivo plástico y que faltaba su cadáver, las investigaciones derivarían hacia otros derroteros, pero ya sería demasiado tarde. Una cosa era improvisar y otra los milagros.

Se quitó la peluca que ocultaba su color de pelo original, de un rubio intenso y que le había conferido, al menos a los ojos de Faraday, el piloto y capitán de la nave, una apariencia más cercana al verdadero Frank Martin, cuyo cadáver, con el cuello partido, ya deberían haber encontrado en los servicios privados de Heathrow para personal. Abrió la trampilla que daba al exterior, el aparato comenzó a moverse violentamente y todos los papeles volaron por los aires. Los documentos que llevaba Phil Cadwell se encontraban ya en un bolsillo especial de su traje, alojado en el pecho. Se puso en tensión y se deslizó por la abertura al exterior, primero encogido sobre si mismo y finalmente tomando la postura ideal para que su paracaídas, especialmente diseñado para aperturas a baja altura se abriera. Cuando hubo estabilizado la caída y con el paracaídas ya abierto miró por última vez al cielo. El avión ya había desaparecido siguiendo su curso de colisión. Había calculado el lugar de salto con el límite de la frontera francesa con Suiza. El avión militar francés ya no podía seguirles y los suizos estaban a tres minutos de su interceptación. Era el mejor sitio para salir del avión y no ser observado por ningún piloto o avión.

El plan había salido como estaba previsto.

En ese mismo instante el despacho en Viena de Udo Scheneider era asaltado violentamente por dos enmascarados. El anciano abogado, que esperaba la llegada de aquel funcionario con cierta intranquilidad por el asunto que se traían entre manos era asesinado de un certero tiro entre ceja y ceja y los documentos que debía entregarle desaparecían.

Cuarenta y ocho horas más tarde y gracias a la documentación que Meyer había conseguido sobre los cielos de Francia y a la que otro comando había obtenido en Viena, dos personas, un hombre y una mujer, accedieron discretamente a un remoto lago de alta montaña en Austria, llamado Toplitz. Durante dos noches consecutivas bucearon en el lago. La primera para comprobar las coordenadas relacionadas en los documentos robados y la segunda para rescatar un cilindro, enterrado en el lodo de Toplitz. Un cilindro metálico muy especial que nadie antes, y el lago había sido revisado a fondo en varias ocasiones, había conseguido localizar por la sencilla razón de que, a diferencia de otros objetos relacionados con la II Guerra Mundial que simplemente se habían arrojado al fondo de aquel lago, el cilindro había sido enterrado y escondido en una cueva natural, en la parte más profunda e inexplorada de aquel aislado lugar. Cilindro metálico del que muy pocas personas, casi todas muertas hacía muchos años, conocían su existencia.

Capítulo 2. Encuentro en el Orient Express.

Dos semanas más tarde. A bordo del Orient Express.

El viejo y romántico tren se deslizaba a través de la noche por una serie de túneles que atravesaban los montes Dolomitas italianos, camino de Verona, antes de finalizar su viaje en Venecia. Había iniciado su historia allá por 1883, con un viaje de París a Estambul. Cuando la gente escucha el nombre de este famoso tren no puede evitar pensar en espías, condesas rusas y millonarios de vida disoluta. El cine y la literatura contribuyeron a esta imagen, catalogada por muchos de romántica, aunque ya en los años 20 del siglo XX había entrado en decadencia. Siguió prestando servicios hasta 1977, aunque en condiciones cada vez más lamentables. En 1983 una empresa, dedicada a los viajes de lujo, lo resucitó iniciando una serie de trayectos que iban desde Londres a Venecia, pasando por París. Ya no tenían nada de románticos y sí de caros y exclusivos. Ahora era un tren de lujo para parejas de recién casados con alto poder adquisitivo, millonarios en viaje de placer y escritores en busca de la inspiración perdida. El hecho de que el viaje acabara en Venecia contribuía a recuperar cierto halo de sofisticación y romanticismo, caro y exclusivo romanticismo, de pega.

Nigel Davempport había llegado primero a Venecia y desde allí, había hecho el viaje inverso en helicóptero para interceptar y subir al tren antes de que llegara a Verona. Sólo una corazonada producida por un extraño suceso acaecido en aquel tren hacía unas horas, conducían su modo de actuar.

La idea de enviar a un correo a Viena le había parecido desde el principio mala, pero las instrucciones de aquel testamento ha confirmar y recuperar no les habían dejado elección. Había sido dividido en dos partes por su creador. Una había sido remitida al primer ministro británico y la segunda a un conocido y reputado abogado austriaco. Cartwright quería evitar, entregando el documento únicamente al gobierno británico, que el mismo fuera enterrado con él o simplemente ignorado. Schneider había sido perseguido en su juventud por los nazis y toda su familia había muerto a manos de Hitler y sus secuaces. No permanecería con los brazos cruzados.

Ahora, con ambas partes de aquel documento perdidas corroboraba que algo no iba bien. El sabotaje del avión que lo llevaba, dos semanas antes, le había demostrado, no solo a él, sino a todas las personas implicadas, que la información encontrada en aquel testamento no era, o no había sido tomada a broma por gente muy poderosa. Se les había ido de las manos y habían muerto tres personas. Se sentía culpable. El piloto del helicóptero le sacó de sus pensamientos:

-¡Ahí está, Coronel Davempport!- confirmó el policía italiano que trataba de mantener el vuelo estable de aquel eurocopter "colibrí" en medio de aquella inoportuna tormenta.

-¡Efectuarán una parada técnica en un claro a dos kilómetros de aquí, podrá subir al tren antes de llegar a Verona!

Davempport asintió y se sujetó donde pudo, mientras el helicóptero efectuaba un brusco descenso y se adelantaba al tren. Un poco más adelante y junto a la vía férrea había un prado. Estaba todavía muy oscuro y se sorprendió de que el piloto hubiera podido ver el lugar. El helicóptero se posó no sin cierta brusquedad en medio de la tormenta en un oscuro prado. El aparato mantuvo el rotor en marcha. Unos minutos más tarde aparecía el tren, el jefe de tren había sido avisado por radio, y aminoraba la marcha hasta detenerse junto al helicóptero. El coronel Davempport salió del mismo y avanzó con rapidez hasta el tren. Un hombre joven y bien vestido le esperaba junto a la escalerilla del vagón de equipajes con un paraguas. Con una sonrisa le ofreció el paraguas mientras Davempport subía al tren.

El helicóptero, nada más abandonar el mismo el pasajero, había aumentando la velocidad del rotor y para cuando las dos figuras habían subido al tren se encontraba ya en el aire. Comenzaba a amanecer.

-¿El coronel Nigel Davempport? ¡Me llamo Pietro Moretti, soy el jefe de seguridad del tren. Esto no es habitual...-intentó razonar el joven dando a entender que todo aquello le parecía excesivo..

-¿Qué tenemos?-Davempport no estaba para formalismos y obvió la cortesía.

-El cadáver lo encontró el camarero del vagón. La última vez que le había visto fue en París, al subir al tren. Ayer por la noche llamó varias veces a la puerta de su compartimiento y al no recibir llamada alguna entró con su llave- Moretti, seguía con su explicación mientras avanzaban hacia el vagón donde se había encontrado el cuerpo. El coronel Davempport le seguía, no sin asombrarse de lo lujoso del tren, muy alejado de su concepción casi espartana de la comodidad. Apenas se cruzaron con un camarero, ya que los pasajeros todavía no se había levantando o lo estaban haciendo en ese momento, en el que se acercaban a Verona, camino de Venecia.

- Afortunadamente llevamos a un médico a bordo y su diagnóstico no pudo ser más claro. Murió de miedo, los ojos y la expresión de su cara no dejaban lugar a dudas. Algo o alguien le provocó un infarto.

Capítulo 3 La foto de un hombre que no existe.

El compartimiento se encontraba cerrado. Moretti llamó con los nudillos dos veces y la puerta se abrió. El policía austriaco, que había subido a toda prisa en Innsbruck para custodiar el cadáver, salió para dejar paso a Moretti y a su invitado. Saludó cortésmente a ambos:

-Inspector Dollfuss, veo que ha batido un record para llegar aquí. Me han dicho que es usted Coronel... Scotland Yard no nos comunicó que iban a enviar a un militar...

-Mi estancia aquí es un asunto de alto secreto, como le habrán informado sus superiores. Davempport, esperaba que el nombrar a los superiores de aquel curioso inspector le haría ser más discreto en sus observaciones e incluso guardárselas para él mismo. No le gustaba dar explicaciones. Habían dejado el cuerpo en una bolsa para cadáveres, introducida también muy discretamente en Innsbruck por el policía. Hasta el momento la extraordinaria situación había pasado desapercibida para el resto de pasajeros. Un auténtico milagro.

-¿Sabemos ya quien es...?-

-Aquí está su pasaporte, Olaf Koolen, holandés, tratante de metales preciosos con residencia en Amberes. 56 años de edad... y esto es lo que supongo le ha traído aquí- Moretti, abrió un cajón de una de las mesillas del compartimiento y extrajo una bolsa de plástico transparente de las que usa la policía para recoger pruebas. Davempport la cogió y la abrió sin ceremonias de ningún tipo. Moretti siguió con su explicación sin apartar la mirada de lo que sostenía en sus manos el coronel Davempport.

- Un lingote de oro, con el anagrama de la sociedad esotérica de Thule, la élite del nazismo y la foto. La foto de un hombre que no existe – comentó casi para sí mismo Davempport.

Había visto aquella foto por primera vez hacía dos años. Era la única foto que se tenía del, durante diez años, ladrón de obras de arte más escurridizo de Europa. Nunca fue capturado. Nunca se supo su nombre, ni su edad, y muchos de los robos que se le atribuyeron lo fueron después de arduas investigaciones y de descartar a otros sospechosos.

Cuanto mayor era el delito, más difícil e imposible de llevar a cabo, menos pistas aparecían y se descartaba a otros ladrones, aparecía él. Un alto funcionario francés, quizás en un exceso de dramatismo, en una reunión de responsables de Interpol le llamó “el maestro de ladrones”

Nunca fue capturado y se sospechaba que desde que se le tomó aquella foto, extraordinariamente nítida, de un robo frustrado en España, había desaparecido y se había retirado. La foto había aparecido en los principales diarios europeos en un último intento de capturarlo pero solo sirvió para que “el maestro de ladrones” se diluyera más rápidamente que un azucarillo en agua.

Ahora aquel misterioso hombre aparecía nuevamente, asociado a un cadáver y a un lingote de oro con un anagrama que provocaba escalofríos. No había tenido ni siquiera que echar a volar la imaginación, ni él, ni el Primer Ministro, ni aquel estirado de James Levine para darse cuenta de que la apertura de aquel maldito testamento, que ya le había costado la vida a tres hombres, un accidente aéreo y la aparición de este lingote podían estar relacionadas. Rogaba a Dios para que todo fuera una caprichosa coincidencia aunque, dada su nula creencia en falsos ídolos, se temía lo peor.

-¿Saben la hora de la muerte?¿han registrado el tren?- comentó mientras le echaba un vistazo al cadáver de la bolsa. No había visto nunca una expresión como aquella, era evidente que como mínimo había muerto por un infarto.

-Sí, el médico dice que murió ayer, al salir de París. Hemos repasado la lista de viajeros; parejas en luna de miel, dos escritores, algún turista americano despistado..., nada de especial, incluso hemos comprobado a una pareja que abandonó el tren en Innsbruck por motivos personales. Seguimos comprobando al resto de pasajeros, hemos facilitado toda la documentación a la Interpol, como nos ordenaron... El personal del tren también ha sido investigado, sobre todo dos camareros nuevos y no parece haber nada de especial en sus fichas...- comentó Moretti con una expresión que reflejaba su falta de esperanza en que se descubriera algo, al menos a tiempo. El tren llegaba a Verona y desde allí a Venecia, fin del trayecto. Esta publicidad era mala para la compañía, pensó. Solo deseaba que acabara el viaje y retiraran el cadáver lo más discretamente que fuera posible.

-Le echaré un vistazo a la lista si no le importa...¿Hay alguna reserva cancelada en el último momento?¿ Algún viajero que no se haya presentado?¿Tiene que subir alguien en Verona?- Davempont había percibido el fastidio que para Moretti y la compañía Venice Simplon Orient-Express suponía aquella situación.

-Veamos, un matrimonio japonés que llegó tarde a París, subirá en Verona para acabar el viaje allí y luego regresar a París en el viaje de vuelta y un turista canadiense... Chantereau, Eric Chantereau. No se presentó en París. Su compartimiento es el contiguo a este- Confirmó Moretti mientras consultaba sus documentos.

-¡Es él, un nombre falso, nuestro misterioso amigo de la foto iba a entrevistarse con el difunto, pero alguien se ha adelantado a la reunión para impedirla...!- El cerebro del antiguo coronel del SAS comenzaba a funcionar con extraordinaria velocidad y su cuerpo se ponía en tensión, como no recordaba que le pasara hacía años.

-Pero coronel, puede que se trate de un simple infarto, reconozco que este tren se da a los misterios, al menos literarios o cinematográficos, pero no creo que...- Moretti veía de repente un atisbo de tormenta en el horizonte y una posible mancha en su, hasta aquel momento, imaculado expediente de servicios.

-¡Estamos a un tiro de piedra de atrapar al ladrón de arte más buscado de Europa!¡Si el hombre de la fotografía es el asesino, ya ha cometido su crimen y vuelto a desaparecer sin dejar rastro!¡Si no es así... subirá al tren y le capturaremos!

Ahora sí que la posible tormenta se acababa de convertir en lluvia torrencial. Moretti comenzó a sudar.

4. ¿Es usted el señor Chantreau?

- ¡Pero oiga, solo me faltan dos euros! ¿No puede hacer una excepción? - inquirió nuevamente el joven, en el mejor italiano que le fue posible, a un todavía somnoliento empleado en la única taquilla de la estación de Verona que estaba abierta a aquella temprana hora.

Este, que tras veintiséis años detrás de la misma ventanilla, se las sabía todas, no tenía intención de perder un minuto con aquel listillo.

- El precio del billete a Roma no lo marco ni lo decido yo, señor. Si hace el favor de apartarse de la ventanilla para que pueda atender a otros viajeros. Muchas gracias.

Alex Bloom se quedó un momento parado y fuera de lugar. Llevaba tres semanas viajando por toda Europa y el truco de montar un pequeño escándalo delante de una taquilla de trenes le había dado resultado en Barcelona y en Hamburgo.

Alto, delgado, desgarrado, mal afeitado y peor peinado, dos discretos pendientes y la ropa ideal para intentar pasar por rebelde. Un auténtico cromo y además falso, como pocos. El "look" del joven-europeo-independiente-antisistema deseoso de aprobar unas oposiciones para funcionario del estado. Se apartó de la taquilla un momento

El altavoz de información de la estación anunció, de manera casi distorsionada por el eco, la salida del tren con destino a Roma, su tren, y también la llegada del Orient Express con destino a Venecia.

Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que se asustó cuando escuchó aquella profunda voz a su lado.

- No he podido evitar escucharte. Parece que tienes problemas de dinero...

Alex se giró y descubrió a un hombre relativamente alto, pasaba con toda seguridad del metro ochenta, de facciones duras, con el pelo muy corto y canoso o casi platino, peinado hacia delante. Vestía bien, aunque de manera discreta; una cazadora de piel marrón que parecía muy cara, un jersey negro de cuello alto, tejanos claros y zapatos de sport. Como único equipaje llevaba una pequeña mochila, colgada de uno de sus hombros.

Se puso en guardia, no en vano estudiaba y vivía en Nueva York y si había gente rara en el planeta, la mayoría estaban censados en esa ciudad.

- ¿Quién eres?

- Un viajero como tú, que puede ayudarte a pagar el billete a Roma. Sólo necesito que me hagas un pequeño favor...

- ¡Si esperas que te acompañe a los servicios, capullo, te has equivocado de víctima! ¡Piérdete!! - le respondió Alex, mientras se alejaba unos pasos y miraba a aquel extraño tipo de arriba abajo con evidente fastidio y asco. Era lo que le faltaba aquella mañana. Se apartó dejándolo atrás.

Cuando consideró que se había alejado lo suficiente volvió a girar la cabeza y comprobó como aquel enigmático individuo había desaparecido. Lo buscó con la mirada pero no lo localizó. El vestíbulo de la estación comenzaba a llenarse de viajeros que, como él, esperaban coger el siguiente tren con destino a Roma. Aunque antes llegaría el Orient Express. Los altavoces no paraban de repetirlo.

Lejos de tranquilizarse comenzó a sudar. Le quedaba poco dinero, había quedado con un compañero de estudios en Roma para dentro de dos días y ni siquiera le quedaba dinero suficiente para pagar el tren. Si pagaba el billete no tendría para una pensión...

- Si estás pensando en subir sin billete no te lo aconsejo. Los revisores de tren hace tiempo que dejaron de ser unos señores tripones con autoridad y cierta mano izquierda al mismo tiempo. Ahora viajan acompañados de dos guardias de seguridad, mal pagados y con tendencia a no saber escuchar y sí ponerse agresivos, que estarán encantados de entregarte a la policía - La voz volvió a sonar su lado grave y con autoridad. En un inglés neutro sin acento alguno identificable.

Si la primera vez Alex sufrió un sobresalto ahora ya estaba literalmente muerto de miedo y notando como sus partes se encogían a gran velocidad y se quedaba sin saliva. No era ningún héroe y aquella situación se lo corroboraba.

-¿Qué quieres tío? ¡Voy a llamar a la policía- acertó a decir mientras comenzaba a alejarse nuevamente.

El misterioso hombre le cogió de un brazo y le detuvo. Antes de que aquel aterrorizado joven comenzase a gritar o a mearse en los pantalones, o las dos cosas al mismo tiempo.

-¿Pero de qué vas?

- Bueno, una amiga mía viaja en el Orient Express y he quedado con ella en Venecia. Sin embargo creo que su marido sospecha algo y nos prepara una encerrona...

Aquello intrigó a Alex, de repente estaba dispuesto a escuchar.

-Sin que mi amiga lo supiera, iba a subir al tren antes de llegar a Venecia y ponerla sobre aviso.

-¿Por qué no la llama por teléfono?

- Su marido la vigila, es muy rico. Ha puesto a alguien en el tren para que la vigile, algún detective privado haciéndose pasar por un turista... ahora me he dado de cuenta de que puede que me estén esperando, que me conozcan...- El extraño se detuvo en su explicación. No parecía nervioso. Alex pensó que él si lo estaría en una situación como aquella. De repente comenzó a sospechar. Era todo tan rocambolesco y absurdo. Aunque quizás después de todo era verdad. Necesitaba una prueba.

- Toma, dos mil euros si subes al tren con mi billete y dejas mi maleta en mi compartimiento, mientras yo subo por otro lado y compruebo que mi amiga esté sola- El extraño se había percatado de que aquel payaso disfrazado de rebelde no se había tragado la historia. Era imposible que se la tragara nadie, resultaba rocambolesca. Pero los dos mil euros que acababa de colocarle en el bolsillo de la cazadora eran muy tentadores. No tenía tiempo, el tren entraba en la estación en aquel momento. Confió en su mirada codiciosa.

-¡Hecho!- Alex se olvidó de todo y se concentró en los euros al tiempo que le alcanzaba una pequeña bolsa de viaje. La abrió delante de él, no llevaba nada más que ropa. Alex palpó la bolsa. Vale no era un asunto de drogas y necesitaba los dos mil euros. La historia de los amantes perseguidos seguía sin "colar" pero eran dos mil euros. Solo tenía que subir al tren, entregar el billete al revisor, dejar la bolsa y salir pitando. Su tren para Roma llegaba justo después del Orient Express.

El tren entraba en la estación. El coronel Davemport había tomado instintivamente el mando de la situación. No le correspondía, pero emanaba tal seguridad y poder que ni Pietro Moretti, el empleado de seguridad del ferrocarril ni el Inspector Dollfuss pusieron pegas y aceptaron una posición de subordinados. Dollfuss se acomodó, era un decir, con el cadáver de Olaf Koolen. Esperaría en el compartimiento de este último. Mientras el coronel y Moretti esperarían en la puerta del vagón al misterioso señor Chantereau. Si es que este subía finalmente al tren debía hacerlo en Verona. No tenía mucho sentido que esperara en la estación de Venecia. El compartimiento que había reservado estaba al lado del de Koolen, el finado.

Desde el tren habían avisado a la estación de Verona y remitido la foto de Chantereau a la policía italiana. Esta había avisado al jefe de estación y a la patrulla destacada en la misma. Los dos policías que estaban destinados en la estación recibieron órdenes de retirarse, de no dejarse ver. Si el hombre que buscaban era quien podía aparecer y subir al tren la visión de los policías podría hacerle desaparecer. El coronel Davemport confiaba en el factor sorpresa. El tren se paró lentamente y el revisor del tren, con una foto de Chantereau entre sus documentos aguardó a los pasajeros asiáticos que iban a subir al tren.

El matrimonio japonés, jubilados, presentó sus billetes al empleado de ferrocarril y este llamó al mozo que cargó con sus maletas. Dentro del vagón el coronel Davemport y Moretti se apartaron lo más que pudieron para dejarles pasar.

Al mismo tiempo que Alex Bloom se dirigía al revisor, con la bolsa que le había dado el hombre de los dos mil euros, que agarraba con fuerza en el bolsillo de su pantalón, este se acercó al tren y subió dos vagones más adelante.

Algunos pasajeros del Orient Express se habían levantado, salido a los pasillos del tren y abierto las ventanas o ido directamente al vagón restaurante para desayunar. Todos sabían ya de la parada en mitad de la noche y del pasajero que había subido al tren tras bajar de un helicóptero. El aire estaba fresco y limpio después de aquella tormentosa noche. Uno de los pasajeros prestaba también especial atención a los nuevos viajeros. Vio llegar al matrimonio japonés y también al joven desaliñado que en aquel momento entregaba su billete al revisor. Se apartó de la ventana y maldijo. De repente se daba de cuenta de la estupidez que había cometido.

Sus órdenes eran muy claras, interceptar a Koolen y eliminarlo antes de que contactara con nadie, fuese quien fuese. La pequeña pero poderosa organización para la que trabajaba había robado a lo largo de Europa y en dos golpes audaces un documento muy especial. Uno, quizás el más espectacular, les llevó a sabotear un avión en pleno vuelo y el otro, perpetrado por él mismo, le llevó a asesinar a un viejo abogado en Viena. Aquel misterioso documento, que había sido dividido en dos partes por su creador, estaba en su poder. Su organización había cometido el error de intentar que aquel hombre, experto en la materia, confirmara la autenticidad de aquellos documentos. No imaginaron que se asustaría e intentaría desaparecer. Cuando vio y comprobó la identidad de la persona con la que tenía intención de reunirse y probablemente desahogarse, se olvidó de sus órdenes.

La primera parte del plan había salido bien. Mejor que bien. No había tenido que poner una mano encima a Olaf Koolen. Este sufrió un infarto nada más verle y cayó muerto. Debería haber abandonado el tren a la primera oportunidad. Sin embargo, no solo no hizo eso sino que dejó que el personal del tren encontrara el cadáver antes de que pudiera registrarlo. Algo debieron encontrar, y él sabía qué, porque aquella noche el tren paró en medio de una espectacular tormenta para recoger a un estirado y misterioso pasajero. Pasajero que se unió al policía que había subido horas antes y que no había salido del compartimiento de Koolen. Habían mantenido su muerte en secreto. Nadie, como pudo comprobar la noche anterior en el comedor durante la cena, sabía nada. Sus ansias de capturar a aquel misterioso hombre, con el que Koolen había organizado un encuentro, teatralmente innecesario, en un tren con demasiada mitología encima, le habían puesto en peligro a él y a toda la operación. De cazador podía pasar a cazado.

Hacía diez años que no le veía, no solo podía haber cambiado físicamente, se trataba de un hombre que debía estar cercano a los cuarenta años de edad, sino que inclusive podía haber pasado por una operación de cirugía estética. Él Seguía siendo Ivan Komarev, ex militar del ejército rojo, ex veterano de la guerra de Afganistán, ex ladrón también, experto en sistemas informáticos y... como su presa, diez años más viejo.

Ivan se hizo con la lista de pasajeros y descubrió que el compartimiento al lado del de Koolen estaba reservado pero vacío. El camarero encargado del vagón no sabía por qué. Supuso que el pasajero no había llegado a tiempo. Miró el nombre: "Eric Chantereau", ese era el nombre que seguía utilizando. ¿Se había vuelto descuidado o simplemente sufría de un exceso de confianza?

-Hola, hay un compartimiento reservado a nombre de Eric Chantereau, aquí está el billete. El revisor comprobó el documento al tiempo que echaba un vistazo a la foto que le habían facilitado. No se parecían en nada. Pero su labor no era otra que la de comprobar el billete. Le facilitó el paso al interior del vagón, los dos policías que aguardaban dentro sabrían qué hacer.

Eric que había subido dos vagones más adelante se dirigió resuelto al vagón en el que Koolen le había reservado un compartimiento. Le conocía desde había más de quince años. Aparte de un magnífico tratante de joyas y metales preciosos en su faceta pública y legal, también era un consumado granuja en lo tratante a contrabando y adquisición de productos de dudosa legalidad. De hecho, era el único con el que había mantenido cierto contacto desde que se retirara del "negocio" diez años atrás. Le sorprendió que, en lugar de contactar por medio de aquel apartado de correos fantasma que mantenía en España, utilizara un correo electrónico. No era habitual en él. Intentó que le contara por teléfono qué le preocupaba pero no hubo manera de convencerle. Eso no solo le sorprendió más, Olaf era un parlanchín redomado, sino que también le preocupó. Se había negado en redondo a darle cualquier explicación, a reunirse con él en Amberes, en su oficina. Así que no le quedó más remedio que coger el primer vuelo

que pudo desde Quebec a París. Koolen le había reservado un billete en el Orient Express. Y allí estaba ahora. Evitó coger el tren en París por precaución y decidió volar a Italia y cogerlo casi al final del viaje, podría tratarse de una trampa. No vio policías en la estación, aquello le puso en guardia, Verona era un centro turístico italiano importante. Era habitual que en un lugar de tránsito como la estación hubiera policías. Se le ocurrió la idea que le había llevado a desembolsar dos mil euros y comprobar que efectivamente no se trataba de una encerrona.

Llegó al vagón señalado en el billete. Un pasajero, tan corpulento como él, se cruzó en su camino de forma brusca. No le vio la cara. Tuvo la sensación de que evitó que sus miradas se cruzaran. Siguió hasta el compartimiento de Olaf, al final del pasillo, en la otra puerta de acceso al mismo, su espontáneo y caro señuelo había sido parado por dos tipos trajeados, policías. ¿Le estaban esperando? ¿Olaf le había traicionado?. Ahora ya no se iba a echar atrás. No le habían visto. Se plantó delante del compartimiento y abrió la puerta. Un tipo de mediana edad que estaba sentado dentro y por lo visto totalmente absorto con la gente que se veía pasar por la ventana del compartimiento se giró y le miró con expresión bovina. En frente de él, Eric vio algo que le puso en guardia, como hacía diez años que no estaba. Entró y mientras que con una mano cerraba la puerta detrás suyo, le propinó un fuerte puñetazo en la cara con la otra mano a aquel tipo, indudablemente un policía. Éste, al que la acción de Eric había cogido medio levantado, cayó aturdido en el sofá sin darle tiempo a reaccionar. Le metió la corbata en la boca hasta casi hacerle vomitar y le bajó la chaqueta hasta los codos dejándolo inmovilizado. Sacó una pistola y volvió a mirar lo que le había puesto en guardia. Una bolsa de cadáver. No tuvo tiempo de abrirla, aunque ya sabía quién estaba dentro. La puerta del compartimiento se volvió a abrir y apareció el tipo con el que se había cruzado en el pasillo. Ahora le veía perfectamente la cara y se sorprendió: Ivan Komarev, un tipo miserable, expulsado del ejército rojo tras la guerra de Afganistán y con el que había tropezado en el pasado. Ahora comenzaba a ver que fuese lo que fuese que había preocupado a Olaf estaba también relacionado con su pasado. Komarev empuñaba una pistola, pero Eric fue más rápido y le plantó la suya en la cara.

-¡Cierra la puerta...! ¿Qué estáis tramando?- le espetó sin contemplaciones. Ambos se la estaban jugando: armados, con un cadáver a sus pies, un policía noqueado y con, al menos, otros dos a menos de veinte metros.

Komarev cerró sin girarse y manteniendo la mirada clavada en Eric. Le apartó la pistola de un manotazo. Él no estaba desentrenado como Eric, aunque no fue suficiente como para dominar la situación. Forcejearon ante la atónita mirada del policía inmovilizado que finalmente vio como la pistola de Komarev se disparaba y rompía el vidrio de la ventana. El ruido de los cristales asustó a los pasajeros que circulaban por el andén y que fijaron la vista en aquella ventana para ver salir por la misma y de forma atlética a un tipo que al llegar al suelo y como impulsado por un resorte se puso en pie y echó a correr, llevándose por delante a varios pasajeros y curiosos que cayeron al suelo. Eric se asomó a la ventana rota, había vuelto a coger la pistola y la gente que se había arremolinado en el lugar o bien para ver qué pasaba o para ayudar a las personas que habían caído al suelo, se asustaron. Él también lo hizo. No había empuñado nunca una pistola en un lugar público. Una fuerte voz rugió a su espalda:

-¡Quieto, no se mueva y suelte la pistola... ahora!

Eric estaba mareado, era como si toda la sangre se le hubiera subido a la cabeza de golpe. Demasiada acción repentina, demasiados datos, demasiadas caras se agolpaban en su memoria, a algunas ya era incapaz de ponerles nombre. Su pasado volvía a ser su presente. Se giró lentamente con la pistola en alto y sujeta por un dedo. Uno de los policías que había visto deteniendo a su señuelo le apuntaba con una "glock" automática. Completamente calvo y con un poblado bigote blanco, impecablemente vestido y demasiado viejo, aunque bien conservado, para ser un policía de paisano.

-¿El señor Chantereau, Eric Chantereau?- preguntó sin ningún atisbo de vacilación en su voz y con una expresión de triunfo contenido en su mirada.

Capítulo 5. Toplitz, el enigma oculto

El tren había permanecido parado dos horas en Verona, mientras un juez ordenaba el levantamiento del cadáver de Olaf Koolen y se tranquilizaba a los pasajeros y a las autoridades. La policía italiana estaba molesta por como se habían desarrollado los acontecimientos. Se les había indicado que no intervinieran, que no había peligro real y que se actuaría con máxima discreción. La realidad había sido bien distinta; Un muerto, disparos, gente por el suelo y caos. Los medios de comunicación locales informaron sobre un robo frustrado y de un turista muerto por infarto de miocardio y un policía herido. No había detenidos. Eric le había hundido la nariz a aquel policía austriaco que, dos horas después, todavía no sabía qué demonios había pasado.

El coronel Davemport aguantó sin pestañear las quejas de Pietro Moretti, el responsable de seguridad en el Orient Express. Estaba realmente satisfecho de haber capturado a aquel ladrón escurrizado y de que se pudiera por fin vislumbrar algo de luz sobre lo que estaba ocurriendo o iba a ocurrir.

Chantereau fue llevado a una sala de interrogatorios, en la misma comisaría de la estación. El comisario de la misma había recibido instrucciones para colaborar al máximo con aquel misterioso enviado de la INTERPOL. Davemport había ordenado que no se le pusieran esposas al detenido, que no se informara a la prensa de su detención, todo debía quedar en un vulgar robo, que no se grabara el interrogatorio y que les dejaran solos. Aquello era demasiado, pero las órdenes recibidas habían sido también excepcionalmente claras, más que claras, cristalinas. Decidió que no se iba a preocupar más por aquellos dos hombres. Tenía una estación repleta de turistas que debía volver a la normalidad a la mayor brevedad posible y aquello era a lo que se iba a dedicar. El Orient Express y sus misterios quedarían otra vez más para novelas baratas.

- Me tiene usted que explicar como consiguió que un turista despistado le subiera su maleta al tren.

- Dos mil euros y la promesa de no acabar en unos lavabos públicos en una situación bochornosa.

El coronel Davemport levantó la vista de las pertenencias de Eric que tenía sobre la mesa y dio un rápido y furtivo vistazo a la persona que tenía enfrente, ignorando deliberadamente aquella impertinente y desconcertante respuesta. Había sido una provocación, una manera de mantener una actitud desafiante. Un tipo maduro, pero bien conservado. Alto y bronceado, detalle este último que no cuadraba si de verdad venía de Quebec. Muy sofisticado. Parecía el maniquí de unos grandes almacenes.

Él también dio una furtiva mirada al coronel. Impecablemente vestido con traje oscuro y chaleco. ¿Quién llevaba chaleco hoy en día?, parecía salido de una película o novela antigua.

Volvió a bajar la mirada hacia sus manos. Estaba a la defensiva y expectante por el trato que estaba recibiendo. Ambos estaban a cada extremo de una simple mesa de formica barata, en una habitación sin ventanas ni muebles, con un fluorescente en el techo, que caprichosamente ofrecía de forma aleatoria pequeñas y ruidosas bajadas de intensidad. El coronel Davemport volvió nuevamente su vista sobre las pertenencias de Eric. Un pasaporte canadiense, aparentemente auténtico, sin tarjetas de crédito, lo había ya comprobado, algo que indicaba que desde que había aterrizado en Orly, Paris, lo había pagado todo en efectivo. Una manera muy simple hoy en día de evitar dejar un rastro, a lo que ayudaban veinte mil euros en efectivo, nuevos y crujientes. Una pequeña bolsa de viaje con utensilios de aseo y un par de mudas limpias. Ni ordenador personal, ni PDA, ni teléfono móvil. Un auténtico marciano. Pero sí una pistola, una pistola muy especial. Él mismo llevaba una encima de la misma marca: Glock, pero no de esas características. Una auténtica pesadilla para los controles de los aeropuertos. Fabricada en porcelana, era indetectable para los sistemas de rayos x.

- Eric Chantereau, canadiense, nacido en Quebec hace... treinta y siete años... Está muy lejos de Quebec Sr. Chantereau, suponiendo que ese sea su verdadero nombre... porque hemos capturado al "maestro de ladrones"...!¿Verdad?- El coronel Davemport no quería entrar en un juego de preguntas y respuestas esquivas y desafiantes, pero dudaba del trato que debía dar a

aquel hombre. Alguien que había escapado de la policía durante más de diez años y que nunca dejó una pista no estaba hecho de una pasta convencional.

-¿Estoy detenido...?- Chantreau levantó la vista y miró directamente a los ojos a aquel hombre.

- Soy el coronel Nigel Davemport, cuerpo de operaciones especiales del SAS británico. Estoy en la reserva y trabajo, al menos hoy, para la INTERPOL.

- ¿La INTERPOL admite a militares en la reserva en sus filas?- Eric efectuó la pregunta muy francamente y sin dobles sentidos. Le salió de manera espontánea. El coronel Davemport captó el matiz y contestó sin ambages ni medias verdades.

- Es mi tapadera, me permite moverme sin cortapisas legales, volar atravesando media Europa sin que nadie me haga preguntas y estar con usted aquí, ahora... preguntándome si...- no pudo acabar la frase, Eric no le dejó hacerlo.

- Entonces no estoy detenido y puedo marcharme cuando quiera...

- No me ha dejado acabar Sr. Chantreau. Viene precedido por un cadáver, ha golpeado y amordazado a un policía. Se ha peleado con alguien que ha disparado en un tren de pasajeros y ha huido sembrando el caos en una estación atestada de turistas, asustando a cientos de personas, en un contexto muy sensible al terrorismo. Además lleva usted una pistola de porcelana, indetectable por rayos x, no todo el mundo puede hacerse con una.

Davemport fue directo al grano, de repente aquel tipo no le merecía ninguna consideración o respeto. Recordó al agente Cadwell, al piloto del avión asesinados en Suiza y al abogado austriaco. Su cerebro volvió a ver claramente que aquel hombre era la única conexión que tenía con el, de confirmarse, posiblemente mayor descubrimiento histórico de aquel recién y desquiciado siglo XXI, descubrimiento conectado con la peor de las guerras mundiales del siglo anterior, cuyos efectos habían perdurado en el tiempo y todavía condicionaban la vida de todo el planeta.

Eric notó el cambio de tono y la agresividad contenida de su interrogador, porque aquello acababa de convertirse en un interrogatorio puro y duro. No sabía en qué se había metido Olaf Koolen pero ahora le había arrastrado a él; fuese lo que fuese debía ganar tiempo. Si investigaban a fondo a Koolen, y lo harían, nada le garantizaba que no encontrarán también su rastro y su conexión con su antiguo pasado de ladrón escurridizo. Debía ganar tiempo, pero ¿cómo hacerlo?

- Soy marchante de arte y joyero en Quebec, el permiso de armas está en regla- respondió tratando de no resultar altivo en su tono de voz. No debía perder la calma ni hacérsela perder a aquel tipo. Desde aquella habitación hasta la salida había tres estancias y un pasillo, amén de cinco policías. Demasiados obstáculos para intentar una huida desesperada, al menos sin llevarse alguna respuesta. Debía reconducir la conversación y tratar de obtener el máximo de información posible antes de escapar, si era factible.

- Sabe perfectamente que esta pistola no se la habrían dejado pasar por la aduana- Davemport comenzaba a sentirse cómodo. Tenía la situación controlada.

- ¿Qué es lo que quiere?- Eric se la jugó. Aquella pregunta equivalía a una confesión, pero necesitaba respuestas.

El Coronel Davemport calló un segundo. Eric le miraba expectante.

- ¿Tiene tiempo para escuchar una historia?- preguntó Davemport .

Eric se relajó y echó hacia atrás en la silla, aquello comenzaba a intrigarle y posiblemente a ofrecerle respuestas. Aquella actitud convenció a aquel militar en la reserva que, al menos debía intentarlo. Aquel hombre estaba interesado en lo que tenía que contarle.

-¿Ha oído hablar alguna vez de un lago de montaña en Austria llamado Toplitz?

6. La historia.

- Finales de Abril de 1945, la II Guerra Mundial y la locura de Hitler llegan a su fin.- Davempport retiró la silla y adoptó una postura más cómoda y distendida.- Austria, noche cerrada y tormentosa. Una misteriosa columna de camiones nazis avanza con dificultad por una carretera de montaña imposible. Llegados a un punto del camino impracticable, oficiales de alta graduación de las SS, con demasiados galones encima como para dedicarse habitualmente a transportar simples provisiones, sacan de sus casas a los campesinos de los alrededores de la fonda Veit en Bad Ausse y les obligan a cargar con el contenido de los camiones...- Davempport hizo una pausa.- Estos cargan en sus animales domésticos una serie de pesadas cajas de madera. Los oficiales dirigen la marcha, montaña arriba en medio de la noche con destino a un remoto lago de alta montaña llamado Topplitz- Davempport deslizó una foto que sostenía entre sus manos. Era una foto de satélite donde se apreciaba lo que parecía un lago, rodeado de montañas.

- Dos kilómetros de longitud y solo cuatrocientos metros de anchura... pero profundo, muy profundo, nada menos que ciento tres metros. Allí los nazis lanzaron aquellas pesadas cajas al fondo del lago- Davempport miró a Eric, esperando algún tipo de reconocimiento.

-He leído mucho al respecto Coronel Davempport. La mayor parte mentira. No parece que los nazis, a diferencia de lo que se publica en cientos de páginas web, arrojaran a ese lago algo más que billetes falsos de cinco y veinte libras esterlinas...- Eric, efectivamente conocía la historia -Diré en su favor que su manera de contar la historia es increíblemente amena y entretenida, y no digamos ese aire melodramático que le da a su relato- Incluso él en el pasado había investigado la poca información disponible.

Al final de la Segunda Guerra Mundial desaparecieron toneladas de oro, joyas, obras de arte, provenientes del expolio nazi. Mucho de lo robado había sido ya recuperado y otro tanto había ido a parar a cuentas secretas o paraísos fiscales, desde Sudamérica a Suiza. En alguna ocasión estuvo tras la pista de alguno de estos tesoros, pero eso era otra historia. En lo tocante al misterio del lago Topplitz, hacía tiempo que había dejado de prestarle interés.

- En efecto, veo que conoce usted la historia. En 1993 el gobierno austriaco efectuó un rastreo exhaustivo del lago y confirmó que la operación Bernhard había llegado más lejos de lo que los británicos hemos sido capaces de admitir. En el lago se encontraron billetes falsificados de libras esterlinas, planchas y maquinaria para producir ingentes cantidades de dinero falso. Con ese dinero, como sabrá, pretendían inundar Inglaterra y hundir la economía británica de guerra. Dios mío, lo habrían podido conseguir si lo hubieran intentado antes y no al final de la guerra. La calidad de las planchas y el dinero encontrado eran increíbles. Hubieran pasado por auténticos y para cuando nos quisiéramos dar cuenta sería demasiado tarde.- Se daba cuenta de que había captado la atención de aquel misterioso hombre- Pero en ese lago había algo más que restos de una operación fallida de los alemanes para desestabilizar la economía aliada... Hace un año falleció por causas naturales Lord Archivald Cartwright.- Rebuscó nuevamente entre sus documentos y le alcanzó a Eric una vieja foto de un tipo distinguido que saludaba a Hitler en la foto.

- Durante los últimos sesenta años llevó la vida más discreta que se pueda uno imaginar. Pero durante los años treinta y pese a su juventud fue una de las principales figuras del nazismo en Gran Bretaña y miembro destacado de la sociedad secreta de Thule, la élite esotérica nazi, como descubrimos más tarde...- Se volvió a detener un momento y observó a Eric, su expresión demostraba una concentración e interés en la historia máximos.

- Ya sabe que los nazis y Hitler en particular estaban obsesionados con el ocultismo. Y buena parte de nuestra suerte, entonces, de que no ganaran la guerra fue debida a las numerosas y estúpidas decisiones basadas en prácticas cabalísticas y supercherías baratas. Una suerte como digo. Al acabar la guerra Cartwright pasó a un discretísimo retiro hasta su muerte. Imagínese la sorpresa del primer ministro cuando los abogados de éste le indican que el finado había dejado un testamento manuscrito que sólo debía leer él....

- ¿Qué clase de testamento?- Inquirió Eric, volviendo su silla a la posición original e inclinando el cuerpo sobre la mesa.

- Cartwright confirmaba en el mismo que también fue lanzado un cilindro metálico de casi un metro de longitud y quince centímetros de diámetro. Cilindro nunca localizado por los diferentes rastreos y cuyo contenido nos tiene intrigados. No sabemos que contiene o contenía; un listado de claves secretas de cuentas bancarias o los planos de una bomba atómica, no tenemos ni idea. El documento especificaba parte de las coordenadas donde se encontraba el cilindro. La otra parte del manuscrito fue remitida por Cartwright a Udo Schneider, un reputado abogado con residencia en Viena. Schneider había sufrido en sus propias carnes el nazismo. Además tanto el primer ministro como Schneider descubrían por las partes que cada uno había recibido del testamento quien era el otro destinatario. Había que unir ambas partes para tener las coordenadas exactas de localización del cilindro. Creemos que de esta forma evitaba que el asunto se olvidara o enterrara con su cadáver. Un alto funcionario del gobierno fue enviado hace dos semanas a Viena para confirmar y contrarrestar esa información .

- ¿No podían hacerlo por teléfono?

- Sí, el primer ministro y Schneider se pusieron en contacto pero había que recuperar el testamento en su totalidad y confirmar ciertas sospechas. Hemos descubierto indicios de una organización que ha conseguido infiltrarse en el Foreign Office. Sabemos que han obtenido información clasificada sobre la II Guerra Mundial. Han pasado muchos años desde aquello, sólo se puede tratar de una organización de convicciones nacionalsocialistas y al parecer, disponen de medios para conseguir sus fines. El envío de un correo a Viena fue un tanteo para ver hasta qué punto nuestra misteriosa organización estaba dispuesta a arriesgarse. Tanto el mensajero como Schneider fueron asesinados. Nuestro agente no llegó a su destino, el avión en el que viajaba fue saboteado y se estrelló en los Alpes suizos y Schneider fue tiroteado en su despacho. Ambas partes del testamento desaparecieron. Nuestra única pista proviene del sabotaje del avión. Solamente se han encontrado los cadáveres del funcionario y del piloto. La información que portaba desapareció, junto al copiloto de la nave. Aquí tiene una foto del mismo, tomada por una cámara de seguridad de Heathrow y muy bien acompañado- Le pasó una foto en blanco y negro que hasta aquel momento había guardado en un bolsillo interior de su chaqueta.

Eric la cogió y la observó sin demostrar emoción o reconocimiento alguno. Antes de ver la foto ya sabía a quién iba a encontrarse. Junto al piloto, un tipo joven y bien parecido de cabello extremadamente largo para un piloto comercial aparecía una hermosa mujer, rubia, de un rubio casi platino. Si Ivan Komarev había aparecido en el Orient Express, ella no estaría lejos. Annelie Svensson, era una preciosa sueca, en aquel momento debía tener unos treinta y cinco años, muy bien llevados.

-El copiloto asignado originalmente fue encontrado muerto en el vestuario dos horas más tarde, alguien le había roto el cuello y probablemente ese alguien le sustituyó como copiloto. Nadie notó nada. Frank Martin era un recién llegado a la compañía y por las fotos y cintas de seguridad el sustituto y saboteador debía parecerse bastante a Martin. Todavía no sabemos cómo ocurrió. Pero sí sabemos que el gobierno austriaco ya ha confirmado que alguien ha estado registrando en los últimos días el lago Toplitz. La policía austriaca ha confirmado que si había algo en ese lago, sea lo que sea, se lo han llevado.

Eric permaneció unos segundos en silencio, bajo la atenta mirada de Davempport.

-Tiene sentido que utilizaran ese lago para esconder ese cilindro, incluso las planchas y los billetes falsos. Obviamente pensaban recuperarlo todo más tarde...- Comentó.

- ¿Por qué lo dice?- preguntó intrigado Davempport. Aquel tipo parecía dispuesto a colaborar.

- Usted mismo lo ha dicho. Es un lago de alta montaña, situado a considerable altitud, lejos de miradas indiscretas, al menos en 1945, y lo más peculiar es que debido a su altitud y profundidad , más de cien metros, su agua carece prácticamente de oxígeno, evitando la corrosión habitual y manteniendo en un estado de conservación aceptable y por tiempo indeterminado cualquier objeto lanzado a su fondo...

- Sí, es un buen razonamiento- comentó el coronel.

- Obviamente pensaban recuperarlo todo más tarde... El dinero, las planchas y la maquinaria para imprimir moneda falsa, que fueron lanzadas en cajas de madera, fueron recuperados en un magnífico estado de conservación, así que un cilindro metálico...- Eric se había levantado y caminado hasta la pared, donde se apoyó, de espaldas a Davempport.

-¿De qué conocía a Olaf Koolen, el tratante de metales muerto?- preguntó de repente el coronel Davempport reconduciendo aquella conversación hacia el interrogatorio. Algo que había esquivado desde el principio de aquella reunión a fin de evitar que aquel hombre se cerrara en banda y no le quedara más remedio que dejarlo en manos de la policía, lo que le haría perder

mucho tiempo y la única posible conexión con la misteriosa organización que parecía estar detrás de aquel despropósito.

- Tienen ustedes un problema: Olaf Koolen, el finado era un tratante de metales preciosos de Amberes. Era un viejo amigo. Hace unos días me llamó muy preocupado. Obviamente le había caído algo en las manos que le asustó... No hubo manera de que me contara nada por teléfono, así que no me quedó más remedio que aceptar su invitación a encontrarnos en el Orient Express.

-¿Por qué en el Orient Express?¿Por qué un encuentro tan “melodramático”? Podían haber reunido en cualquier otra parte.

Eric sonrió ligeramente y bajó la mirada:

-Olaf era un excelente joyero pero un novelista frustrado. Le recuerdo haber visto empezar a escribir media docena de novelas pero no acabar ninguna... no sé.

-¿El lingote de oro que llevaba encima, con el anagrama nazi, provenía del lago Toplitz?-
inquirió Davempport

- Es posible. No conozco al copiloto desaparecido pero sí a la chica, se llama Svensson, Annelie Svensson, sueca, aunque más conocida como Crisis y si hay una palabra que la defina esa es ladrona. Tropecé con ella en el pasado, lo mismo que con el tipo que salto a través de la ventana del tren. Ivan Komarev, veterano del ejército rojo en Afganistán, durante la retirada de los soviéticos fue expulsado del ejército. Que yo sepa, es un excelente piloto de helicópteros, ladrón, guardaespaldas y lo que sea necesario por dinero...- Se apartó de la pared y se sentó apoyándose sobre la mesa, muy cerca de Davempport.

- Mire, no sé qué están tramando, pero estoy dispuesto a ayudarles a condición de que no presenten cargos contra mí y me dejen libre para actuar a mi modo. No tengo elección. No sé para quién trabajan ahora Crisis y Komarev, pero ahora saben que Olaf contactó conmigo y sospechan que yo sé más de lo que realmente sé. No me dejen en paz.

- ¿Sabe dónde localizar a sus amiguitos?- preguntó Davempport, señalando la foto tomada en el aeropuerto a Crisis y al piloto.

- Deme veinticuatro horas y creo que podré averiguar dónde encontrarles, al menos a “la chica”, y coronel Davempport...-se detuvo un momento y clavó su mirada en la del militar británico- no vuelva a referirse a ellos como “mis amiguitos”.

7 La conexión.

En realidad fueron cuarenta y ocho, pero la encontró. El coronel Davempport siempre había hecho gala de saber improvisar sobre la marcha y ser creativo. Algo también que le había creado no pocos problemas en sus años de servicio activo en el ejército. Aunque sus superiores habían sabido siempre, al final, darle margen, dados los resultados que solía conseguir.

Si hubiera dejado que la policía italiana detuviera a aquel tipo, nunca habría llegado tan lejos y en tan poco tiempo en sus investigaciones. Eric habría sido detenido y acusado de llevar un arma encima, que no había utilizado. Nada le relacionaba con Olaf Koolen, el cadáver del tren, a excepción de una foto. Todo hubiera podido quedar en una condena menor y él seguiría empantanado en sus investigaciones. Nadie hubiera ganado nada. No se lo pensó dos veces cuando accedió a las condiciones solicitadas por Eric para ayudarlo. Desde el primer momento su entrenado instinto le dijo que estaba ante un aliado formidable, probablemente el único que iba a tener en aquella investigación y no se sintió defraudado.

Eric se había movido deprisa. De un golpe se había quitado el óxido de encima y vuelto a los viejos tiempos, aunque no por gusto sino por necesidad y sin garantías de que todo aquello acabase bien. No confiaba en aquel misterioso agente secreto. Parecía escapado de una novela de John Buchan o de Sax Rohmer. Una especie de Nayland Smith, aquel estirado inspector del Yard empeñado en salvar al mundo de los malvados planes de Fu Manchú. No confiaba en que le dejara libre si aquello, fuese lo que fuese, acababa bien, pero ahora sólo pensaba en averiguar qué estaba pasando y en qué le afectaba a él. Cuando llegara el momento ya se preocuparía del coronel Nigel Davempport.

Annelie o como se la conocía en el mundo del que Eric había salido para no volver, al menos no de esta manera, Crisis (nunca había averiguado de donde venía aquel apodo), había sido siempre una zorrita de gustos exquisitos, lo que suele equivaler a caros. Se había movido siempre muy bien entre los hombres ricos, su fachada de modelo le había abierto las puertas de la alta sociedad. Durante el tiempo que coincidieron o trabajaron juntos le conoció romances con media docena de hombres de negocios en busca de aventuras fuertes, ricos herederos y hasta un cantante de rock de moda. De todos ellos sacó información y alguno hasta se convirtió en víctima de algún sonado robo.

Luc Aley era en aquellos momentos un cincuentón bien conservado que vivía de rentas en París. Durante los años ochenta y hasta mediados los noventa compaginó una activa vida como playboy con la de relaciones públicas. Discreto y eficiente, tanto en los negocios como con las mujeres, se había ganado el respeto de todo el mundo. Había trabajado para las principales cadenas hoteleras europeas, discotecas de moda desde Ibiza a Portofino y había sido confidente de todo tipo de secretos, que aunque no utilizaba para poner en evidencia a sus amistades sí le había dado todo tipo de contactos e informaciones privilegiadas que le habían convertido en un hombre rico, bastante rico. Cuando decidió retirarse de toda aquella vorágine, algo que no era fácil para muchos como él que solían acabar haciendo el ridículo en fiestas para las que el cuerpo ya no respondía y con una belleza alquilada colgada del brazo que podía ser su nieta, también abandonó su hábitat hasta aquel momento y se marchó a París. Se compró un ático y dos restaurantes dedicándose a su administración. Luc era un hombre feliz, llevaba una vida sin sobresaltos, hacía dos años que vivía con una pediatra, apenas cinco años más joven que él y viuda. Nada de separadas o divorciadas, eran un mal negocio pensaba. De esta manera sólo tenía que competir con un recuerdo y los hijos de ella ya tenían sus propias vidas y no le vieron como una amenaza o alguien a quien odiar por un motivo abstracto. Por eso cuando recibió aquella llamada, no pudo menos que casi asustarse. -¿Eric...? ¡Qué sorpresa...! ¿Estás en París...?- Luc sabía de Eric lo que este quiso siempre que supiera: que se dedicaba al arte.

-¡Hola Luc! No, estoy en Venecia. No tenía previsto venir a Europa, ha sido algo imprevisto...- Al otro lado del teléfono Eric sonaba seguro y cordial. A su lado el coronel Davempport escuchaba la conversación, al menos la parte de Eric. Se habían alojado en el hotel Príncipe, muy cerca de la estación de ferrocarril de Venecia, por consejo de Eric.

Eric mantuvo durante años, como tapadera de sus actividades, una pequeña galería de arte en Niza. Luc visitó una vez su tienda, con una joven y rica conquista, buscando cuadros para decorar su nido de amor. Se cayeron bien.

Eric y Luc continuaron siendo amigos, buenos amigos. Eric mantuvo siempre, durante aquellos años, un estilo de vida muy espartano. Era serio, a pesar de su juventud llevaba su pequeña galería con gran profesionalidad, estaba por encima de todo aquel mundillo falso en el que se movía Luc. Se quedó sorprendido cuando éste le anunció, diez años atrás que lo dejaba todo y se ponía a buscar nuevos horizontes... en Canadá. No le cuadró y seguía sin cuadrarle diez años después. En el mundo en el que ambos se movían era relativamente fácil meterse en algún lío y supuso que Eric había dado un paso en falso, un gran paso en falso. Canadá estaba muy lejos de la Costa Azul. Aquella llamada le inquietó.

- ¿Has visto últimamente a Annelie...?- la pregunta de Eric no podía ser más directa.

- ¿Annelie...? ¡Cielo santo, no me digas que la echas de menos...! ¿Has vuelto por ella?- Luc tampoco se anduvo por las ramas, aquella pregunta sobre aquella mujer, formulada tan directamente, significaba que Eric había vuelto, no por ella, sino por culpa de ella. Él fue quien les presentó, muchos años atrás. En aquel tiempo Luc mantenía una relación con aquella chica veinteañera, aspirante a modelo que había llegado a la Costa Azul contratada en Oslo por una agencia de modelos, para una campaña de ropa íntima destinada a los países nórdicos. Una universitaria con un cuerpo de infarto y una melena platino que era imposible ignorar. Luc descubrió muy pronto que aquella niña era además extremadamente caprichosa, lista y manipuladora, y se deshizo de ella, o lo intentó. Crisis se quedó en la Costa Azul y siguió con su carrera de modelo o lo que fuera. Siempre prefirió tomar el sol en la cubierta del yate de turno que someterse a una dura sesión fotográfica... Había escuchado rumores acerca de ella, algunos muy fantasiosos, pero su natural discreción le hicieron no prestar atención a ellos y seguir con su vida. El se apartó de ella como de la peste y hasta donde él sabía, Eric no había mantenido ninguna relación íntima con ella aunque durante un tiempo entablaron negocios de tipo artístico. Annelie acabó comprando también una pequeña galería, galería que le habían comentado todavía mantenía en Niza de su propiedad aunque había ya años que no pasaba por allí. Como mínimo desde que cazó a su última conquista... un millonario brasileño cercano a los cuarenta.

- Me gustaría verte, Luc. ¿Puedo ir a visitarte a París? Puedo estar allí esta tarde, es urgente.

8. “La mile miglia”

Aunque ya era primavera, París seguía teniendo aquel aspecto húmedo y frío, tan típico del invierno parisino. El avión había llegado desde Roma puntual y un taxi le llevó directamente al ático de Luc.

El coronel se había quedado en Venecia y se había puesto en contacto con el jefe del MI6, William Farris . Este escuchó lo acontecido de un tirón, ya había recibido un informe previo y había tenido que comunicarse con el ministro del interior italiano para tapar el incidente del Orient Express. Al acabar su informe se produjo un largo silencio al otro lado del teléfono. Farris sabía que los límites de lo correcto debían ser traspasados más a menudo de lo que la mayoría de gente se imaginaba.

-¿Cuándo regresará de París su hombre?- preguntó escuetamente.

-Mañana, tiene un contacto que le puede indicar donde encontrar a la chica de la foto, por cierto...¿Tenemos algo sobre ella?- Preguntó Davemport.

-No, no hay nada, ni como Annelie Svensson ni como Crisis, no está fichada.- Farris todavía tenía sobre la mesa el informe de Scotland Yard y le volvió a echar un vistazo mientras decía esto, como si esperara encontrar algo sobre aquella mujer en aquel escueto informe, que se le hubiera pasado por alto. La idea de dejar la iniciativa a aquel ladrón de arte retirado no le gustaba, pero, como Davemport, veía posibilidades a aquella manera de actuar.

-¿Y el piloto desaparecido?- preguntó nuevamente Davemport.

-Tampoco hay nada, un nombre falso, un callejón sin salida. Me preocupa que sea quien sea contra quien estemos “jugando” nos lleve tanta ventaja. Ese piloto fue introducido en la compañía al mismo tiempo que el primer ministro recibía el testamento de ese viejo. Esto es serio, Davemport. Huelga decirle que tiene todo mi apoyo y el del primer ministro para llegar al fondo de este asunto. Al precio que sea.- Sentenció Farris.

- Creo que aún podemos entrar en el juego en igualdad de condiciones, señor. Chantereau es un hombre hábil. Ahora lleva una vida retirada que parece disfrutar y desea conservar. Está tan interesado como nosotros en saber qué es lo que está pasando.- Sin soltar el auricular se acercó a la ventana de su habitación y divisó el Gran Canal, atestado de góndolas a aquella hora.

- La gente a la que nos enfrentamos cree que sabe algo que puede perjudicar sus planes. Estoy convencido de que no es cierto, pero su reunión en el Orient Express con Koolen les ha asustado. Tiene dos buenos motivos para ayudarnos. Sus antiguos camaradas pueden haber puesto precio a su cabeza y si no, lo haremos nosotros. Media Europa todavía busca al ladrón de arte más escurridizo de la historia, podría pasar los próximos veinte años en la cárcel. Buenas noches, señor.- Davemport colgó el teléfono.

Tenía hambre. Bajó al comedor del hotel, las últimas cuarenta y ocho horas apenas había comido bocadillos y bebido café de máquina infecto.

Luc y su mujer vivían solos, no tenían servicio. Todas las mañanas una asistenta venía a limpiar la casa. El resto del día estaban fuera los dos y por la noche y por turnos preparaban la cena. Su mujer no había llegado todavía, afortunadamente tenía guardia en el hospital, así que estaban solos. No hubiera podido ser de otra manera. Eric quería ser visto por el menor número de gente posible. Luc también se alegró de que no estuviera su mujer, no tenía ganas de darle explicaciones, cuando se fueron a vivir juntos ya se las había dado todas.

Él había envejecido de manera aceptable, pero Eric seguía disponiendo de aquella presencia física imponente, muy atlético y ágil. Salvo aquel canoso aspecto que le daba un aire más interesante si cabía, los diez años que les separaban parecían veinte. Seguía sonriendo con aquella media sonrisa que desarmaba a cualquiera y estaba demasiado moreno para vivir en Quebec. Sirvió el café que había preparado mientras le esperaba y se instalaron uno en frente del otro, en sendos butacones de piel y con una mesita entre ambos.

-No quiero hacerte perder el tiempo, Luc, pero necesito tu ayuda. Annelie se ha metido en un lío y me ha involucrado a mí también. No puedo ni quiero darte detalles, muchos de ellos resultan increíbles, incluso para ti que has visto de todo...- Eric acabó aquella frase mirando directamente a los ojos a su antiguo amigo, mientras probaba el café.

- Bueno, no sé si sabrás que todavía tiene aquella galería de arte en Niza, cerca de donde estaba la tuya, por cierto, convertida ahora en una cafetería de una franquicia americana- Luc se atrevió a dar un rodeo, a lo mejor evitaba involucrarse más de lo necesario en aquella situación.

- Lo sé, ya me he informado. Sigue siendo la dueña, pero no aparece por allí desde hace años. Hablé con el administrador de la misma, pero no pude interrogarle más a riesgo de que Annelie se enterara de que la estaba buscando. Por eso he recurrido a ti, seguro que sabes dónde la puedo encontrar. Necesito contactar con ella de forma "casual", tengo mis motivos para hacerlo. – Eric no solo había dejado de sonreír, había dejado la taza de café y se había incorporado hacia delante y acercado su cara a la de Luc.

- Está bien. Tú veras. Hace dos años que vive con un millonario brasileño. Creo que se llama Oppenheimer, Janos Oppenheimer. Llegó de Brasil al parecer para disfrutar de una fastuosa herencia y se ha quedado a vivir en Europa. Compró un castillo en ruinas en Ferrara, Italia y vive allí desde entonces – Luc se detuvo un momento al tiempo que se ayudaba de ambas manos para levantarse de aquel mullido sofá y encaminarse a una estancia, al lado de la que se encontraban y que había las veces de despacho. Pasó por detrás de la mesa y comenzó a rebuscar en un cajón de la mesa. Eric también se levantó y le siguió.

- Continúa.

- Bueno, Oppenheimer y yo tenemos dos cosas en común. Una, Annelie y la otra, los coches. Es un coleccionista de coches clásicos, como yo. Un experto en autos alemanes. El año pasado coincidí con ellos en el concurso de elegancia "Villa d'Este". Desde entonces no le he perdido la pista. Al igual que yo compra coches de época para el desguace y los restaura, curiosamente coches alemanes. Y al igual que yo, participa en carreras de clásicas por toda Europa.- Al fin encontró lo que buscaba y lo dejó caer sobre la mesa. Un sobre grande sin marcas. Eric lo cogió. Miró a Luc y al ver el gesto de aprobación del mismo, abrió el sobre y sacó el contenido del mismo.

- La semana que viene se celebra en Italia la tradicional "Mile miglia", de Brescia a Roma. La carrera pasa por Ferrara. Participaré con mi último coche restaurado. Un precioso Bugatti T35 azul celeste. Ha sido una labor titánica pero ha quedado mejor que nuevo.– Luc no podía ocultar la satisfacción por su Bugatti pero al mismo tiempo y mirando toda la documentación de la carrera que sostenía Eric en la mano en aquel momento, se daba de cuenta de que, al menos aquel año, él no estaría en aquella carrera, aunque sí su coche.

- Nunca he conducido un Bugatti – comentó Eric revisando la documentación sin levantar la vista de aquellos papeles. - ¿Volante a la derecha o a la izquierda?

9. Coches rápidos, bellas mujeres y una invitación.

Luc, confiaba en Eric. Fue el propio Eric quien alquiló un camión sin conductor y llevó personalmente el coche a Brescia, llegando con el tiempo justo para tomar parte en la carrera.

Su llegada causó cierta atención entre los profesionales y corredores, que esperaban a Luc Aley. Eric se excusó en su nombre, pero una repentina gripe le tenía sujeto a una cama y él se encargaría de pilotar su auto. No tuvo ningún problema en confirmar que había venido expresamente desde Canadá para pilotar aquel auto y dio todo tipo de informaciones solicitadas. Esa atención llegó precisamente a quien él deseaba que llegara. Annelie le sorprendió aquella misma mañana, la primera de la carrera, en el control de firmas. No estaba segura de si él la había visto, pero no quería hacerlo hasta que Janos Oppenheimer decidiera cómo actuar. Oppenheimer y Komarev se encontraban en el parque cerrado, donde se guardaban los vehículos que participaban en aquel más desfile de viejas glorias que carrera.

El Mercedes 300 SL plateado y con puertas en alas de gaviota tenía la merecida fama de ser uno de los automóviles más bellos nunca construidos y demostró el poder de resurrección de Alemania tras la II Guerra Mundial. Las primeras unidades salieron de fábrica en 1952, apenas siete años después del fin del nazismo y muchas de ellas seguían funcionando, amén de numerosas réplicas solo de carrocería, que circulaban sobre todo en Estados Unidos. La unidad de Oppenheimer fue durante muchos años el orgullo de su difunto padre y cuando este murió y lo recibió como parte de la suculenta herencia que le dejó, se lo trajo de Brasil, bastante deteriorado por el uso habitual que durante muchos años le había dado su progenitor. Él mismo lo había restaurado y el resultado había sido espectacular.

Janos había visto el Bugatti, pero no al piloto. Recordaba a Luc Aley por un concurso de elegancia celebrado el año pasado y donde aquel francés cincuentón se había presentado con un espectacular Pegaso Serra, una de aquellas rarezas que el régimen falangista del general Franco impulsó como propaganda ante el mundo para demostrar el desarrollo de España, en plena autarquía económica y política, tras acabar la II guerra mundial y mientras el país se moría de hambre. Huelga decir que Pegaso volvió a dedicarse a algo más necesario para el país durante los siguientes treinta años; camiones. Aquellos coches quedaron como una auténtica rareza y muy cotizados. Luc volvía a sorprenderle. Su teléfono móvil vibró.

-¿Sí...? ¿Dónde estás? ¿No vas a ser mi copiloto cariño...?- Oppenheimer se encontraba de un excelente humor aquella mañana y ya le extrañaba que Annelie no estuviera allí.

-¡ Está aquí, compite con un Bugatti T 35!- Crisis no pudo dar la noticia sin menos rodeos.

-¡ Ivan, lárgate, Chantereau está aquí!- Le espetó a Komarev que, en calidad de guardaespaldas se encargaba de que los curiosos no se acercaran demasiado a su Mercedes. Este miró a Janos con expresión de congoja pero no dijo nada y obedeció sin rechistar. No necesitaba que Janos le diera más explicaciones. Si le había quedado alguna duda de que había cometido un error imperdonable en el Orient Express, esta había quedado disipada.

- No recuerdo haber visto su nombre en el registro de inscritos. ¿Utilizó uno de sus nombres falsos?- Janos intentaba recordar la lista de inscritos.

- No, corre con el coche de Luc Aley. Me han dicho que tiene gripe y Eric corre en su lugar. Se está dejando ver sin ningún tipo de problemas. No es posible, todavía debería estar retenido por la policía...- Crisis estaba asustada. Aquella aparición podía trastocar todos sus planes, incluso podía tratarse de una trampa. Su mente incluso especuló con la posibilidad de que la policía estuviera detrás de aquello. Las elucubraciones mentales de Janos iban en la misma dirección, pero al escuchar a su compañera tan nerviosa trató de calmarla.

- Tranquila, seguiremos el juego de nuestro amigo, me gusta. Quiero que me esperes en la meta de Ferrara, cerca de casa. Le invitaremos al castillo a cenar.

- ¿Estás seguro? ¿Precisamente esta noche? Me parece...

- ¿Osado...?.- Janos no dejó que Crisis volviera a protestar, cerró el teléfono y lo desconectó. Subió a su auto y se dirigió a la salida.

El público aplaudía encantado al paso de aquellos autos míticos: Ferrari, Mercedes, Auto unión, Hispano Suiza, Alfa Romeo, Jaguar, Bugatti, Lancia. La lista de marcas era mítica.

Muchas de ellas ya simplemente un recuerdo rodeado de una aureola de excesivo romanticismo, hacían soñar a unos espectadores que se sentían transportados en el tiempo, un tiempo que no conocieron y que al igual que muchos de aquellos coches había sido mitificado en exceso. A otra época y otro lugar, cuando conducir un coche, cualquier coche, era un lujo y una experiencia solo al alcance de los más ricos y la realeza. Nada comparable a los coches fabricados en cadena que conducían ellos, dotados de menos romanticismo aunque, probablemente, mucho más seguros y cómodos que aquellos cacharros, muchos de los cuales no compartían ni conocían conceptos como versatilidad, economía, seguridad y comodidad. Un vehículo que se ajustaba perfectamente a esa descripción era el Bugatti T35 que pilotaba, la palabra conducir no se podía aplicar a aquella joya diseñada originalmente en 1924, y con bastante destreza Eric por aquellas estrechas y viradas carreteras locales que recorrían la zona de Ferrara en Italia. A cada curva y teniendo cuidado de no chocar ni contra los árboles ni contra la gente que se empeñaba en sacar una foto del vehículo, en plano frontal. Eric exprimía el motor de aquel auto e intentaba, sin conseguirlo del todo por el motivo real que le había llevado allí, disfrutar de aquel momento. Muchos de los pilotos vestían acorde con la época del vehículo y Eric no era una excepción, el mono blanco que llevaba, el casco y las enormes gafas de cuero hacían exclamar de admiración a los espectadores a su paso.

La bandera a cuadros se agitó a su paso por la línea de llegada a Ferrara, había hecho un tiempo excelente, el mejor de su categoría. Paró el coche e intentó bajarse del mismo con la ayuda de los comisarios que intentaban por todos los medios que los curiosos y periodistas no se emocionaran demasiado y tomaran el coche, o alguno de sus componentes por la fuerza y le acompañaron hasta la zona habilitada para los autos, tras unas vallas abarrotadas de curiosos con sus cámaras digitales.

-¡Eric Chantereau...!¿Qué demonios estás haciendo aquí...?- La voz, a su espalda, le resultó conocida, a pesar de los años transcurridos. En otra situación, en otro momento, en otro lugar se habría girado sobre sí mismo y descargado su puño sobre aquella cara y luego habría contestado. No eran ni la situación, ni el momento ni el lugar idóneos.

- ¡No solo apareces de la nada si no que encima ganas la etapa en tu categoría!- Rubia casi platino, de larga y bien cuidada cabellera, piel bronceada, que la alejaba de aquel típico color lechoso nórdico bastante feo, ojos azules y un estilo clásico pero elegante la hacían destacar y muchas cámaras se dedicaban ya a retratarla. La esbelta figura con los brazos cruzados llevaba la insignia de miembro de la organización.

- ¿Qué hay de tu tradicional discreción? Te hacía en algún confortable agujero, contando tu dinero- Crisis comenzaba a ser indiscreta y en voz alta. Seguía siendo espectacular, tampoco era tan mayor, treinta y tantos. Ahora recordaba que no era nada más que una cría, muy ambiciosa, cuando la conoció. Y también recordaba lo que le gustaba llevar las situaciones al límite.

-Crisis,¡ qué sorpresa!- Pronunciar aquel nombre en voz alta y en un tono tan neutro sin demostrar un estado de ánimo especial debido al encuentro, hizo dejar de sonreír a aquella mujer y recordarle con quien estaba hablando. Puede que él tuviera un secreto, pero no era el único -¡Ya me conoces, soy un adicto al riesgo, estás preciosa!- Añadió inmediatamente retomando el camino más diplomático e intrascendente y falso que pudo.

Acababa de meterse en la boca del lobo. Le habían lanzado un desafío y lo había aceptado. No había tenido elección. Por un lado podía acabar en la cárcel y por el otro muerto. Para mucha gente, a priori, la elección estaba clara. Para él la prisión no era una opción. Crisis le rodeó con los brazos y le miró a los ojos, él también lo hizo. Se dio de cuenta de que estaba totalmente desconcertada aunque con aquel gesto intentaba tomar las riendas de la situación. No lo estaba consiguiendo.

- ¿Te puedo dar un beso o se molestará tu amigo?- Eric seguía machacando la confianza de Crisis, una pregunta más y lo confesaría todo, pensó. No tendría tiempo, su pregunta tampoco era gratuita. Un espectacular Mercedes 300 SL plateado paró bruscamente junto a ellos. La puerta, en forma de ala de gaviota, la principal seña de identidad de aquel clásico se abrió y un hombre con un mono de color rojo salió de su interior mientras se quitaba el casco.

Alto, atlético, rubio, con un flequillo quizá demasiado juvenil para un hombre de su edad, probablemente la misma que Eric. Rostro bronceado y de proporciones perfectas, no había que tener inclinaciones dudosas para afirmar que Janos Oppenheimer era un hombre atractivo, aunque sus profundos ojos azules se clavaban como puñales y resultaban siniestros. Se

acercó a ambos peinándose con los dedos el pelo que había quedado aplastado por el casco para acto seguido acariciarse una discreta perilla, cuidadosamente descuidada.

- ¡Annelie, querida...!¿No me presentas a tu amigo?¡Me llamo Oppenheimer, Janos Oppenheimer! Una excelente carrera, señor... perdón no recuerdo su nombre...!- Comentó con una sonrisa y poniendo una ligera expresión de duda, a todas luces falsa, mientras le ofrecía su mano a Eric.

- Eric Chantereau. Sé que esperaban a Luc pero una inoportuna gripe le ha dejado en cama. He venido desde Canadá para hacerle el favor de lucir su última restauración y acceder al premio de elegancia.- Tanto él como Annelie y Janos sabían perfectamente por qué estaba allí.

- Annelie me ha contado cosas de usted muy interesantes, señor Chantereau, y este no es el mejor sitio para recordarlas. Los amigos de Annelie son siempre bien recibidos. Tengo un refugio aquí mismo a las afueras de Ferrara, me gustaría que viniese a cenar esta noche con nosotros si no tiene otros compromisos. Le dejo mi tarjeta con la dirección, es fácil de encontrar- La invitación de Oppenheimer era como una golosina en manos de un crío. Daba igual que estuviera caducada. El niño se la comería. El dolor de estómago vendría más tarde.

- ¡Encantado! Allí estaré... ¿digamos a las nueve?¡Perfecto! Ahora si me disculpan tengo que pasar el control de firmas. ¡Hasta luego!- Y dicho esto se alejó. La sangre le hervía, no le gustaba cómo sonaba aquello de que Crisis le había contado cosas muy interesantes. Ahora no le quedaba más remedio que seguir hasta el final a pesar de que había cumplido su parte del trato con el servicio secreto británico. Ya tenían el contacto, si cumplían su parte, podría desaparecer otra vez y olvidarse del tema, aunque confirmar una cena y no presentarse no era muy elegante.

Janos y Crisis le siguieron con la vista hasta que Eric se perdió entre la multitud. La expresión de ambos había cambiado. Se habían acabado las sonrisas.

- ¡Tiene valor tu amigo, por no decir pelotas, siendo vulgar!¿Y bien?- Preguntó secamente Janos todavía con la mirada perdida entre la multitud, en un vano intento de no perder de vista a Eric.

- ¡Ese estúpido de Komarev nos ha complicado la operación de manera innecesaria! Su obsesión en cazar a Chantereau cuando sólo tenía que deshacerse del joyero y desaparecer, ha despertado su curiosidad. Debe haberse oído algo muy grande para salir de su retiro.-

-¿Dinero?- preguntó Janos.

-¡No, adicción al riesgo. Eric es multimillonario!- respondió Crisis, directa en su análisis disipando cualquier duda que Janos pudiera tener en los pasos a seguir a partir de aquel momento.

-¡Mierda!.

Mezclado entre el resto de periodistas y fotógrafos que cubrían la carrera, el coronel Davemport había fotografiado con todo lujo de detalles a Crisis y Oppenheimer, incluso a Komarev, aunque Eric no lo hubiese visto. Su cámara, en realidad algo más que una simple cámara de fotos, estaba conectada vía radio con un ordenador, situado en una furgoneta de reparto sin marcas ni ventanas, aparcada en las inmediaciones de la plaza del ayuntamiento de Ferrara. Allí dos técnicos del servicio secreto británico, habían procesado las imágenes y todos los datos que Eric les había proporcionado. La identidad de Komarev quedó confirmada en seguida, incluida su pertenencia al ejército soviético. Había pasado varios periodos en la cárcel: Inmigrante ilegal en Alemania, robo en España, estafa en Francia. Un ciudadano del mundo. La de Annelie llegó un poco más tarde. No tenía antecedentes. Janos fue incluso más fácil, aunque estaba limpio.

El coronel Davemport continuó observando a aquel trío hasta que se separaron. Abandonó su lugar entre los periodistas y se dirigió a la furgoneta. Al llegar a la misma golpeó con los nudillos la puerta trasera y la abrió entrando en su interior.

-Pase, Davemport, ya hemos identificado a los contactos de Chantereau. Esto se pone interesante por momentos – La voz no era otra que la de James Levine, que ni apartó la vista de los monitores que manejaban los dos técnicos cuando entró el coronel. Davemport estaba pisando terreno resbaladizo con todo aquel dispositivo puesto en manos de un ex ladrón de arte. Se había saltado todos los códigos, reglamentos y procedimientos y Levine estaba allí para, si salía mal, recordárselo y si salía bien, intentar llevarse parte o todo el mérito. El muy miserable se había oído algo muy grande.

Levine cogió una de las fotos de Janos que había tomado el coronel y que el había impreso y se la pasó a este que la aceptó.

- ¡ Llegó a Europa hace dos años! Janos Oppenheimer, treinta y ocho años, nacido en Brasil, de padre alemán huido de Alemania al acabar la II Guerra Mundial. Podría tratarse de Klaus Oppenheimer, miembro destacado de la sociedad secreta y ocultista nazi de Thule y cargo de relevancia en las finanzas del III Reich. Parece que consiguió vivir bajo una falsa identidad casi hasta su muerte. Janos es su heredero; maderas y metales preciosos. Esto le conecta con el difunto Olaf Koolen, la víctima del tren- Paró un momento mientras recogía otro informe que uno de los técnicos le pasaba en aquel momento. – Hemos averiguado que Koolen tenía tratos con una sociedad mercantil “opaca” o fondo de inversiones que manejaba principalmente capitales de origen carioca.- Aquí hizo una pausa mayor y miró por primera vez a Davemport. Este también le miró.

- El gobierno austriaco nos ha confirmado que alguien ha estado buceando en ese lago. Hay un par de testigos ¡Se nos han adelantado! Sea lo que sea que había en ese cilindro, nuestros amigos lo han recuperado.

10. No tengo elección

El hotel Ripagrande estaba en el centro de Ferrara. Palacio original del siglo XV, antigua residencia de los Condes Beccari-Freguglia. Había sido transformado en un elegante hotel de cuatro estrellas. Situado en el centro histórico de la ciudad, conservaba todavía los antiguos arcos, mármoles y tapices, y dos estupendos patios interiores renacentistas. Cuarenta habitaciones, reservadas la mayor parte aquellos días por corredores, periodistas y miembros de la organización.

Eric acabada de ducharse cuando sonó el teléfono. Solo Davempport sabía que estaba allí, al menos eso creía él. Habían charlado brevemente en el bar del hotel donde éste le había puesto al corriente de lo que habían averiguado sobre Oppenheimer. Estaba a punto de cogerlo cuando alguien llamó a la puerta y se identificó como servicio de habitaciones. Eric había decidido cenar en su habitación. Prefería seguir manteniendo las distancias el tiempo que estuviera por allí. Aunque no dejaba de ser algo estúpido ya que durante todo el día, no había podido evitar que le fotografiaran cientos de veces, además había tenido que rellenar un montón de formularios y hablar con jueces y personal de la organización. Su paso por aquella competición había quedado sobradamente confirmado y registrado. Debería haberlo pensado antes de meterse en aquel lío.

Abrió la puerta e inmediatamente alguien se abalanzó sobre él. Le cogió por sorpresa, pero el intruso no consiguió agarrarle ya que los instintos de Eric reaccionaron y se zafó de aquel tipo lanzándolo contra un aparador de madera maciza que le golpeó como una piedra, cayendo al suelo sin sentido. No tuvo tanta suerte con el segundo intruso, que le golpeó en la cara con una pequeña porra, haciéndole retroceder aturdido hacia la cama. El segundo golpe lo pudo parar, gracias a que cuando caía sobre la cama pudo levantar un pie y golpear en el pecho a su agresor. Este retrocedió, sin aliento y Eric se abalanzó sobre el mismo y le dio sendos puñetazos en la cara que dejaron a aquel tipo completamente atontado. Iba a propinarle un tercer golpe pero no hizo falta, aquel hombre, bajito pero fornido y de unos cuarenta años bien llevados, cayó de rodillas y finalmente de bruces en el suelo. El teléfono seguía sonando. La puerta de la habitación seguía abierta. Registró a aquel tipo y no tardó en descubrir el bulto de la pistola. La cogió. No recordaba el modelo, pero sí quién las utilizaba. El servicio secreto británico. Era su arma reglamentaria. Se asomó a la puerta de la habitación. Nadie en el pasillo, todo había sido tan rápido que nadie parecía haber escuchado los golpes. Cerró la puerta y se dirigió al teléfono. De camino al mismo, golpeó con el pie la cara del tipo bajito que parecía reaccionar después de los dos puñetazos que le regalara Eric. Volvió a dejarlo sin sentido. El otro tipo, el que se había estrellado contra el aparador, seguía inconsciente. Le registró también y quitó la pistola. También recogió la porra. La insistencia del teléfono, que no había parado un instante le estaba poniendo furioso, furia que pudo percibir el coronel Davempport al otro lado de la línea cuando Eric contestó finalmente a la llamada:

-¿Sí?

-¡Chantereau, soy Davempport! Tenemos un problema. Un alto funcionario de MI6 que supervisa la misión se ha empeñado en detener tanto a Janos y a Crisis como a usted. Está intentando conseguir la autorización del jefe del servicio secreto.- Davempport esperó un momento, no sabía cómo reaccionaría aquel hombre, habían hecho un trato y había cumplido con creces lo que había prometido: Localizar a las personas detrás de los asesinatos del agente Phil Cadwell sobre el cielo de los Alpes y de Olaf Koolen en el Orient Express.

Eric miró a los dos hombres que permanecían inconscientes en el suelo de su habitación. Le dolía el labio.

- ¡Eric...!¿Sigue ahí...? - Se escuchó por el auricular del teléfono.

- Sí. Tengo una invitación a cenar y ya voy tarde.

- ¿Cómo?¿Se ha vuelto loco? Ya ha cumplido su parte del trato, nos ha puesto sobre la pista de esos asesinos. Está libre, puede irse. Sí va a esa cena, no podré protegerle, ni de ellos ni de... nosotros!

- Han intentado matarme. Me consideran un peligro para sus planes... sean los que sean y no puedo decepcionarles, tengo una reputación que mantener.- Mientras hablaba, se acercó a la ventana y echó un rápido vistazo al exterior. Su habitación daba a uno de los patios interiores, lleno de mesas repletas de comensales a punto de iniciar sus cenas. Todo parecía normal.

- Todo lo que tienen hasta ahora son sospechas, pueden tardar días en poder actuar. Yo no voy a poner mi vida en manos de unas sospechas. Tengo que llegar hasta el final. Sobre todo ahora que dos agentes británicos descansan en el suelo de mi habitación tras intentar secuestrarme.

Davenport apretó los dientes, el estúpido de Levine lo había hecho, o al menos intentado.

-¡Como acaba de decir coronel, no puede protegerme de nadie!- Colgó el teléfono. Se vistió y salió de su habitación, cerrando con llave. Se llevó la documentación y las armas de aquellos tipos y las arrojó a un contenedor de basura en la parte trasera del hotel. Davenport le había devuelto su pistola de porcelana en Venecia, la acomodó en una cartuchera especial que llevaba en la cintura, bien disimulada por la chaqueta sport. Cuando descubrieran a los dos agentes, el camarero debía estar a punto de subir con la cena, o aquellos hombres se despertaran, él ya estaría sentado a la mesa con su antigua socia y aquel siniestro tipo, puede que de plato sorpresa.

11. La cena

El espectacular Alfa Romeo 8C de color rojo se agarraba a las curvas de aquella estrecha y virada carretera como si las mordiera. Su poderoso propulsor bramaba subiendo y bajando de revoluciones bajo la experta conducción de Eric. Había tenido varios y exclusivos coches cuando vivía en Europa y en Canadá tenía un Porsche Spider, originario de los años 50 y completamente restaurado, al que siempre que podía ponía al límite. La marca de coches italiana había dejado dos modelos de pre-serie a la dirección de la carrera para promocionar el vehículo, todavía un prototipo y que cuando entrara en cadena de montaje no pasaría de quinientas unidades. Eric, gracias a su pase especial como piloto del rally, no había tenido problemas para acercarse al sector restringido donde aquellas dos maravillas estaban aparcadas. Conseguir que los encargados de la marca le dejaran sacar el coche de noche fue un poco más complicado. Uno de los modelos, en manos de uno de los corredores, se había salido de la carretera y lo había dañado ligeramente en un lateral cuando lo estuvo “probando” aquella misma tarde. Todo se solucionó cuando un directivo de la marca le reconoció. Aquel tipo había conducido un Bugatti de los años veinte como si de un coche de calle actual se tratase. Le pasó las llaves sin problema, a lo mejor compraba uno.

El “refugio”, como lo había llamado Oppenheimer, resultó ser lo que quedaba de un antiguo castillo del siglo XV, del que se habían restaurado un cuerpo central de dos plantas en forma de L y un torreón. La construcción descansaba sobre una rocosa colina al norte de Ferrara, en una zona apartada, rodeada de un frondoso bosque. La luna llena ya se veía en el horizonte, aunque todavía había luz diurna que se reflejaba sobre los muros de aquella construcción dándole a la misma un cálido tono rojizo que daba al conjunto una panorámica casi irreal. La mansión resultaba impresionante y cara. La herencia de la que disfrutaba aquel hombre debía de ser enorme. Los faros del coche alumbraron la entrada a través de un muro de piedra de un metro que rodeaba la parte central del edificio principal. La verja metálica estaba abierta y un empleado vestido de traje oscuro, al principio le pareció eso, le indicó donde aparcar el coche. Eric le reconoció. Alto, joven, pelo algo largo y rubio. Le había visto en la foto que le enseñara Davempont en el Orient Express, aquella en la que estaba con Crisis y que fue tomada por las cámaras de Heathrow, aunque ahora no llevaba ninguna peluca. Era el copiloto desaparecido. Un poco más allá y al bajarse del coche, vio aparecer por la puerta principal a Oppenheimer y a Crisis.

- Comienzo a sospechar que tu amigo, no solo nos está desafiando sino que incluso cree que puede ganar la partida.– Oppenheimer estaba siguiendo con la vista a Eric, que se acercaba resuelto a su encuentro.

- Es frío, muy frío, estuvo diez años en la cumbre y se retiró cuando quiso. No es de este planeta. Te lo advierto, Janos, no caigas en sus provocaciones ni le des más motivos para que se inmiscuya todavía más en la operación.– Crisis estaba nerviosa, muy nerviosa. A aquellas alturas sólo su fe en Oppenheimer no la había llevado a salir corriendo y esconderse en algún remoto lugar donde nadie la encontrara, a pesar de lo mucho que estaba en juego.

Janos se había dado cuenta de los temores y miedos de su amante. Le comenzaba a fallar por primera vez en dos años.

Mientras tanto el coronel Davempont había llegado al hotel de Eric. La policía italiana ya estaba allí y el revuelo formado era considerable. Enseñó su placa de la INTERPOL a un policía que custodiaba la puerta del hotel y entró. Subió a su habitación, para comprobar que su misterioso ladrón de arte, convertido en agente de campo, era un hombre expeditivo y en forma. Había dado una soberana paliza a dos agentes que todavía se retorcían de dolor y que no olvidarían fácilmente lo ocurrido. Un médico le estaba colocando un collarín a uno de los agentes, bajo la frustrada mirada de Levine, que se estaba dejando los dientes mientras mordisqueaba su pipa. Davempont reconoció a los agentes, eran los mismos que aquella tarde estaban en la furgoneta monitorizando el encuentro de Eric con Janos.

Cogió a Levine con fuerza por un brazo y lo llevó fuera de la habitación, al final del pasillo.

-¡Maldito imbécil!¿Qué cree que está haciendo?- Escupió casi entre dientes Davempont a escasos centímetros de la cara de un sorprendido Levine.

-¡Lo que tenía que haber hecho usted hace horas!- Levine, poco acostumbrado a que nadie le hablase en aquel tono estaba rojo de ira. -¡Su hombre le ha engañado! Le ha dado la oportunidad de alertar a sus cómplices y desaparecerá con ellos! ¡Y no podemos pedir ayuda a la policía italiana porque...!- Levine se paró, de repente tuvo miedo a acabar la frase. Davemport lo hizo por él.

-¡Porque ni sabemos a qué nos enfrentamos! ¡Yo tenía un trato con ese hombre y él ha cumplido su parte! ¡Ahora le obligará a tomarse la justicia por su mano, no parará hasta averiguar qué está pasando, y nosotros quedaremos como meros espectadores! ¡Pase lo que pase, acabamos de perder el control, maldito burócrata!

-¡Pues recupérelolo! Si sabe a dónde se dirige aún podemos capturarlo!- Levine se zafó de Davemport y se dirigió nuevamente a la habitación, apartando a los curiosos que se habían ido acercando al ver discutir a aquellos dos hombres.

El coronel Davemport sabía exactamente a dónde se dirigía Eric.

El gran comedor imponía. Pero en el centro del mismo y ajenos a la arquitectura, los tapices que colgaban de las paredes, la enorme chimenea que presidía una de las paredes de la estancia o cualquier otro adorno superfluo, tres jugadores se estudiaban y sopesaban sus cartas. La excelente cena era casi invisible para los comensales. Mentalmente habían sustituido aquellos manjares por cartas marcadas y todos y cada uno de ellos estaba esperando que los otros mostraran antes de tiempo su farol. Mientras tanto jugueteaban con la comida, servida por un camarero y un cocinero que en los dos años que llevaban al servicio de Oppenheimer no recordaban haber visto una reunión tan tensa. Normalmente Los invitados de sus jefes, aunque escasos, eran agasajados por un Janos locuaz, divertido y relajado. Pero, esta noche habían descubierto a unos jefes fríos, distantes y a los que les costaba no perder la paciencia y mostrarse educados ante cualquier pregunta intrascendente que se les efectuase.

Aquel visitante que tanto parecía desasosegarles resultó ser un hombre extremadamente educado aunque, eso sí, su presencia física y su mirada resultaban inquietantes. El camarero, un hombre ya cercano a la jubilación, que antes de trabajar para Oppenheimer había desarrollado una intensa carrera al servicio de un rico industrial italiano, había visto, servido y soportado a nuevos ricos sin clase ni educación, "gigolós", millonarios de tercera generación decadentes y en general a mucha gente falsa que aparentaba lo que, aun con dinero, no podían ser. Con los años se había convertido en un experto catalogando a la gente a la que servía y nunca se equivocaba. Eric le tenía desconcertado. Sí, su mirada era inquietante, pero más allá de constatar que sabía combinar las chaquetas de corte clásico con unos "jeans", le fue imposible catalogar a aquel hombre. Fuese lo que fuese lo sabía esconder muy bien; sonrió cuando se le invitó, sin haber mostrado ninguna reacción o malestar cuando Janos obvió el refrigerio preparado en la terraza, y casi le obligó a sentarse a la mesa. Hizo algunos comentarios halagadores sobre la cena y supo distinguir entre los cuatro cuchillos de la mesa cuál era el de la carne.

La mesa, situada en el centro de la estancia y de forma rectangular, mantenía a distancia a Eric y Janos. Crisis se colocó a mitad de camino de ambos, a salvo, de momento, de los dos juegos de cuatro cuchillos de ambos.

- Bien, señor Chantereau, Annelie se ha mostrado muy sorprendida al verle esta mañana en la carrera. Estaba usted retirado de toda actividad digamos "pública"...- Janos formuló la pregunta sin apartar la vista de su plato, mientras cortaba, con el cuchillo equivocado, un ala de la codorniz de su plato. -¿A qué debemos esta aparición estelar?-Ahora sí que miró a Eric.

Si lo que esperaba Janos era coger por sorpresa a su invitado no lo consiguió.

- Hace una semana, un asesino a sueldo mató a un viejo conocido mío en el Orient Express y luego lo intentó conmigo.- Se detuvo un momento para probar el vino de su copa. – Se llamaba Olaf Koolen y el asesino Iván Komarev- Miró a Annelie furtivamente para darse de cuenta de que ésta no se encontraba precisamente, a gusto con aquella situación.

-Tropecé con él en el pasado, lo mismo que Annelie y he pensado que a lo mejor me puede ayudar a localizarlo.- Ahora sí que la miraba directamente a ella – Que maten a un conocido siempre es algo desagradable, pero que lo intenten con uno mismo es, cuanto menos, molesto y, en mi caso, no deseado..

Janos no demostró ninguna emoción especial ante aquella manera de mostrar todas sus cartas por parte de Eric, aunque por dentro se sintió inquieto. Echó un vistazo a su plato y descubrió que estaba utilizando el cuchillo equivocado.

-¿Asesinado? No recuerdo haber leído u oído nada al respecto en la prensa... –comentó cambiando el cuchillo erróneo por el correcto.– Y creo que Crisis vigila mucho a sus amistades últimamente.

El pronunciar el nombre de Crisis hizo que ésta intentara esbozar una queja, pero Oppenheimer levantó la mano ligeramente en un gesto conciliador, aunque también era un modo elegante de cerrarle la boca. Aquello era entre él y Eric.

-¡Mire, Sr. Chantereau, como le dije, Annelie me ha contado cosas asombrosas de usted y también de ella. Siempre me informo de la gente con la que me relaciono. Soy un hombre muy rico y poderoso y llevo toda mi vida apartando a los aduladores y demás escoria.

- Sí, me hago cargo, pero volviendo al tema que me trae aquí esta noche, me gustaría...- Eric no pudo acabar la frase. Crisis no le dejó.

- Hace años que no veo a Komarev, no sé nada de él desde... aquella operación en España- Y miró a Janos mientras decía esto, con un gesto de malestar creciente.

- Sí, recuerdo aquella operación. Un recuerdo imborrable. Me convenció para siempre de que “mejor solo que mal acompañado”.- Eric decidió no seguir con el tema, ya había decidido, nada más llegar a aquel castillo, que debería efectuar una segunda visita de incógnito.

- ¿A qué se dedica ahora Sr. Chantereau?- Preguntó Janos, deseoso también de dar un respiro a Crisis y de tratar de obtener más información sobre aquel hombre.– Todo el mundo ha comentado la destreza que ha demostrado a los mandos de ese Bugatti. Sólo un piloto experto podría conducir así y no hay muchos pilotos de esas características... y la organización de la “miglia” los conoce a todos... .

- Canadá es muy grande y siempre me ha gustado conducir.- Dejó los cubiertos y cruzó las manos apoyando los codos en la mesa discretamente. – Tengo una pequeña galería de arte en Quebec, promociono a nuevos valores. Aparte de eso, al igual que usted tengo cierta aversión a los aduladores y ... la escoria.

- Interesante, muy interesante – comentó con una sonrisa, mientras miraba disimuladamente su reloj, hecho que no pasó inadvertido para Eric. Era la excusa perfecta para salir de allí.

- Bueno, es muy tarde y mañana viene una etapa complicada. Necesito descansar.- Se levantó de la mesa, gesto imitado por sus anfitriones.- Ha sido una cena exquisita, señor Oppenheimer.

- Felicitaré al cocinero en su nombre, le acompañamos. Hoy el servicio libra por la noche. Estamos solos.- Comentó éste solícito, mientras guiaba a su invitado por el pasillo que llevaba del comedor a la entrada del castillo.

Crisis había permanecido muy callada, apenas un par de comentarios intrascendentes, sobre todo a partir del momento en que Eric le preguntó por Komarev. El paradero del mismo estaba lejos de ser una incógnita para ella y Janos. Komarev había seguido toda la cena desde una habitación contigua a la cocina, donde se hallaba el centro de control de la propiedad: A su lado, el enigmático Hans Meyer, el piloto que había conseguido hacerse con el testamento del fallecido Cartwright, que había originado todo aquello, permanecía mudo y concentrado, como siempre. Diez cámaras repartidas de forma discreta por todo el castillo, cinco de ellas fuera del recinto y controladas por un sistema informático de última generación, convertían aquel edificio en un sitio al que era difícil acercarse y sobre todo moverse por su interior, sin ser registrado.

Komarev no había perdido detalle. Sabía que todo aquello era culpa suya. Todo el crédito obtenido tras recuperar aquel misterioso cilindro metálico se perdió con su inoportuna actuación en el Orient Express. Ahora se maldecía por ello, pero en un primer momento Koolen pareció el adecuado para que autentificara tanto los documentos encontrados como el lingote de oro. Era crucial que se confirmara el número de serie grabado en el mismo, y Koolen, con el que habían trabajado muchos años atrás, era la persona adecuada. Lo que no podía suponer era que éste se iba a asustar por lo que le mostraron, que iba a escapar con el lingote y que iba a avisar a su antiguo compañero de fechorías: Eric Chantereau.

Se levantó y cogió una enorme bolsa de deporte. Hans también se levantó, volvió a ponerse la chaqueta, que ocultaba, a duras penas, la Magnum que le colgaba de una cartuchera alojada bajo el sobaco y salió hacia la entrada de la casa, para recibir órdenes de Oppenheimer. Komarev totalmente vestido de negro, salió de la mansión en medio de la noche por la parte de atrás y comenzó a descender, ladera abajo, la colina en la que se encontraba el castillo. La

luna llena le facilitó la labor y en unos minutos se colocó en un sitio que había estudiado ya aquella tarde. A unos dos kilómetros del castillo, ladera abajo, se encontraba una zona rocosa, que daba a una cerradísima curva de la carretera. La zona era frondosa y no hacía falta ocultarse demasiado, ni a plena luz del día, para no ser visto. Abrió la bolsa, sacó el rifle de precisión y lo montó en unos segundos. Ahora sólo tenía que esperar.

En el castillo Eric había sido despedido muy cordialmente por Janos y Crisis.

-Lamento que se encuentre usted en problemas. Créame, si pudiéramos le ayudaríamos amigo mío. ¿ Piensa continuar mañana la carrera? - Preguntó Janos.

-Sí, por supuesto. Estamos todavía a mitad de la aventura. No pararé hasta llegar al final.- La afirmación de Eric sonó a amenaza, a pesar de la encantadora sonrisa que esbozaba cuando la dijo. Su mirada, marca de la casa, hizo sentirse incómodo, por primera vez aquella noche, a Janos. Recordó la advertencia de Crisis aquella misma tarde, antes de la cena y no le había hecho caso. Había jugado con aquel hombre y ahora se arrepentía.

Dos kilómetros más abajo, el ruido de un motor hizo ponerse en tensión a Komarev. Miró por la mira telescópica e infrarroja de su arma y apuntó a la carretera. Aunque tuvo que cambiar rápidamente el punto de mira en dirección contraria al castillo. Aquel ruido de motor no venía del castillo. Llegó a la curva donde estaba apostado Komarev y se detuvo. Apagó las luces. Ahora veía mejor el vehículo. Un FIAT bravo. El coche viró y se apartó de la carretera. A la derecha y casi justo debajo de las rocas donde se encontraba Komarev, había un pequeño llano, sin árboles. Lo suficientemente grande para aparcar el coche. El ocupante paró el motor y bajó del mismo. Al principio no pudo verle la cara. Pero al alejarse del vehículo y comenzar a trepar por el bosquecillo que tenía al otro lado de la carretera y en frente de su posición, pudo reconocerle. Durante un segundo aquel individuo miró hacia atrás, a la carretera y Komarev le reconoció. Le había visto en el Orient Express. Era un policía. Nigel Davemport no había tenido tiempo de prepararse para una excursión campestre nocturna y los zapatos pronto se le llenaron de barro. Daba igual, tenía que llegar a aquel castillo sin ser visto y averiguar qué estaba pasando.

12. Emboscada.

Komarev miró el reloj y se mordió el labio superior con fuerza. Abandonó su posición. Aquella visita no era la prevista para aquella noche. Bajó de las rocas y pasó junto al coche. Con cuidado siguió el mismo camino que había seguido instantes antes el coronel Davemport. La luna llena iluminaba todo el lugar, avanzó agachado, sin desmontar el rifle, que había colgado a su espalda. Afortunadamente se había levantado algo de viento y sus pisadas quedaban ahogadas por el crujir de las ramas y el silbar del viento al pasar entre los árboles.

Davemport se paró un momento para orientarse. Llegó a la cima de un monte y entre sus árboles pudo ver la colina donde se hallaba el castillo, iluminado por la luz de la luna. Estaba todavía muy lejos y se había apartado de la carretera estúpidamente. No conocía el terreno, no llevaba ropa adecuada para andar en plena noche por el campo y no llevaba ni linterna... ¿ En qué demonios estaba pensando? ¿Dónde se había dejado sus años de entrenamiento y su experiencia en guerra de guerrillas? ¿Tanto respeto le causaban las especulaciones de aquel burócrata engreído de Levine? ¿Por qué había dejado de confiar súbitamente en Chantereau?. Las preguntas se agolpaban en su cerebro, una detrás de otra, sin darle tiempo a contestarlas o analizarlas detenidamente. Toda aquella operación había sido un despropósito desde el principio, estaba adquiriendo caracteres extremadamente complejos. Habían pasado muchos años desde que entrenara cuatro horas diarias, su cuerpo y sobre todo su mente ya no funcionaban igual, se había anquilosado y comenzaba a cometer errores. El mas grave fue meter a aquel misterioso hombre, del que apenas sabían nada, en aquella aventura. El “crack” de una rama crujiendo a sus espaldas, al ser pisada por la bota de Komarev, le hizo salir de su ensimismamiento demasiado tarde. Komarev le golpeó con la culata del rifle de precisión y Davemport cayó inconsciente al suelo.

Eric fue despedido a la puerta de su coche por Janos y Crisis.

-Cuídate, Eric, espero que nos veamos mañana por la tarde al final del rallye – Dijo Crisis mientras le daba un beso en la mejilla. Un beso muy frío.

-Si, a mí me gustará verle también, amigo mío. Magnífico auto. ¿Es de la organización verdad?- Comentó Janos al ver el espectacular coche de un rojo intenso de Eric.

-Si, lo es. A lo mejor me compro uno antes de regresar a Canadá. Buenas noches- Subió al coche y arrancó el motor. Instantes después abandonaba la zona de parking y enfilaba a gran velocidad la sinuosa y estrecha carretera que le llevaría de vuelta a Ferrara.

Aún con el coche abandonando la zona del castillo, Janos hizo una seña a Hans Meyer que había observado la escena desde cierta distancia. Este cogió su teléfono móvil y efectuó la llamada de aviso para Komarev.

Komarev no tuvo tiempo de saborear su pequeño triunfo. Dejó a Davemport inconsciente y volvió rápidamente sobre sus pasos. Si dejaba escapar a Chantereau, Janos no se lo perdonaría.

En un minuto volvió a estar en su sitio, con el tiempo justo para ver pasar en dirección al castillo tres coches negros. Tres Mercedes idénticos. Se habían adelantado o Chantereau se había tomado más tiempo del que estaba previsto en el castillo y se había retrasado. Lo más probable era que se cruzaran con el coche de Chantereau. Su móvil emitió un zumbido. No tuvo que cogerlo. Sólo podía ser una persona.

Eric no iba a volver a Ferrara. El servicio secreto británico, el coronel Davemport, la INTERPOL o la policía italiana estarían esperándole para detenerle. Buscaría un sitio donde dejar el coche y volvería al castillo. Por un momento un destello detrás de una curva le hizo frenar y aminorar la marcha. Se cruzó con los tres coches que iban en dirección contraria, al castillo. No podían ir a otro lugar, aquella carretera moría en la propiedad de Oppenheimer. Visitas a medianoche. Ahora sí que no le cabía duda de que la solución del misterio se encontraba a sus espaldas. Le hubiera gustado contar con ayuda, pero ni siquiera sabía si Davemport, aunque le avisara de que iban a capturarlo, era de fiar. Debería enfrentarse a aquello solo. No pudo seguir razonando su siguiente movimiento. Komarev, que había vuelto a ocupar su puesto en las rocas, oyó el sonido del motor y apuntó con su rifle en dirección a donde, unos segundos más tarde, el Alfa Romeo tomó la curva. Excelente tirador, un único disparo reventó el neumático

delantero derecho. Eric no pudo reaccionar a tiempo y se salió de la carretera, esquivó el Fiat Bravo del coronel Davemport que seguía allí aparcado y salió despedido por los aires, volteando el coche en el aire, tras chocar y rebotar contra una enorme piedra que sirvió al auto de trampolín. El vehículo se detuvo secamente al topar con dos enormes pinos. Todavía boca abajo y aturdido, Eric trató de moverse. Unos segundos más tarde, unas fuertes manos lo sacaban del interior del coche por la ventanilla del conductor que había saltado hecha añicos. Se había golpeado la cabeza y el hombro y perdió el conocimiento. Komarev lo examinó. Le quitó la pistola y comprobó su estado. Estaba vivo. Cogió su móvil y llamó a Hans.

-Lo tiene. Tengo que ir a ayudarle, Al parecer tenemos otro invitado no previsto.- Hans cerró el móvil y salió de la casa. Janos y Crisis se miraron el uno al otro. Pero no tuvieron tiempo de especular sobre la identidad del segundo intruso. Los tres automóviles Mercedes entraron por la puerta del patio del castillo y se detuvieron.

13. La sociedad secreta de Thule

Los recién llegados habían recibido la misma llamada telefónica, con unas pocas horas de diferencia y todos habían esperado durante toda su vida que la misma no se produjera.

Janos les había llamado personalmente a todos y cada uno de ellos y les había convocado para aquella reunión. Todos citados en un céntrico hotel de Roma y desde allí viajaron juntos por carretera hasta Ferrara. Todos se conocían, al menos de referencia. Muchos de ellos habían siempre evitado encontrarse. Todos arrastraban una pesada herencia, que en algunos casos les había ocasionado más de un problema y un obstáculo en su carrera. Algo que, en compensación, les había hecho más fuertes y tenaces en su vida. Todos eran de origen alemán, aunque algunos tenían nacionalidades británicas o suizas. Sus familias habían escapado durante o al final de la II Guerra Mundial de Alemania. Sus abuelos o padres habían pertenecido a la élite nazi. En concreto a la sociedad esotérica de Thule, un siniestro invento de principios del siglo XX. Su fundación databa de 1912, creada por el noble alemán Rudolf Von Sebottendorff y que hundía sus raíces en otras sociedades creadas, por toda Europa, a mediados del siglo anterior de las que tomó ideas y razonamientos básicos. Este tardío nacimiento le permitió recoger todo el ideario e influencia que auspició la política alemana de la segunda mitad del siglo XIX, muy agresiva y expansiva, en especial tras la guerra franco-prusiana acometida por el canciller Von Bismarck con una Alemania reunificada y que avanzaba en la búsqueda del poder mundial. El ideario de esta sociedad fue elevado a las más altas cotas de lo absurdo por el iluminado de Hitler y su cohorte de fanáticos y oportunistas seguidores. Por ejemplo, el nombre de Thule fue elegido en honor al, para ellos, existente reino de Thule, del que se creían descendientes directos. Nosotros lo conocemos hoy como La Atlántida. Thule era la última isla del mundo, tal y como la describían los antiguos griegos o escritores como Séneca. Hoy cualquier aficionado a estos temas la identifica, con casi total seguridad, con Islandia. Esta legendaria tierra era el hogar de una fantástica raza nórdica de la que los alemanes arios eran descendientes directos. Hitler, obsesionado con el poder y completamente loco, había alentado la creencia de la súper raza aria. El resto era historia.

En total eran diez los hombres, todos de mediana edad, los que se bajaron de los tres coches. Se miraron unos a otros extrañados al ver que Janos no estaba allí para recibirles. En su lugar Crisis, con la mejor de sus sonrisas, presentó en nombre de Janos sus respetos.

- Buenas noches. Ante todo, el Sr. Oppenheimer les agradece que hayan acudido a su llamada esta noche aquí. Me ha pedido que les acompañe al interior y les...- Crisis no pudo acabar la frase. Uno de los recién llegados, un hombre alto, de mediana edad, delgado y con una perilla muy arreglada que, una vez que Crisis comenzó a pedir disculpas se convirtió en el centro de las miradas de sus compañeros, la cortó secamente:

- ¿Dónde está Oppenheimer?-Preguntó, ignorando deliberadamente mirar a aquella mujer al hacer la pregunta y echando un vistazo en su lugar al magnífico edificio, en un claro signo de desprecio que no pasó desapercibido para Crisis.

- El Sr. Oppenheimer les espera dentro. Acaba de recibir una llamada telefónica ineludible y por eso estoy yo aquí dándoles la bienvenida. Si tienen la bondad de seguirme.- Crisis ignoró el desplante y dirigió la marcha hacia el interior del castillo.

Hans y Komarev se encargaron por separado de escoltar a Davemport y a Eric al castillo. Davemport tuvo más suerte. Hans utilizó el Fiat Bravo de éste para acercarlo al castillo, convenientemente amordazado y con las manos en la espalda fuertemente atadas. Cuando llegaron al mismo, las visitas de Oppenheimer ya hacía unos minutos que habían entrado, así que no vieron lo que pasaba. Todavía aturdido, fue llevado al interior del edificio a través de una entrada lateral que pasaba por la cocina. Sin ceremonias fue bajado por unas escaleras que partían de la misma cocina a la bodega. Allí, entre barriles, provisiones varias y botellas de vino, fue arrojado al suelo, contra una pared. Aún con las manos en la espalda y un pañuelo metido en su boca, que no paraba de producirle arcadas, fue encadenado mediante unas esposas a una tubería. Hans comprobó que estuviera bien sujeto y con un teléfono móvil le hizo una foto. Subió las escaleras de la bodega, apagó la luz y cerró la pesada puerta de madera.

Eric no tuvo tanta suerte en su traslado. Cuando despertó del puntapié que le propinó en la cara Komarev, se encontró con las manos atadas a la espalda y al igual que Davemport un trapo metido en la boca. Ambos se miraron. Incluso atado, imponía respeto y su expresión de odio hacia Komarev hizo que este se sintiera incómodo y le volviera a propinar otra patada en la cara. Eric comenzó a sangrar por el labio.

-¡Vamos, arriba, regresamos al castillo!- Le espetó mientras le apuntaba con su propia arma. El rifle que utilizó para disparar al coche, colgaba de su espalda, desmontado y en una bolsa.

En el amplio comedor, que poco antes habían ocupado Eric, Janos y Crisis, la mesa con los restos de aquella espléndida cena continuaban allí. Los invitados, entre extrañados, molestos y con una creciente sensación de enojo, contemplaban estupefactos la vista. Se dispersaron por la habitación y comenzaron a vagar sin rumbo por la misma. Aunque todos se conocían, no mantenían una relación fluida o habitual, por lo que nadie habló

-Siento la espera, el Sr. Oppenheimer les espera en la cripta, por favor...- Crisis, hizo un ademán con la mano para que le siguieran.

-¿En la cripta? ¿Qué broma es esta señorita?- Rugió ya fuera de sí, aquel hombre, que volvía a erigirse en portavoz del grupo.

- El Sr. Oppenheimer se la explicará personalmente si tienen la bondad de seguirme – Crisis comenzaba a perder la paciencia con aquel hombre.- Por favor... - tuvo que apostillar con una sonrisa, al ver los gestos de duda del grupo.

Les condujo a través del comedor hasta una estancia al final del pasillo. Una pequeña biblioteca. En el centro, una mesa circular y dos cómodos butacones. Una escalerilla sobre raíles, especialmente diseñada para llegar a las estanterías más altas unía dos de las paredes. La tercera disponía de estantería que llegaban a apenas un metro y medio de altura. Encima de la misma un retrato, probablemente de alguien ya muerto hacía muchos años, contemplaba la estancia con indiferencia. Crisis fue la primera en entrar y nada más hacerlo se dirigió al cuadro y lo torció con una mano, ligeramente hacia la derecha. Este se movió al tiempo que se escuchaba un ligero crujido y como unos rodamientos giraban y rechinaban. El mueble se apartó lentamente y dejó al descubierto una pequeña puerta que daba a un pasadizo con escaleras que bajaban.

El camino estaba perfectamente iluminado por bombillas. Crisis se apartó e indicó al primero de los invitados que entró en la habitación que se introdujera por aquella pequeña puerta. Este dudó un momento y miró a su compañero de la perilla, que le hizo un gesto de asentimiento. Uno tras otro fueron entrando y bajando las escaleras, que iban a dar una puerta metálica, de dos hojas, abierta de par en par. Esta facilitaba el paso a una especie de bóveda o amplio pasillo, que continuaba unos veinticinco metros, en medio de unos magníficos arcos que soportaban la estructura de aquella cripta. Al final del pasillo, otra puerta metálica cerrada les esperaba. Crisis sacó una enorme llave y con gran ruido de la misma al ser manipulada en la cerradura, la abrió en medio de un chirrido. La estancia a la que todos accedieron resultó ser una pequeña capilla, excavada en el corazón de la colina, con paredes de roca. Cualquier símbolo religioso había sido retirado, tanto de las paredes como del púlpito. No había bancos o sillas. Fue el púlpito lo que definitivamente asustó a aquel grupo de hombres. Sobre el mismo, descansaba una sábana blanca con una enorme esvástica negra. En otras culturas era un símbolo de buena suerte, pero desde que Hitler lo adoptó como emblema más reconocible de su locura, había perdido para siempre ese primitivo significado, pasando a otro más siniestro. Sobre todo si el dibujo iba acompañado de aquellos otros símbolos; el puñal, las hojas de laurel... aquello era el emblema de la sociedad esotérica nazi de Thule.

14. Pasemos directamente a los postres, caballeros.

- Esperen aquí, por favor. El Sr. Oppenheimer bajará en unos instantes— Dijo Crisis, distrayéndoles momentáneamente del espectáculo de aquel estandarte. Acto seguido salió de la estancia y recorrió el camino inverso, hacia el pasillo con arcos.

Arriba, en la cocina. Eric permanecía sentado junto a la enorme mesa de mármol y piedra de la misma. Janos, y Komarev le observaban serios. Hans apareció en aquel momento por la puerta que comunicaba con la bodega, donde habían encerrado a Davemport y le entregó su teléfono móvil a Janos.

A pesar de que la estancia contaba con una moderna cocina, la misma conservaba una enorme chimenea en el centro de la enorme estancia, que llegaba al techo. Antiguamente un enorme caldero era colocado en el centro de la misma y allí se efectuaban los guisos. Una gran cantidad de leña ardía en aquel momento y las llamas se elevaban entre el crepitar de la madera. La luz que proporcionaba, titubeante, iluminaba la estancia y le daba a todo un aspecto irreal, como de otra época. Las sombras alargadas de Janos, Komarev y Hans se movían ondulantes y sinuosas por las paredes de la estancia. Le habían desatado las manos y quitado el trapo de la boca. Con el mismo se limpiaba ahora la sangre que todavía salía del labio. Tenía un aspecto lamentable: Restos de barro por todo el cuerpo, la chaqueta rota, los zapatos encharcados de agua... pero estaba recuperándose poco a poco del shock del accidente. El hecho de que no le hubieran matado, ya indicaba que le necesitaban. Ojalá fuera eso y le diera tiempo suficiente para pensar, planear... Janos le lanzó a la mesa el teléfono móvil, que cayó delante de Eric. Este miró un momento a Janos y luego al móvil. Estaba encendido. Era uno de esos móviles con cámara y había una foto en la pantalla. Lo cogió y reconoció a Davemport en la misma; maniatado y amordazado. No parecía malherido.

- Se llama Nigel Davemport, lleva un carnet bastante convincente de la INTERPOL...- Oppenheimer le lanzó la documentación de Davemport a la cara.- ¿Te estaban siguiendo o trabajas para ellos?

-¿Qué significa esto?¿Qué demonios queréis de mí?- Preguntó por fin, consciente de que había perdido la iniciativa y estaba en las manos de aquellos locos.

- De momento, ser testigo de la historia. – Respondió Janos, casi eufórico. Miró el reloj.

Un zumbido hizo a Janos rebuscar en su chaqueta. Sacó un móvil. Era Crisis.

- Los invitados están en la cripta y muy cabreados...¿Te falta mucho?- Preguntó desde la biblioteca.

- No, ya hemos acabado. Vamos en seguida.

Hans que se había colocado detrás de Eric, volvió a maniatarle, aunque esta vez utilizó unas esposas. No pudo resistirse, Komarev le apuntaba con su arma. Levantado de malas maneras de la silla, fue conducido por Hans al patio posterior donde Eric se quedó sorprendido por lo que veían sus ojos. Había un helicóptero. La pequeña pista de aterrizaje quedaba oculta desde la parte delantera del castillo. Seis pasajeros como máximo. Incluido el piloto. Hans le ayudó a subir al helicóptero y lo sentó en la parte de atrás. Tras asegurarse de que estaba sujeto al asiento, para lo que utilizó otras esposas que cerró sobre su tobillo derecho y el mismo asiento, ocupó el puesto de piloto y puso en marcha el rotor principal. Esperó.

En la biblioteca, Crisis esperaba a Janos y a Komarev. Al llegar estos y sin mediar palabra abrió una gran bolsa de deporte que había estado oculta bajo la mesa de la estancia y sacó dos cosas. Una especie de sábana enorme para Komarev y una Kalashnikov que cogió Komarev. Este comprobó el arma. Ambos entraron en el pasadizo que daba a la cripta.

El grupo que esperaba a ambos en la cripta no salió de su asombro al ver aparecer primero a Komarev que se quedó junto a la puerta con aquella “metralleta”, y a Janos, con aquella túnica blanca que le cubría todo el cuerpo, del cuello a los pies y luciendo en su pecho el anagrama de la sociedad de Thule. Se produjo el silencio mientras Janos ocupaba el puesto situado detrás del púlpito y miraba a aquel grupo de estupefactos invitados.

-¡Hermanos de la sociedad secreta de Thule.... bienvenidos!- dijo mientras sostenía los brazos casi abiertos en cruz. -¡No hace falta que os diga lo trascendental de esta reunión!¡ Gracias a los documentos recuperados del lago Toplitz tenemos al alcance de nuestra mano un tesoro de proporciones inimaginables!¡ El secreto que Lord Cartwright guardó tantos años nos ha sido revelado, el secreto que el propio Hitler le confió...!- No pudo acabar la frase. El hombre de la perilla, rojo de ira ya no pudo aguantar más y explotó.

-¡Basta, Oppenheimer, todos sabemos lo importante de esa documentación que mi padre ocultó a todo el mundo!¡ Espero que esta reunión tenga un propósito menos siniestro del que todos comenzamos a intuir!- El hijo del difunto Lord Cartwright, con su perilla y sus cincuenta años largos ya cumplidos, no estaba dispuesto a soportar aquella payasada. Se había pasado toda la vida luchando contra el pasado nazi de su padre. Primero en el colegio; luego, en el instituto, en la universidad y finalmente en el mundo laboral. -¡No compartimos ni su tono de voz, ni su teatralidad... ni sus propósitos. Creo que en este último punto puedo hablar en representación de todos los aquí convocados!- Avanzó unos pasos y se puso delante del púlpito. Komarev le apuntó con su arma. El ruido metálico y seco del seguro de la Kalashnikov al ser retirado, le paró en seco, miró a Komarev y luego a Oppenheimer.:

-¡No sé como se ha hecho con ese documento, pero me pertenece. Si no a mí, al gobierno británico. Esa fue la última voluntad de mi padre. Quiero que esté a buen recaudo y bajo control...!-Le espetó a Janos -¿Qué acciones piensa tomar al respecto?

-¿ Acciones...?- Preguntó a su vez Janos, mirando fijamente a los ojos al hijo de Cartwright, tan intensamente que este, de repente, comprendió lo que iba a pasar.

Komarev avanzó un paso y apuntó al grupo. Estos retrocedieron un paso, los que pudieron, la mayoría tropezó con sus compañeros. La ráfaga de Komarev barrió la habitación y acabó con la vida de aquellos hombres. Luego uno por uno los fue rematando de un disparo en la cabeza utilizando la pistola de Eric. Después de todo, sonrió para sí, acabaría con Eric en vida. No se imaginaba como podría salir de esta situación.

Salieron de la cripta, pasando por el corredor de los arcos. Al llegar al final, Komarev sacó un pequeño mando y activó las cargas explosivas. Experto en explosivos, había mantenido buenos contactos con las mafias de la antigua Yugoslavia y le fue fácil conseguirlos. Había colocado diversas cargas estratégicamente en algunas zonas claves de la construcción.

-¿Estás seguro de que la explosión solo afectará a esta parte del castillo?- Preguntó Janos.

-Sí, el ala norte, con la cocina y la bodega permanecerán intactas- Contestó Komarev -¿Estás seguro de que quieres conservar con vida a ese policía británico? Porque se salvará de la explosión.- Añadió.

-¿ Acaso tú no has rematado a los herederos de la sociedad de Thule con la pistola de Eric? ¿Por qué no asegurarnos de que un superviviente, además policía, crea a Eric Chantereau involucrado en esta operación?

El helicóptero Sikorsky 92 despegó majestuoso y en un principio se alejó del castillo para regresar y trazar un círculo sobre el mismo a determinada distancia. Eric pudo ver perfectamente como la mitad sur del castillo se derrumbaba. Estaba amaneciendo. Una sensación ominosa le embargó.

-¡Tranquilo Chantereau, tú amigo se salvará. Está recluido en la parte del castillo que no se ha venido abajo!- A pesar de la insonorización de la cabina de pasajeros, Janos Oppenheimer tuvo que levantar la voz. -¡Creo que te acabas de convertir en principal sospechoso!

Eric le miró furioso, pero sólo un instante. Estaba cansado y todavía dolorido. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Le dolía la cabeza. Janos y Crisis se miraron. Crisis no pudo revivir un cierto sentimiento de estima hacia su antiguo socio. El helicóptero finalmente se alejó de aquella zona, rumbo sur, dejando tras de sí una nube gris de humo que se elevaba, sin prisa alguna, entre las brumas matinales.

Capítulo 15. Londres otra vez.

Cuando Davemport consiguió trepar por los restos de lo que había sido la cocina y salió a la superficie, pudo distinguir la luz del amanecer entre la inmensa nube de polvo que cubría el lugar. Tosió, vomitó y cayó de rodillas. Casi se desmaya, pero se sobrepuso y se alejó del lugar tambaleándose y con los ojos vidriosos por el humo y el polvo. Estaba en una explanada en frente del castillo. Observó el lugar semidestruido. El ala norte, donde él se encontraba había salido mejor parada que el resto del lugar que había pasado de ser un bonito castillo de origen medieval a un montón de escombros.

Pronto llegaría alguien. Descubrió el Fiat Bravo que milagrosamente no había sido alcanzado por la explosión y los cascotes. Estaba cubierto de polvo. Se acercó y mecánicamente comprobó si la puerta del conductor estaba abierta. Lo estaba, se alegró de su suerte y mucho más cuando vio las llaves puestas en el contacto. Entró en el vehículo y cerró la puerta. Comenzaba a sentirse más espabilado. Debía marcharse de allí antes de que llegara alguien alertado por el estruendo o el humo. Arrancó el vehículo y se incorporó a la sinuosa carretera que llevaba del castillo a Ferrara. Tenía mucho que pensar: Oppenheimer había desaparecido y Eric Chantereau también. ¿Le había engañado?. Nada más abandonar el lugar, un par de cazadores que se encontraban a un par de kilómetros del lugar cuando se produjo la explosión, llegaron hasta los restos del castillo. Llamaron a los bomberos.

Davemport llegó a su hotel y tras aparcar el coche subió a su habitación. Era muy temprano y nadie se percató del lamentable aspecto físico que presentaba. Llamó a Levine. Este recibió la noticia de lo que había pasado en un hospital de la ciudad, donde sus dos hombres estaban siendo atendidos de la paliza que habían recibido por parte de Eric. Escuchó sin interrumpirle. Debería estar sonriendo pero la situación era tan grave que se guardó las ganas para mejor momento. Davemport acababa de caer en desgracia, y de qué manera.

Todavía ni él ni la policía, que esperaban a los bomberos, sabían nada de los diez cadáveres que habían quedado sepultados en las entrañas de aquel lugar.

El famoso Big Beng parecía salido de otra época aquella mañana. La niebla, muy extraña no ya sólo en aquella época, parecía transportar a la ciudad a otras épocas, mucho más novelizadas. Unos centenares de metro Támesis arriba, pasado el Big Beng y el parlamento, Davemport entró con su Morgan descapotable en el parking del edificio del servicio secreto. Conducir aquel viejo coche, desfasado en prestaciones, diseño y comodidades era uno de sus pequeños placeres. Lo había restaurado él mismo, no con poco esfuerzo, y siempre que se ponía al volante del mismo se sentía reconfortado. Hoy no era ese caso.

Estaba en juego no solo su prestigio, también su pensión. Nunca le había preocupado mucho, hasta ahora, lo cual significaba que se hacía viejo y comenzaba a ser consciente de ello. De momento estaba vivo, lo que ya era importante.

La explosión, a pesar de los cálculos de Komarev, casi le sepulta en la bodega del castillo. La estructura del mismo no resistió como esperaba el exmilitar soviético. Tres terceras partes del edificio principal se vinieron abajo y la cocina fue seriamente dañada. Parte de la misma se hundió sobre sí misma y la bodega. Davemport se salvó gracias a dos vigas de madera que tuvieron la conveniencia de caer casi cruzadas sobre donde se encontraban presos él y su cabeza.

Nigel Davemport no solía acudir a aquel despacho a menudo, en contra de lo que pudiera parecer obvio dado su puesto. En apenas dos semanas era la segunda visita al despacho del jefe del MI6, William Farris. También estaban allí James Levine y su pipa. Davemport entró sin llamar, llevaba consigo una carpeta con toda la información que había podido reunir en las últimas veinticuatro horas. Le iban a hacer muchas preguntas y no iba dar a nadie, especialmente a Levine, la oportunidad de verle titubear o no saber qué decir.

Saludó a Farris con un ligero gesto de asentimiento con la cabeza a lo que éste, de pie junto a la ventana de su despacho, respondió con un leve movimiento de cejas, al tiempo que le hacía

un ademán para que se sentara, no enfrente de su mesa sino en una mesa anexa, que tenía en un extremo de su despacho, más grande, y que servía para atender reuniones un poco más numerosas.

Davenport abrió su carpeta y comenzó a escupir información:

-¡La policía italiana ha localizado los restos del helicóptero, en una zona de difícil acceso, en los Montes Sabinos, cerca de Roma. Quemado...!- Hizo una pausa.- Una compañía, con sede fiscal en Croacia, dedicada al alquiler de aeronaves para ejecutivos, denunció su desaparición ayer por la noche.

James Levine estaba disfrutando como nunca. Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío, él hubiera sido capaz de servirla hirviendo y con sus propias manos desnudas.

Farris no compartía la alegría interna de Levine. Estaba decepcionado y muy enfadado. Aquel plan había sido una locura desde el principio. Sabía que desde hacía dos años, se habían producido filtraciones al exterior sobre organizaciones de extrema derecha a las que la policía y el servicio secreto habían investigado. Sonaba raro que en un mundo donde el enemigo tradicional comunista ya no servía ni para hacer películas malas y que parecía únicamente amenazado por el fundamentalismo islámico, alguien se preocupara de investigar y controlar a estos grupúsculos. Sabía que alguien en el ministerio había revisado información clasificada todavía más de sesenta años después de aquello, de la época previa a la segunda guerra mundial. Información que se seguía considerando extremadamente sensible. Alguien se había informado sobre el partido nazi en Gran Bretaña en los años treinta, sus miembros, sus actividades. Había ido más lejos, mucho más lejos en sus investigaciones. Había investigado sobre las actividades del servicio secreto británico y la OSS americana (hoy todo el mundo la conocía como CIA), incluso el Mossad israelí para recuperar todo el botín de guerra que desapareció con los nazis al final de la guerra. Cientos de millones de libras en oro y obras de arte. Era una historia de la que, a pesar de que se había escrito bastante, había permanecido ajena al interés de la opinión pública.

La muerte de Lord Cartwright y su misterioso testamento habían sido la excusa perfecta para intentar localizar al traidor. Menuda estupidez. Habían perdido el testamento, tres hombres habían muerto. Incluso un ex ladrón de guante blanco se había metido por medio. Aparentemente hasta aquel momento contra su voluntad. Y por último, cuando parecía que comenzaban a obtener resultados, los sospechosos se volatilizaban. Literalmente. Lo peor era que Nigel Davenport, un militar con treinta años de carrera, un militar al que respetaba y no podía decir esto de muchos militares, políticos o conocidos, había visto todo su prestigio tirado por el suelo. Todo aquello era como una mala novela de espías.

- No se han encontrado cadáveres, ni restos. Se han volatizado. Su amigo Eric Chantereau se la ha jugado a usted y a todos nosotros. Se ha unido a ellos- Comentó el comisario Levine, triunfante.

-¡La policía italiana todavía está registrando los restos del castillo, puede que tarden días en descubrir si el cadáver de Eric Chantereau está allí!- Comentó sombríamente Davenport.

No quería decirlo pero sospechaba que no iban a encontrar ese cadáver, porque sencillamente no había cadáver. Aquel hombre le podía haber engañado y si eso era cierto su carrera estaba acabada.

-Janos Oppenheimer ha ocultado su rastro. Sea lo que sea que ha encontrado en el testamento de Cartwright, es tan valioso e importante que ha decidido desaparecer!-Dijo Davenport, intentando ignorar a Levine y dirigiéndose a Farris.

-¡Eso es fácil de confirmar, desde que su "agente libre" nos señaló con el dedo al posible responsable de todo este desastre pedí que investigasen a Oppenheimer sus cuentas y cualquier propiedad de Oppenheimer en Europa o Brasil que pudiéramos rastrear!- Farris comenzó a pasear por el despacho, con las manos en los bolsillos- Todo lo que ha comprado en Europa desde su llegada ha sido vendido o se encuentra a la venta. No hemos tenido tiempo de confirmarlo pero todo ese capital que está obteniendo parece estar siendo transferido legal o ilegalmente a cuentas bancarias de, oh sorpresa, Suiza. La dirección de sus empresas en Brasil ha sido transferida a sociedades instrumentales opacas... ha borrado sus huellas. Es como si no hubiera existido...- No pudo acabar su frase, su secretario, un hombre bajito y rechoncho que llevaba con Farris toda la vida, era capaz de entrar en el despacho de su jefe sin pedir permiso ni planteárselo siquiera cuando creía que la situación era tan urgente. Su súbita intromisión alertó a Farris.

-¡Creo que debería verlo, señor!; Está saliendo en televisión...!- Soltó sin dar las buenas tardes. Farris no preguntó nada, cogió el mando de la televisión de su despacho y la conectó. El presentador de la BBC estaba anunciando todavía el contenido del espacio pero, sobreimpreso en la parte inferior de la pantalla, corría de derecha a izquierda en letras blancas sobre fondo rojo un mensaje: "Misteriosa masacre en Italia."

El periodista comenzó recordando el misterioso derrumbamiento de un castillo en Ferrara, Italia y cómo la policía italiana estaba casi segura de que el lugar se había venido abajo por una explosión en la parte baja del edificio. También recordaba que el propietario del castillo no había sido encontrado y que se había iniciado el desescombro del lugar por si había quedado atrapado. Lo que apareció a continuación en la pantalla dejó a aquellos tres hombres petrificados. Una serie de bomberos sacaban de entre las ruinas una camilla con una bolsa de plástico negra para cadáveres. Esta era colocada en una fila junto, al menos, nueve bolsas más. El periodista confirmaba que todos los cadáveres presentaban aparte de múltiples fracturas y mutilaciones, heridas de bala. Todos habían sido tiroteados y luego rematados uno a uno de un disparo en la cabeza. Se había encontrado una pistola. Todos habían sido identificados, puesto que llevaban encima sus pertenencias y documentaciones. Ninguno era Janos Oppenheimer ni tampoco Eric Chantereau.

16. Toplitz.

Eric volvió a despertarse súbitamente, como si le faltara el aire y su organismo, por puro instinto de supervivencia, le hubiera avisado de que algo no iba bien. Se incorporó. Estaba sentado sobre una cama, en realidad un camastro. ¿Estaba mareado? No, era la habitación la que se movía, bueno, y también estaba mareado. Por delante de sus ojos pasaban destellos de colores, levantó la vista y al instante tuvo que cerrarlos. La luz del día que entraba por el ojo de buey le hizo protegérselos con la mano. Le dolía la cabeza. Estaba en un camarote: pequeño, sin muebles, a excepción de la cama y un inodoro. Todo estaba muy limpio, algo era algo. Trató de incorporarse pero no pudo, una corta y gruesa cadena de hierro le sujetaba por el tobillo. Dos remaches enormes impedían que la misma se soltara de la pared y solo podía llegar a sentarse. Se llevó la mano al tobillo desnudo. Llevaba los mismos pantalones que la noche en la que visitó a Janos, y una camiseta. Hacia algo de frío.

Era su último recuerdo claro: la cena con Oppenheimer y Crisis. Recordaba también el viaje en el helicóptero y como Crisis le pinchó con algo en un brazo. Cuando se giró hacia ella se le comenzó a nublar la vista y se desvaneció. Recordaba también haberse despertado en un camastro en una habitación pequeña sin ventanas, que apestaba a orines y llena de palets de madera apilados hasta el techo. A partir de aquel momento todo era confuso, entre vapores y pesadillas. Miró por el ojo de buey, no pudo abrirlo, el cierre estaba soldado. Hacía un día radiante, no se veía una nube y el mar estaba relativamente calmado. Se movían con cierta suavidad y no sólo por el oleaje, aquel barco en el que se encontraba avanzaba al parecer a toda máquina. El ruido del motor Diesel comenzó a abrirse paso en su cerebro, al tiempo que su cabeza se despejaba. Volvió a recostarse lentamente en el camastro. Nada más hacerlo escuchó otro sonido creciente que le hizo mantener la alerta. Era otro motor, un avión. Volvió a incorporarse y a asomarse por el ojo de buey. En aquel momento un enorme hidroavión pasó sobre el barco y se precipitó al agua. La nave se deslizó por el agua, en medio de una estela de espuma, primero alejándose y cuando finalmente aminoró la marcha, el aparato giró hacia el barco y se aproximó balanceándose hasta colocarse al costado del mismo. Desde donde estaba no pudo ver nada más.

Escuchó voces y carreras sobre su cabeza. La puerta de su camarote se abrió súbitamente. Eric se giró y vio entrar a Oppenheimer. Parecía un auténtico marinero. Su aspecto era muy diferente al altivo y sofisticado Oppenheimer que había conocido días atrás. Evidentemente aquellas botas, el pantalón vaquero y el suéter de cuello alto ayudaban bastante a deshacer aquella imagen previa. El hecho de que llevara barba de varios días también ayudaba bastante. No quería ni imaginarse cómo sería su propia cara si pudiera mirarse en un espejo.

-¡Nos vamos Sr. Chantereau!- Comentó con una media sonrisa.- Komarev vendrá ahora a liberarle de sus grilletes y acompañarle al hidroavión. También le traerá algo para que se asee

-¿Dónde estamos y cuanto tiempo llevo aquí?- Preguntó Eric

-Oh, perdone, el barco se llama "Venture", un viejo carguero con bandera de Belice, nos encontramos a cien millas náuticas de la costa de Senegal. Hace una semana que salimos de Italia.

-¿Vamos de camino a la Antártida?- Volvió a preguntar Eric, evitando deliberadamente mirar a Janos.

-¿Cómo lo ha adivinado?- Preguntó Janos muy inquisitivo.

- Era una posibilidad. Hasta ahora había considerado todas esas historias acerca de bases secretas nazis en la Antártida, llenas de platillos volantes y de rubios arios de madres arias inseminadas artificialmente con la simiente de Hitler, un argumento para novelas baratas o tertulias radiofónicas de madrugada. Una manera de hacer proselitismo si lo prefiere, de hacer atractivo para nuevas generaciones una vergüenza para toda la humanidad.- Eric intentó incorporarse-. Pero nadie se toma tantas molestias en recuperar un misterioso cilindro del fondo de un lago si no espera conseguir algo grande – Eric continuaba con su razonamiento, al menos mientras no le dispararan, pensó.

- Sobre todo cuando todavía no han sido recuperados cientos de toneladas de metales preciosos; plata, diamantes, tungsteno... incluso uranio y oro. Desaparecidos al acabar la segunda guerra mundial.

- Debería usted investigar a banqueros y herederos en Suiza, Argentina, Chile...- Janos acababa de caer en la trampa de Eric, se dio de cuenta demasiado tarde.

- ... y Brasil, su padre hizo fortuna en Sudamérica, partiendo de un capital que pudo sacar de Alemania al final de la guerra.- Eric también se había dado de cuenta de que no era necesario pasarle por la cara, al menos en aquel momento, a aquel hombre, el origen de su fortuna. Probablemente surgida del expolio a ricos judíos alemanes que acabaron sus días en una montonera de cadáveres, a los que previamente se les había despojado de cualquier bien material y lo más importante; de su dignidad.

- Es usted un hombre muy inteligente, Chantreau. Debe de serlo para haberse convertido durante diez años en el ladrón de arte más buscado de Europa nunca capturado. Por eso no deja de sorprenderme que haya tomado en serio todas esas historias...no son más que desinformación.

- Hay suficientes indicios para creer que detrás de toda esa "desinformación" acerca del final de la guerra, existe una realidad apenas intuida- Continuó Eric.

- Vamos, vamos, usted sabe que mucha de esa "desinformación" apareció con Internet, al alcance de cualquier payaso o infeliz deseoso de sentirse parte de la conspiración global- respondió Janos.

-Esta historia es anterior a Internet y a cualquier "conspiración global" y usted lo sabe- Dijo Eric. Komarev apareció por la puerta. Le lanzó a Eric un petate. Lo abrió y sacó su contenido; un pantalón tejano, ropa interior, y varios y gruesos jerséis de cuello alto. Había una bolsa de plástico también con unas maquinillas desechables y jabón. Algo le golpeó la cara, casi le saca un ojo. Lo cogió. Eran las llaves de los grilletes. Volvió a levantar la vista. Komarev había desaparecido nuevamente y volvía a estar solo con Janos.

-Seguramente se preguntará por qué le mantengo con vida, ¿verdad?- Janos manipulaba la pistola.

-No crea que no lo he hecho y dudo que sea porque le caigo bien, así que nos queda...

-Como habrá apreciado, mi organización dispone de un número muy limitado de personal. Pero ahora que estamos cerca del final puede que necesite un par de manos y brazos más de los previstos- Janos había ido perdiendo la mirada divertida y altiva por otra que Eric ya había visto, quizás fugazmente, cenando en su castillo de Italia. Una mirada casi iluminada, que parecía mirar más allá de lo que ofrecía la panorámica de aquel camarote. El brillo de los ojos era amenazador y Eric, también como aquella noche en Italia, se veía delante de un loco peligroso.

-¿Qué había en ese cilindro arrojado al fondo del lago Toplitz?- Eric se había cansado de aquella situación, no podía escapar, estaba en mitad del océano y en un barco que aparte de los amiguitos de Oppenheimer, debía contar con media docena más de tripulantes.

Al escuchar aquella pregunta, Janos pareció quedarse suspendido en el tiempo. Tardó unos segundos en reaccionar. Parpadeó. Volvía a la realidad. Cerró la puerta del camarote y se recostó contra ella.

- Los nazis comenzaron a interesarse por la Antártida en los años treinta, mi padre entre ellos. La segunda guerra mundial comenzó muchos años antes de 1939 con la invasión de Polonia. Hitler sabía que necesitaría ingentes cantidades de recursos naturales para llevar a cabo su plan de conquista mundial. ¡Su imperio de 1000 años!- Janos, se recreaba en su explicación.

-¡Una gran expedición a la Antártida cartografió extensas zonas del continente helado y exploró buena parte del mismo. El comienzo de la guerra paralizó la búsqueda de, entre otras cosas, petróleo pero...!- Janos volvía a tener aquel brillo especial en los ojos.

-¡No sin haber descubierto una enorme gruta natural en un lugar recóndito y aislado. Una gruta con un inmenso lago de agua dulce. El lugar fue acondicionado y se acuarteló a una pequeña guarnición para su mantenimiento!-

-Hum, sí, eso coincide con parte de la historia conocida. ¿Entonces las bases secretas nazis en la Antártida fueron una realidad?

-¿Realidad? Una hazaña, amigo mío. Tenga en cuenta que al comenzar la guerra esa guarnición quedó aislada. Para no delatar su posición no se mantuvieron nunca comunicaciones por radio y apenas recibieron un par de visitas por submarinos que hicieron escalas secretas en Argentina hasta 1943.- Janos se incorporó

- Pero ese año, cuando la guerra comenzaba a cambiar de signo, el almirante Doenitz recibió órdenes directas del Führer de convertir aquel lugar en un inmenso almacén. Desde ese momento y hasta el final de la guerra diferentes expediciones, siempre de submarinos,

transportaron suministros de todo tipo y sobre todo del material necesario para fabricar una bomba atómica. O al menos intentarlo. Durante los últimos años de la guerra mis antepasados desarrollaron muchas y sofisticadas armas. Sobre todo en los campos de la energía atómica y de la aviación. Lamentablemente no tuvieron tiempo para fabricarlas en serie...

-¿Se refiere usted al proyecto "Amerika"?- Inquirió interesado Eric.

-¡Oh sí, el proyecto "Amerika" también! Pero desgraciadamente ni desde Alemania ni desde la base secreta en la Antártida consiguieron hacer despegar ningún superbombardero suborbital con una bomba sucia para dejarla caer sobre Nueva York.- Contestó Janos, que se daba cuenta de lo bien informado que estaba su oponente.

-¡Nunca se llegó a desarrollar ninguna arma atómica, pero sí se utilizó el lugar para guardar uranio y metales preciosos como oro, plata y platino, armamento, etc. El lugar debía servir de refugio a las más altas autoridades militares, científicas y de la sociedad de Thule, incluyendo a Hitler. En caso de perder la guerra, como pasó al final, iba a haber pocos lugares donde esconderse y la Antártida era el sitio ideal para hacerlo. El final de la guerra fue más precipitado de lo esperado y los oficiales, ministros y gente que consiguió escapar utilizó medios normalmente menos espectaculares y sin pasar por ese misterioso lugar.

- En definitiva, la base secreta de la Antártida quedó repleta de tesoros pero sin beneficiarios.- Interrumpió Eric que ya comenzaba a tener una idea clara de lo que buscaban Oppenheimer y su organización.

-Mucha información se perdió, muchos de los involucrados murieron y al final solo Lord Archivald Cartwright, un simpatizante de los sociedad de Thule, los nazis y amigo de mi padre fue el depositario del mayor misterio de la Alemania Nazi. El oro y el uranio perdido de los Nazis... Amigo mío, olvídense de los tesoros que fueron rescatados al acabar la guerra, de los que todavía están guardados en cajas de seguridad en Suiza, de todo lo que se llevaron a Sudamérica o Sudáfrica. ¡Es una bagatela!

-¿Todo esto por...?- Eric no pudo acabar su pregunta. Su atención se desvió a un creciente ruido de carreras y gritos en el exterior. Pudo distinguir a alguien maldiciendo en portugués y a otro que lo hacía en alguna lengua africana. Se incorporó. Oppenheimer, que había bajado la guardia volvió a encañonarle. El murmullo y las carreras cesaron. Un instante después, el inconfundible sonido de una Kalashnikov rugió por todas partes. La tripulación del "Venture" acababa de ser asesinada.

El capitán de aquella vieja bañera había aceptado un buen fajo de billetes en mano para no hacer preguntas, ni él ni su tripulación. No tuvo ni siquiera tiempo de arrepentirse.

17. Rumbo al misterio.

Eric acabó de vestirse y de afeitarse. Vigilado por Komarev, que había sustituido a Oppenheimer en su vigilancia y que cuando entró en su camarote todavía portaba el humeante fusil, se afeitó como pudo, intentando que la mano no le temblara demasiado. No hizo preguntas ni intentó entablar conversación. Komarev tampoco lo hizo.

Salió finalmente del camarote, el cual daba directamente a un corredor lateral del barco, al aire libre y por el lado de estribor. Enfrente pudo observar aquel enorme hidroavión balanceándose al ritmo del oleaje. Estaba atardeciendo y el cielo era espectacular, una panorámica fantástica, de cielos rojizos y suaves vientos que le acabaron de despejar. Komarev le puso el cañón de su arma en los riñones y le obligó a avanzar hacia la parte delantera del barco. Allí pudo ver una lancha neumática, amarrada al barco. Ni rastro de la tripulación. Junto a la escalerilla que daba a la lancha, le aguardaban Janos Oppenheimer y Crisis, que estaba vomitando por la borda, su cara estaba desencajada. Probablemente aquel estado no tenía nada que ver con un mareo inoportuno e inusual, sino más bien con el asesinato de la tripulación de aquel viejo carguero que, probablemente, acababa de presenciar. Debían haber lanzado los cadáveres a la bodega. Aquel interés por el estado de Crisis no pasó desapercibido para Oppenheimer.

-¡Creo que Crisis está comenzando a padecer los efectos de una semana de viaje en este incómodo carguero!- Se apresuró a explicar.

Una semana, llevaba una semana “desaparecido” y en poder de aquel loco criminal.

-¡Pero eso se acabó! Cubriremos la última parte de nuestro viaje en hidroavión. Usted primero amigo Chantreau.

Eric miró a la balsa, un tipo de unos treinta y tantos y de pelo rubio acababa de poner en marcha el motor de la embarcación. Era el misterioso piloto que había saboteado el avión del gobierno británico y desaparecido en vuelo, y al que había visto en la mansión de Oppenheimer: Hans Meyer, aunque Eric seguía sin conocerle por su nombre. Después de subir él a la balsa, lo hicieron Crisis, Oppenheimer y finalmente Komarev.

Un corto trayecto hasta el hidroavión, enorme. Eric calculó, por el tamaño y el diseño, que aquel aparato era de fabricación rusa. Fue el último en subir al hidroavión y fue también obligado a desmontar el motor de la balsa y a desinflar la misma. Se acababa el viaje de “placer” y comenzaba para él uno más fatigado. No le cabía duda de que iba a suplir en la medida de lo posible la falta de personal de la expedición de Oppenheimer.

El aparato llevaba una pequeña zona para viajeros, muy espartana. Eric fue esposado de pies y manos en la parte de atrás de la cabina del pasaje. A su misma altura, pero en el lado opuesto del pasillo, se puso Komarev. Crisis, que no había cruzado palabra con nadie, al menos desde que Eric fue sacado del camarote, se sentó junto a la puerta de la cabina de mando del aparato. Hans y Oppenheimer se pusieron a los mandos. Eric había tenido tiempo de echar un vistazo a la bodega del aparato, donde Komarev le indicó que dejara el motor fueraborda y la lancha desinflada. Nada en la misma indicaba que aquella expedición estuviera bien pertrechada para una expedición a la Antártida. Algunos palets, cuyo contenido no pudo ni imaginar, y, eso sí, una moto de nieve para dos plazas. El resto de la bodega estaba vacía, y era una bodega muy grande. Quizá Oppenheimer tenía previsto reunirse con alguien más o recogerlo de camino a la Antártida. Eran demasiadas preguntas que se vieron momentáneamente sobresaltados por el petardeo de los pistones de los cuatro motores de aquel monstruo. El ruido se hizo más monótono y estable, hasta convertirse en un fuerte zumbido. Por la ventanilla de su asiento vio como dejaban lentamente detrás de ellos aquel barco fantasma a merced del oleaje.

El hidroavión continuó avanzando lentamente, alejándose del barco y finalmente viró sobre sus pasos y retomó el camino andado. Comenzó a ganar velocidad en medio de fuertes sacudidas. El ruido de los motores aumentó considerablemente y cuando volvían a pasar junto al Venture, aquel enorme pájaro comenzó a elevarse perezosamente. Todavía ascendiendo hasta velocidad de vuelo giró y pasó sobre el barco y en aquel momento Eric pudo ver claramente como el barco saltaba en pedazos. Dieron otra vuelta más alrededor del mismo, mientras éste se hundía rápidamente.

18. Estoy buscando un barco.

Londres. Aquella era para los funcionarios, administrativos y secretarías, una mañana más de tediosa burocracia en aquel edificio ultramoderno, al lado del Támesis. La gente de la calle, muy influenciada por el cine, pensaba que el edificio del MI6 estaba repleto de agentes secretos letales, dispuestos a liquidar con una mano a todo tipo de enemigos del imperio, preferiblemente deformes y dementes (que afortunadamente fallaban en el último momento), y con la otra sostener, indistintamente, una copa de champagne francés o a una bella espía, una de esas mujeres de fácil asimilación pero difícil cura en caso de picadura, como las describió muy bien un crítico de cine. Nada de eso era cierto, o casi. No, el trabajo de un espía era más bien un trabajo de documentación y análisis, y normalmente desde una mesa de despacho. Horas y horas de observación, comparación, análisis, más observación y más análisis, con un componente alto de imaginación e hipótesis. Y a pesar de todo eso, ni de los recursos invertidos en personal y tiempo se garantizaban resultados. Los servicios secretos occidentales fueron incapaces, por ejemplo, de ver la que se les venía encima cuando el telón de acero cayó de la noche a la mañana. Muchos de aquellos “espías” se enteraron de la noticia al mismo tiempo que el público en general veía a aquellos espontáneos sobre el muro de Berlín, saltando, rompiéndolo y agitando banderas por televisión. No muchos años después un destacado analista americano fue capaz de reconocer que durante todo el tiempo que duró la guerra fría, de 1945 a 1989, más o menos, la mayoría de veces no tenían ni idea de lo que pasaba al otro lado del telón y que casi todo lo que conocían era a través de topes o desertores. Documentación y análisis.

El coronel Nigel Davemport sabía todo aquello y mucho más. Pero a diferencia de casi todos los efectivos del MI6, él sí había pasado gran parte de su vida fuera de los despachos. Como militar había recorrido el planeta varias veces y se había enfrentado a la muerte, cara a cara, varias veces también. Ese pasado le resultó bastante útil cuando el jefe del MI6 o incluso el primer ministro, los dos únicos hombres de los que recibía órdenes directas, solicitaban sus servicios, los servicios de la sección “B”. La misma no aparecía en ningún organigrama, no se conocía a su personal, presupuesto, ni si compartían espacio físico alguno en alguna parte, no se sabía nada de ellos, porque el personal de la sección “B” se reducía a un único miembro, él. Eso confería a sus actuaciones un carácter especial muy alejado de las actuaciones típicas de cualquier otro miembro del MI6. No había comisiones de seguimiento, reuniones de trabajo, informes... Llegaba, tomaba lo que necesitaba y desaparecía.

Algo que a James Levine le sacaba de quicio y le hacía mascar su pipa hasta dejarla llena de muecas. Con el coronel Davemport, su trabajo se limitaba a abrirle todas las puertas y a evitar que el personal hiciera preguntas. Era su pantalla y eso le molestaba profundamente. Para alguien como él, todopoderoso en el ministerio y en el gobierno, casi imprescindible, tener que ejercer de “fregona” de la sección “B” y de su único miembro, al que no controlaba, resultaba ser una de las pocas cosas que le superaban.

Stuart Hudson había sido convocado nada más llegar a su puesto en el MI6 a una reunión. Estaba a punto de jubilarse, concretamente le quedaban dos semanas para comenzar a disfrutar de su bien ganado retiro. Se dirigió al segundo piso y se personó en la sala que le habían ordenado. Levine estaba allí, con su pipa, y también había otro hombre. Sentados a una mesa circular de reuniones. Levine tenía una taza de café humeante y ningún expediente o papel delante suyo. El otro ni siquiera tenía café, pero sí una mirada que cortaba la respiración. De entre cincuenta y sesenta años, muy bien llevados, a pesar de su calva. Con un bigote de pelo canoso muy arreglado. Aquel tipo era o había sido militar.

-¿Señor Hudson? Ante todo le pido perdón por hacerle venir aquí con estas prisas- Dijo Levine mientras le indicaba con una leve gesto que tomara asiento. El militar le miró e hizo una discreta inclinación de cabeza a modo de saludo pero ni se presentó ni Levine parecía dispuesto a presentárselo.

- Necesitamos información y con prioridad total. Deje cualquier otra cosa que esté haciendo. Desde este momento está usted bajo mi supervisión directa. Llame a casa, que le traigan lo

necesario para estar cómodo. Diga en su departamento que está con la gripe y preséntese a mí en el número 3 de Courtfield Gardens, en South Kensington. Dentro de una hora le quiero allí trabajando- Levine ordenó sus papeles y se levantó, el invitado también lo hizo y dejaron a un sorprendido Hudson, que se había quedado bloqueado y a punto de excusarse alegando que se iba a jubilar. Debía estar a la altura, no iba a tener otra oportunidad de poder contarles a sus nietos algo emocionante en su aburrida vida de funcionario.

- Señor Levine, con todos mis respetos, me jubilo en dos semanas y...- Fue lo único que pudo decir, su subconsciente no había estado a la altura requerida en una situación como aquella y le había traicionado.

- Levine dice que es usted el mejor en el campo de documentación y análisis, especialmente en fotografías por satélite. No se preocupe, no le haremos saltar en paracaídas.- Le contestó Davemport que había visto como aquel hombre acababa de recibir el susto más grande de su vida y se ponía blanco. Su explicación sonó contundente pero tranquilizadora. Salieron los tres de la sala de reuniones.

Dos horas más tarde se encontraba en aquella tranquila calle llena de edificios victorianos, con vistas a un tranquilo parque. Muchos habían sido reconvertidos en apartamentos o habitaciones de alquiler, casi siempre ocupados por estudiantes de un poder adquisitivo tirando a alto y que así se evitaban compartir casa en barrios marginales del cinturón de Londres. El número 3 de Courtfield Gardens había sobrevivido a la reconversión turística y conservaba aquel aire clásico y algo rancio. El propio Levine le había abierto la puerta. Dentro del piso, con pocos muebles pero bien cuidado, esperaba el militar del que seguía sin conocer su nombre. Estaba delante de una mesa, mirando tres monitores de ordenador. Había también un fax, impresoras y scanners. Un equipo de primera. Las paredes de todo el piso estaban llenas de estanterías abarrotadas de revistas y publicaciones de todo tipo; revistas de motor, de viajes, listines telefónicos de diferentes países, enciclopedias y periódicos y revistas de información general. Hudson había oído hablar de aquellos pisos. Ya no se utilizaban, en parte porque ahora todo estaba centralizado e informatizado. No se imaginaba que el servicio secreto mantuviera abiertos sitios como aquél.

Davemport se giró al escucharles llegar.

-¡Ah, ya ha llegado!; Deje sus cosas por ahí, luego acabará de instalarse, tenemos prisa.

-Todavía no sé para qué me necesitan, francamente esto es muy extraño.- Comentó mirando de reojo a James Levine.

- No le voy a dar muchos detalles de lo que estamos buscando y por qué lo estamos haciendo, los mismos solo los conocemos cuatro personas; el señor Levine, aquí presente, William Farris, jefe del servicio secreto, el Primer Ministro y yo, al que usted nunca ha visto.- Hizo una pausa para que aquella revelación hiciera su efecto y continuó:- Como le dije, el señor Levine dice que es usted el mejor...

-¿Qué necesita encontrar?

- Hace una semana alguien salió de Italia de forma clandestina con rumbo a la Antártida – Comenzó a explicar, mirando de reojo a Levine que se revolvía incómodo por aquella revelación.- Sin embargo, no tengo pruebas que confirmen mi afirmación y quiero que usted las encuentre lo antes posible.

Hudson se sentó excitado. Se llevó una mano a la barbilla.

- Un destino como ese no viene en ninguna guía turística, al menos no en las convencionales y si ha salido clandestinamente de Italia, es evidente que no ha utilizado ningún aeropuerto, pero... - Comentó con los ojos entrecerrados.

- ¡ Estoy seguro que lo han hecho por mar!- Concluyó Davemport.

-¡ un barco, preferiblemente de carga, discreto...!- Hudson acabó la frase, acababa de quedar atrapado por la excitación de la caza, el trabajo que se le venía encima era tremendo pero fascinante.

19. Vuelo al infierno.

Eric no tenía reloj, pero había estado mirando por la ventanilla de su asiento el cielo y el gris océano debajo suyo. Por la posición del sol, intentó inútilmente averiguar cuántas horas llevaban volando pero no lo consiguió. Calculó que volaban con rumbo suroeste, probablemente al sur más alejado del continente sudamericano, más allá de la Patagonia argentina o al extremo más remoto pero habitado de ésta, la Tierra de Fuego. Necesitaban repostar. Tenía frío, aquel aparato no estaba acondicionado para viajes de placer. A su altura pero al otro lado del pasillo Komarev había hecho lo posible para permanecer despierto todo el viaje y no perderle de vista, algo inútil ya que Eric había sido esposado a su asiento.

Unas filas por delante de ellos, Crisis había permanecido todo el viaje sentada, no se había levantado para nada, ni había girado la cabeza para ver cómo se encontraba Eric. Estaba con la mente en blanco, totalmente abstraída y superada por la situación. Había encontrado a Oppenheimer misterioso, elegante, sofisticado y rico, muy rico en un momento de su vida en el que comenzaba a darse cuenta de que se hacía mayor y necesitaba algo de estabilidad y seguridad. No le costó mucho establecer contacto con él y casi de inmediato comenzar una relación. Al año ella ya le había contado todo sobre su pasado delictivo, se lo había confesado todo. Se había enamorado de aquel hombre y él de ella, o eso creía ella. Ciertamente era que Janos era frío y distante, incluso en los momentos íntimos, pero nunca le dio motivos para pensar lo contrario acerca de sus sentimientos. Sobre todo cuando éste le confesó también su oscuro pasado, o al menos el de su padre nazi. Estaba tan extasiada con Janos y su estilo de vida que tardó más de un año en preguntarse por qué alguien que había heredado una fortuna en parte ilícita y con un padre que podría haber sido juzgado como criminal de guerra una docena de veces, había regresado a Europa. Pero justo cuando comenzaba a hacerse aquellas preguntas Janos le contó todo lo referente al lago Toplitz y al testamento de Cartwright. Crisis no tenía prejuicios, además Janos no era nazi. Sí, era hijo de un nazi huido a Sudamérica y que había sido educado sin obviar parte de aquella ideología, pero si creía en todo aquello, lo había disimulado muy bien. No, Janos era, ante todo, avaricioso y el secreto oculto en el fondo de aquel lago de Austria, que le obligó a ella y a Komarev a efectuar una inmersión nocturna en aquel sitio era un reto para él. Un reto que le haría mucho más rico todavía. El cilindro que habían recuperado contenía el emplazamiento de un lugar que se apartaba de todo pensamiento o sueño racional. Era más bien la cueva de Ali-baba. Una historia propia de internautas conspiradores o escritores de tercera fila, capaces tanto de intentar colar una novela barata como un libro pseudo-histórico, confeccionado gracias a informaciones e historias sin confirmar. Una típica historia confeccionada a base de "recortar y pegar". Pero aquello era real. Era cómplice del sabotaje de un avión y de la muerte de dos tripulantes. Cómplice de la muerte de un abogado austriaco. Cómplice del asesinato de una docena de personas y de la destrucción de un lugar histórico. Cómplice del asesinato de toda la tripulación de un viejo carguero, que luego habían hecho saltar por los aires. Ahora volaba rumbo a la Antártida. Aquello se había convertido en una pesadilla.

El hidroavión amerizó en Río Grande, en la tierra del fuego argentina. Si no querían quedar aislados en medio de la Antártida a cientos de kilómetros de cualquier lugar habitado y sin combustible debían repostar allí y ahora.

El vuelo había sido registrado como privado, con origen en Estambul y destino final Río Grande en Argentina. Oficiosamente era una expedición científica privada que iba a estudiar las condiciones climatológicas de la Tierra del Fuego, al extremo más al sur del continente sudamericano. Era conveniente estar bien identificado a fin de que las autoridades no husmearan demasiado. Aquella zona del planeta, a pesar de lo extenso de la misma, comenzaba a estar demasiado transitada. No ya por expediciones científicas, algo ya habitual, sino por cruceros de lujo que se internaban en el continente helado y aquello comenzaba a alarmar a los, hasta aquel momento, solitarios científicos que veían como aquello se llenaba de curiosos que ponían en peligro el frágil y delicado ecosistema del continente.

Janos y Hans habían planeado aquel viaje hasta el último detalle. Empezando por el hidroavión en sí. No podían alquilar uno en los puntos habituales, generaría demasiadas preguntas. Así

que compraron uno en Rusia. Lo bueno de un país en descomposición permanente como era la antigua Unión Soviética, era que todo estaba en venta, a veces a buen precio y sin necesidad de dar demasiadas explicaciones. Hans había traído personalmente el hidroavión desde Odessa a Estambul, donde había contratado a un par de ingenieros y técnicos para que redistribuyeran el interior del aparato. Redistribución que consistió en dejar la zona de pasajeros reducida a la mínima expresión, ampliando la zona de la bodega, lo que incluía una nueva compuerta de carga, que les permitiera guardar motos de nieve y diverso material de forma paletizada. Cuando finalmente capturaron a Eric e hicieron volar por los aires aquel castillo en Italia, Hans voló a Estambul para retirar el hidroavión, mientras Janos, Crisis y Komarev salían de Italia clandestinamente en el "Venture".

Cargaron el depósito del hidroavión al máximo permitido y retomaron el vuelo en la última etapa de su misterioso viaje. En teoría, el plan de vuelo decía que el aparato regresaba a Estambul, una vez desembarcado al equipo de científicos. Pronto abandonaron la ruta preestablecida y perdieron altitud. La torre de control de Río Grande que seguía el vuelo se puso en contacto con ellos. Hans devolvió el mensaje. Tenían problemas de telemetría y perdían potencia en uno de los motores. Fue la última comunicación que se recibió del hidroavión en Río Grande. El operario tomó nota de la posición que tenía el hidro en su último contacto por radio, la última posición en el radar y el destino que habían tomado. En realidad, Hans iba en otra dirección. Volaba bajo, casi a ras de los icebergs. Había memorizado la ruta a seguir, la misma había sido trazada casi setenta años atrás, de manera precisa. A pesar de ello, en el asiento del copiloto Janos consultaba una vieja carta de navegación aérea, planos y referencias. Todo había sido primorosamente encuadernado en un libro negro que desde que fue recuperado del cilindro metálico lanzado a aquel solitario lago no había parado de revisar una y otra vez. Formaba parte de la documentación que habían recuperado de aquel cilindro, en el lago Toplitz. Una vez acabada su misión, volverían a aparecer en los radares alegando que habían tenido que amerizar para resolver un pequeño problema técnico y regresarían a la ruta original. Todo estaba calculado al milímetro.

20. ¡Los tenemos!

La puerta del despacho se abrió casi de forma violenta. El coronel Davemport había llamado media hora antes al comisario Levine, desde el piso en Kensington, donde había pasado las últimas horas con Hudson buscando una aguja en un pajar. La había encontrado.

Levine había llegado unos minutos antes y tanto él como el primer ministro le esperaban de pie, junto a una ventana, demasiado nerviosos para sentarse. Davemport se dirigió con un montón de fotos, algunas de gran tamaño, a una mesa auxiliar que había en el despacho del Primer Ministro y las desparramó por encima.

- Bien, como recordarán hace una semana un helicóptero civil se estrelló cerca de Roma. En una zona montañosa. La policía italiana no encontró restos humanos en el lugar del accidente. El vehículo había sido adquirido por un periodo de un mes por Janos Oppenheimer.- El coronel Davemport hizo una pausa y miró a sus dos atentos contertulios.

- Extraño, sin restos humanos y teniendo en cuenta que el cadáver de Oppenheimer no se encuentra entre los restos del castillo destruido, le convierte en sospechoso de asesinato – razonó el primer ministro.

- Cierto, es como si no le importara!- James Levine se llevó la pipa a la boca.

-Bien, siguiendo con aquella intuición mía, y dando por verdadera toda la información contenida en el testamento de Cartwright y las múltiples leyendas al respecto, deduje que Oppenheimer se dirige en estos momentos hacia La Antártida. Probablemente ha encontrado documentación suficiente en el fondo del lago Toplitz para localizar una base secreta o refugio que los nazis construyeron en algún remoto lugar del continente helado a comienzos de la II Guerra Mundial, repleto, así lo cree él, por todos los acontecimientos que hemos vivido, de tesoros, probablemente oro.- Davemport, volvió a interrumpirse, aunque esta vez no era algo provocado buscando un efectismo calculado. Los dos hombres allí presentes se habían quedado pálidos. Aquello no podía ser cierto. Davemport les sacó de su pasmo.

-¡No me miren así...!¿Acaso esperaban otra cosa?

Volvió la vista nuevamente sobre la mesa llena de fotografías tomadas por satélite, algunas de gran resolución. También había impreso todo lo que encontró en Internet bajo el epígrafe “nazis en la Antártida”. Se había sorprendido de la cantidad de información disponible. Mucha de ella, producto de internautas con demasiada imaginación, tiempo libre y mucha información distorsionada por el paso del tiempo. Un refrito de elucubraciones varias. Sobre todo porque al final de la segunda guerra mundial, casi todo lo que estuviese relacionado con criminales de guerra y la industria alemana de guerra fue convenientemente silenciado por América y Rusia. A fin de cuentas a nadie se le escapa que tanto los americanos como los rusos pudieron iniciar primero la construcción de las primeras armas nucleares y después la carrera espacial, gracias a todos los científicos que “escaparon” de los tribunales de Nuremberg y todo el poderío tecnológico alemán que fue cayendo en manos de los vencedores a medida que la guerra iba terminando. Incluso encontró una web de roll que jugaban a una realidad alternativa, en la que los nazis, con Hitler a la cabeza, habían huido a la Antartida y desde allí habían reconquistado el planeta. Tenía jugadores por todo el mundo. Imprimió también todo lo que encontró sobre el expolio nazi, no sólo a los judíos en Alemania, sino por toda Europa. Oro, joyas, obras de arte. Mucho de lo robado, todavía setenta años después no había aparecido... y todo eso únicamente a través de Internet.

-Hudson y yo hemos estado consultando durante días las principales vías comerciales marítimas mundiales. Procesando las rutas de los mercantes con la Lloyd’s, que como principal aseguradora mundial de transporte marítimo nos ha entregado. Revisando vía satélite las localizaciones de sus barcos. Hemos focalizado nuestras investigaciones en todos los barcos que pasaron por el estrecho de Gibraltar rumbo a África o Sudamérica en las siguientes setenta y dos horas a la explosión en el castillo de Ferrara, en Italia.– Sus explicaciones iban acompañadas de una excitación en aumento.- Hemos ido descartando rutas, barcos y compañías navieras y al final el barco que buscábamos a aparecido por si solo...

-¿¿Dónde??-preguntaron al unísono todos, ya totalmente atrapados.

- Hace exactamente 20 horas un viejo carguero llamado “Venture”, se hundió misteriosamente tras lo que parece una explosión de sus calderas. Un barco pesquero recogió algunos restos, al

menos una hora después de que estallara e informó a su base y éstos a la Lloyd's. Viajaba con bandera de Belice, desplazaba 100 toneladas con destino a Guinea Ecuatorial para recoger maderas. Salió de Brindisi en Italia 24 horas después de que desaparecieran Janos y Chantereau y encontráramos su helicóptero calcinado. Aquí tengo las fotos- remató satisfecho mientras distribuía por la mesa una serie de fotografías tomadas por satélite del barco.- Esta es la sucesión de imágenes que hemos podido obtener de un satélite meteorológico. No pudo captar el hundimiento del barco pero sí fotografió algo muy interesante... un hidroavión. En sucesivas fotos pudimos comprobar cómo volaba alejándose de la última coordenada del "Venture". Alejado de todas las rutas comerciales y rumbo sur...

-¡Dios mío!- el primer ministro se apartó de la mesa y se llevó ambas manos a los riñones, se cansaba de pie.

- Hudson ha conseguido identificar el modelo de hidroavión. Un viejo aparato de fabricación soviética. También ha registrado la salida de un aparato de similares características desde Estambul con destino a Río Grande, en la Patagonia argentina y como este ha desaparecido. La última comunicación con el mismo indicaba que sufrían algún tipo de avería e iban a amerizar para repararla.- Finalizó, observando la reacción de aquellos dos hombres.

El primer ministro se había aproximado a una de las ventanas de su despacho y miraba al exterior, Levine permanecía concentrado.

La puerta del despacho se abrió suavemente y William Farris, jefe del MI6, entró sin ceremonias ni saludos.

-¿Dónde está ese hidroavión ahora?- preguntó a Davemport. Este ya la había adelantado los resultados de su investigación antes de ir al despacho del primer ministro y Farris no había perdido el tiempo.

-¡Su última posición conocida lo situaba en ruta de regreso hacia Buenos Aires, tras llegar a Río Grande y aprovisionarse. No tenemos información de sus tripulantes. De allí debería ir hasta Sao Paolo, Azores, Málaga...,perdió contacto con la torre de control de Río Grande prácticamente tras el despegue! No he podido seguir su vuelo vía satélite! aclaró Davemport.

-¡Bien, si el primer ministro no tiene inconveniente, creo que ha llegado el momento de hacer saltar la liebre. He avisado al almirantazgo. Una unidad naval con base en las islas Falkland. Está preparando para partir - le contestó Farris.- Un reactor le llevará hasta allí y luego un helicóptero al HMS Vindicator. Es una fragata. Es la única nave que puede ofrecerle apoyo logístico y militar...

Farris, se volvió hacia la mesa donde Davemport había dejado todas las fotos y la documentación del caso y jugueteó con sus dedos sobre el portafolios que había traído consigo. Todos se habían percatado de aquel portafolios.

-¡Caballeros, lo que voy a contarles y enseñarles ahora ni yo mismo lo conocía hasta hace dos días. No se había inspeccionado desde 1946, es decir, desde el final de la II Guerra Mundial. Esta documentación se ha guardado desde entonces bajo siete llaves en el más oscuro e inaccesible de los archivos del gobierno. El conocimiento de su existencia se ha ido comunicando a los sucesivos jefes de gobierno y a mis antecesores en el cargo y siempre bajo juramento de no abrirlos, consultarlos o hacerlos públicos bajo ninguna circunstancia!- comentó Farris muy serio. Al ver la expresión de los allí presentes intentó justificar lo que acababa de decir:

-¡Los americanos tienen Roswell, nosotros Toplitz!-. Sonrió.

21. Demasiados secretos.

-Ábralo ya, Farris- dijo con un leve movimiento del brazo que apuntaba hacia aquel portafolios el primer ministro.

Farris lo abrió y extrajo una serie de documentos y fotografías. Todos muy antiguos pero excelentemente bien conservados. Probablemente era cierto que aquella documentación no se había consultado desde 1946, pensó Davempport, aunque él ya sabía lo que le iban a enseñar. Aquellas historias habían circulado siempre por los despachos del servicio secreto y con la llegada de Internet, la difusión de las mismas, cierto es que muy adulteradas, se había generalizado. Los propios servicios de inteligencia de los países más desarrollados o poderosos con Estados Unidos y la extinta URSS a la cabeza, se habían dedicado durante años a desinformar al respecto. Aquellas viejas historias constituían sin embargo únicamente la punta del iceberg de la guerra de desinformación que durante toda la guerra fría mantuvieron los dos bloques y dado su carácter fantástico en muchos de los casos, se había permitido que las mismas fueran desacreditadas. Desde los platillos de Roswell al área 51, dos historias, sobre todo la primera, distorsionada y manipulada hasta lo absurdo, sin olvidarnos del terrible proyecto MK3 Ultra, consistente en programar bajo hipnosis a personas normales para ser activadas en una determinada situación y, por ejemplo, cometer un asesinato. Una historia mucho más real de lo que la gente se ha llegado nunca a imaginar y que fue muy explotada en el cine. Pasando también por todas las falsas informaciones que corrieron de un lado del telón de acero al otro por traidores, topes o dobles agentes, acerca de situaciones económicas, militares y políticas. Todo valía para hundir al enemigo.

Luego estaba todo lo referente a la Segunda Guerra Mundial. Al acabar ésta los juicios de Nuremberg contra criminales de guerra sirvieron de pantalla para ocultar todo lo que se pudo salvar y que fuera de provecho para los vencedores. El impresionante desarrollo militar alemán hacia el final de la contienda fue aprovechado por los vencedores, especialmente los americanos que durante décadas basaron buena parte de su superioridad militar gracias a la ventaja que les dio todo lo capturado o desarrollado por los científicos nazis.

Mientras algunas figuras claves del ejército y la maquinaria de guerra alemana que no habían desaparecido o muerto eran juzgados por los desmanes cometidos durante los años de guerra, otras muchas, sobre todo científicos y sus secretos, pasaron a trabajar para los vencedores, sin tener en cuenta su pasado. Los americanos llegaron a la Luna gracias a Herbert Von Braun, que veinte años antes creó los primeros cohetes V-2 que surcaron el cielo sobre el canal de la Mancha, cargados de explosivos con destino a Londres. Muchos de ellos llegaron a tener cargos de gran responsabilidad y ser considerados como héroes.

Para ello fue necesario un enorme esfuerzo de desinformación y manipulación. Algo que fue posible en aquellos años gracias a lo restringido de los medios de comunicación y sobre todo a las ganas de una sociedad que acababa de pasar por la más cruel y sangrienta de las guerras por olvidar.

Willian Farris tomó asiento y ojeó alguno de los expedientes por encima, pasando rápidamente las páginas. Sus contertulios hicieron lo mismo.

-Bien, para poner un poco de orden en este galimatías, debemos remontarnos a Diciembre de 1943. En aquellos momentos Alemania todavía llevaba la iniciativa en la guerra- Cruzó los dedos de las manos y las puso sobre una pila de fotos que habían quedado desparramadas por la mesa.- Aquellos días de diciembre, todos los servicios de escucha y seguimiento de las comunicaciones nazis se desayunaron con un extraño mensaje emitido por el almirante y jefe de las fuerzas navales nazis, Karl Doenitz. Creo que lo tengo por aquí apuntado- dijo mientras rebuscaba entre los papeles y fotos que había sobre la mesa.- Aquí esta. Veamos: "La flota submarina alemana se siente orgullosa de haber construido un paraíso terrenal, una fortaleza inexpugnable para el Führer en alguna parte del mundo". Enigmático. ¿No les parece?-Dijo mirando uno por uno a su atento público. - Nadie en su momento entendió muy bien qué significaba aquello ni por qué lo había dicho. Además era muy inconcreto,"en alguna parte del

mundo". Pronto cayó en el olvido hasta el 10 de Julio de 1945.- Farris puso en el centro de la mesa una foto de gran tamaño en blanco y negro de un submarino en superficie. Junto a él, un barco de remolque lo tenía sujeto por la proa mediante enormes cabos. En la superficie del mismo se distinguía a algunas figuras.

-En esa fecha los pescadores, marineros y autoridades portuarias del Mar del Plata en Argentina, vieron con asombro como de entre la niebla apareció un gigantesco submarino, denominado U-530, rindiéndose a las autoridades locales. Iba comandado por un joven capitán de navío, y digo joven porque Otto Wermoutt tenía en aquel momento 25 años. El resto de la tripulación también era extremadamente joven y todos presentaban un aspecto físico lamentable. Se habían quedado sin combustible y no les había quedado más remedio que dirigirse al primer puerto al que pudieran llegar.- Hizo una pausa mientras rebuscaba algo entre los papeles.

-La guerra había terminado hacía unos meses. ¿Por qué no se rindieron cuando el almirante Doenitz dio la orden en Mayo?- preguntó un ansioso Davempont.

-Los argentinos tuvieron que esperar hasta la llegada de agregados navales británicos y americanos para saber que el U-Boot había salido de Alemania el 19 de Febrero. Rumbo a Noruega y tras unos días allí prosiguió su viaje el 13 de Marzo con destino al Atlántico Norte. Cuando Doenitz dio la orden de rendirse, siguieron sin inmutarse, por la sencilla razón de que no la recibieron. Llevaban la radio desconectada. Pasase lo que pasase debían cumplir su misión. Habían navegado en altamar por espacio de cuatro meses y medio sin ningún contacto, aparentemente, con el mundo exterior, rehusando entrar en combate en todo momento.- Hizo otra pausa.

Farris prosiguió con su relato:

-No solo lo revelado por aquel oficial alemán era sorprendente. Los militares argentinos que subieron al submarino se quedaron sorprendidos de varias cosas. Primero: el submarino en sí. Era de un tamaño superior al habitual y a pesar de ello aquellas naves estaban diseñadas para tripulaciones de no más de veinte hombres... aquella nave transportaba a casi cincuenta. Segundo: encontraron en su interior almacenados un cargamento ingente de cigarrillos.

-¿Cigarrillos?- preguntaron al unísono todos.

-Extraño, ¿verdad?. Deben ustedes olvidarse de las películas, en un submarino no se puede fumar...-recalcó Farris enfatizando cada una de sus palabras con un ligero golpe de las yemas de sus dedos sobre los papeles que tenía sobre la mesa.

-Es cierto, además no parece ser el tipo de cargamento que uno espere que transporte un submarino- añadió Davempont.

-Lo más sorprendente, si es que eso posible es -comenzó Farris- Es que el 19 de Julio, el almirante alemán Eberhard Godt aseguró a los aliados que el U530 partió de la base de Kiel casi un mes más tarde de lo que aseguraba su capitán, Otto Wermoutt. También se supo que Kurt Langer, oficial prisionero de guerra, que aseguraba ser el auténtico jefe del U530, afirmó que el mismo había sufrido serios desperfectos en combate y que estaba atracado en aquel momento en la base alemana de Flensburg...

-Dos submarinos idénticos- Davempont, estaba pensando en voz alta.

William Farris asintió con la cabeza y prosiguió su relato:

-El submarino que se entregó en Mar del Plata era en realidad una copia del auténtico U530. Era una nave sin identificación. Un mes más tarde otro U-Boot, el U977, fue capturado por la armada argentina. También era una nave con una jovencísima tripulación comandada por el capitán Schaeffer y que parecían desconocer hacia dónde se dirigían realmente, lo mismo que Wermoutt el capitán del U530. Llevaba la bodega repleta de opio. No pudo aportar demasiada información porque no sabían nada. Habían recibido la mínima para seguir un convoy de submarinos, donde probablemente solo el navío de cabeza conocía el destino final de aquel extraño viaje. Era el 17 de agosto. La armada británica, asustada, hizo recuento de los submarinos capturados o hundidos. No fue posible calcular el número de submarinos que faltaban. Si a los aliados les quedaban dudas de que aquellos dos submarinos podían ser parte de un convoy de sumergibles "fantasma" con destino al Cono Sur, sus dudas quedaron disipadas cuando se conoció que un tercer submarino, procedente de Noruega, había aparecido frente a las costas de Portugal el 4 de junio del mismo año. Aparentemente habían tenido problemas en sus máquinas. Se habían rendido a las autoridades portuguesas.

-¿Cuántos submarinos se "escaparon" al control aliado?- preguntó el primer ministro que, al igual que el resto, comenzaba a atar cabos.

Farris consultó un viejo legajo antes de contestar, pero lo hizo de inmediato.

-Unos 100, probablemente de la clase XXI, unos ingenios que estaban veinte años por delante en su diseño de la tecnología naval conocida y aplicada entonces. Se construyeron unas 120 unidades en Kiel. Solo entraron en combate 10. Otros tantos se quedaron en las cadenas de montaje. Hasta el día de hoy nadie ha sido capaz de explicar dónde está el centenar restante.

-¿Está diciendo que 100 submarinos nazis escaparon a la Antártida?- preguntó no sin cierto fastidio un incrédulo Levine. Parecía una broma. Las otras tres personas reunidas en aquella habitación le miraron muy seriamente. Para ellos aquello no era una broma, era algo muy serio. Farris continuó con su explicación, no sin mirar con cierto desprecio a aquel descreído de Levine:

- Sabemos, no es ningún secreto, que hubo una discreta expedición alemana a la Antártida a finales de 1938. Regresó al año siguiente, causando no poca sorpresa ya que en aquellos años cualquier expedición a aquella zona continuaba siendo una aventura. Hasta el final de la II Guerra Mundial, la Antártida y las selvas amazónicas continuaron siendo territorios inexplorados. Se sabe también que los nazis cartografiaron buena parte del continente helado, gracias a un aparatoso despliegue de medios. Utilizaron un enorme buque, casi un portaaviones llamado Schwabeland provisto incluso de un avión de reconocimiento. Al parecer también descubrieron un lugar recóndito con un microclima menos agresivo y comenzaron a preparar una base, probablemente subterránea.- Farris se levantó de la mesa y se dirigió a una de las ventanas de la habitación desde la que siguió hablando.

-El propósito de dicha base se nos escapa, aunque es probable que la misma pensara utilizarse como refugio para Hitler en caso de que la guerra se perdiera. La captura de aquellos navíos y el destino de ese centenar de submarinos ultra sofisticados y nunca encontrados aparecen ahora relacionados.- Se volvió de la ventana con las manos en la espalda y miró a sus contertulios.

-Resumiendo, caballeros. Con la guerra perdida los nazis o el propio Hitler ordenaron a un centenar de naves que se dirigieran a la Antártida fuertemente pertrechados con todo tipo de provisiones; opio, metales preciosos, uranio y todo tipo de secretos científicos. Para evitar ser capturados, toda comunicación entre los mismos y sus bases o entre ellos mismos quedaba prohibida. Eso explica por qué los oficiales de los tres submarinos capturados, todos de la clase XXI, no tuvieron ni idea del propósito final de su misión. Probablemente únicamente el submarino de cabeza de aquel convoy conocía el destino y los otros se limitaban a seguirle. En caso de que la guerra acabara y Alemania perdiera, ignorarían la orden de rendirse, básicamente porque aislados como viajaban no se enterarían de la misma. Con estas condiciones de navegación, ciegos y mudos, es lógico que alguno se perdiera, como los dos capturados por los argentinos o el que apareció en Portugal. El difunto Lord Cartwright fue el guardián hasta su muerte de ese secreto. La base, su localización y cómo llegar a ella. Todo esa información fue lanzada al lago Toplitz con la esperanza, supongo, de que podría ser recuperada más tarde y utilizada. Como así ha sido...

-¿Sabemos dónde está esa base secreta?- Preguntó Davemport.

Farris volvió a la mesa:

-El continente antártico tiene una superficie de 14 millones de kilómetros cuadrados. Es más grande que Estados Unidos. Si alguien colocara una base submarina o subterránea sería virtualmente imposible localizarla. Tanto en 1945 como hoy en día. Eso fue lo que se dedujo en 1945. Sin embargo, otro suceso ocurrido el 26 de septiembre de 1946 obligó a los aliados a lanzar una operación para su localización. Ese día, un ballenero islandés aseguró haber visto claramente en superficie a un submarino alemán. El sumergible al percatarse del ballenero inició una inmersión y desapareció. Eso ocurrió entre las islas Falkland y la zona ártica.- Farris extrajo del portafolio la última carpeta que este no había sacado o enseñado a sus compañeros. Llevaba todavía el membrete de la OSS, la agencia precursora de la CIA, además de un enorme sello de confidencial en rojo estampado en diagonal.

-El 2 de diciembre de 1946, el almirante Byrd, de la armada americana, al mando de una considerable flota de naves, incluido el portaaviones "Philippines Sea" y al mando de una fuerza expedicionaria de 4000 marines partió con una misión secreta a la Antártida. Encontrar los submarinos y la base secreta... lo llamaron operación "High Jump", regresando semanas más tarde con un número considerable de bajas y.. la misión cumplida. Se localizó la base. Aquí están las coordenadas...y se echó hacia atrás en la silla antes de continuar-, se produjeron bajas y no por combates. Es lo único que sé. Parece ser que encontraron a un número no determinado de oficiales y científicos nazis. Todos muertos. Se informó a las potencias de la época, incluso a los japoneses de lo que se había encontrado y cómo se había

encontrado y parece que todo el mundo se apresuró a olvidar la expedición y su descubrimiento.

-Si sólo encontraron cadáveres...¿Cómo se produjeron esas bajas por parte americana? Todos los nazis que encontraron estaban muertos-Volvió a preguntar Davemport.

-No hay constancia. Casi toda la información de la expedición fue destruida o enterrada en el más oscuro archivo que se pudiera conseguir. Al parecer sólo los americanos y nosotros conservamos las coordenadas exactas para localizar la base secreta y nunca se ha regresado al lugar. Hasta ahora... El almirantazgo me ha prometido que en un plazo de 48 horas, todos los submarinos de la flota pondrán rumbo a la Antártida... habrá que avisar a la Casa Blanca, Primer Ministro.

22. Más allá de la meseta de Ellsworth.

El hidroavión siguió volando bajo. El profundo mar azul marino dio paso a otro casi negro. Pronto comenzaron a sobrevolar los primeros témpanos de hielo, mientras que en el horizonte se comenzaba a ver una cortina de icebergs, preludio de tierra firme. Janos consultó su reloj. Las autoridades argentinas ya habrían dado la voz de alerta, pero iban bien de tiempo. Hans comenzó a maniobrar, casi a ras de los icebergs, esquivándolos. Era fundamental no superar cierta altitud y que un eco en el radar pudiera captarles. Instantes más tarde y tras bordear un impresionante iceberg de más de 400 mts de altura, salieron a un claro del mar frente a la rocosa y helada costa. Un farallón de acantilados abarcaba todo el horizonte. El hidroavión voló a su costado hasta que Hans vislumbró un espacio vacío de icebergs. Era un momento peligroso. Si en el amerizaje uno de los flotadores o ambos chocaban contra uno de aquellos hielos flotantes, se habría acabado todo. El amerizaje del hidroavión se produjo sin más contratiempos que dos o tres “botes”, producidos por el viento, ratificando a Hans como un piloto excelente.

El vuelo desde Inglaterra hasta las Falkland había sido un suplicio. Nigel Davemport, como militar, había volado en todo tipo de aparatos y como civil incluso había probado las bondades de la clase turista un par de veces. Pero atravesar todo el Atlántico, de Norte a Sur, con una mascarilla de oxígeno, sin poder moverse y pasando un frío de mil demonios, de copiloto en un Panavian Tornado con los motores a plena potencia, le dejó totalmente atontado. A duras penas pudo mantenerse en pie y disimuló lo mejor que pudo su estado físico, cuando casi cayó, mas que bajó del aparato. Habían sido unas horas de mucha tensión, no sólo para él sino para el piloto que le había llevado, un joven teniente, recién incorporado a la Royal Air Force, que por falta de confianza y sobre todo por desconocimiento de quién era su pasajero, apenas le había dirigido la palabra durante el vuelo.

Dos militares se aproximaban al avión. Al menos uno de ellos era coronel como él. Ambos saludaron militarmente y se presentaron, levantando la voz para poder escucharse por encima del fuerte viento que reinaba en aquel momento.

-¡Soy el Coronel Roth y mi ayudante el teniente Flint!; Bienvenido señor!

Tal y como le había dicho Farris, los responsables militares de aquella base sabían lo mínimo sobre su misión y su rango. El coronel Roth no había visto nunca un pliego de órdenes como el que le entregó el coronel Davemport en aquella fría sala junto a las pistas. Desde la misma, el coronel pudo ver como un helicóptero de transporte comenzaba a calentar motores y hacer girar sus rotores. Roth observó los mapas. Eran cartas de navegación. Todas hacían referencia a la meseta de Ellsworth. Una zona no muy popular de la Antártida. Básicamente llanuras y farallones rocosos cubiertos, al menos todavía, por nieves eternas. En una de las cartas había un punto señalado. Ese era el destino de Davemport. El coronel Roth miró a Davemport.

-¿Es aquí dónde quiere ir?-inquirió extrañado.

-Sí. Es posible que necesite apoyo militar en el último momento. Eso incluye los equipos especiales que ya le habrán solicitado- añadió Davemport.

Sus dos interlocutores se miraron un momento y el teniente Flint contestó al requerimiento de Davemport:

-Sí, el “Vindicator” va equipado para esas contingencias, señor.

-Bien, es posible que dentro de unas horas o días, esa zona esté más transitada que Picadilly Circus un sábado por la noche. Todos los submarinos nucleares de la Royal Navy se dirigen hacia aquí, así como un número indeterminado de naves de superficie. Creo que el almirantazgo ha iniciado unas “maniobras sorpresa”- Davemport recogió los mapas.

-Los americanos se enterarán- comentó Roth preocupado.

-Sí, lo sabemos, está controlado. Tan pronto llegue al objetivo y compruebe el lugar, el Primer Ministro hablará con la Casa Blanca.

El teniente Flint, bastante más joven que el coronel Roth, no pudo evitar preguntar finalmente qué era lo que estaban buscando o esperaban encontrar allí. Al momento se arrepintió de hacerlo. La mirada de su superior casi le fulmina pero Davemport no pareció darle importancia y le contestó intentando quitar misterio a la cuestión.

-Nada que Hollywood no pueda convertir en el próximo “blockbuster” del verano que viene- dijo sonriendo al teniente.

Instantes después partía en un helicóptero al encuentro de Vindicator, que había zarpado de puerto unas horas antes, ya alertado por las instrucciones que venían de Londres, rumbo a la meseta de Ellsworth. El mismo se encontraba ahora rodeando la zona de Marle Byrd, a plena potencia de sus máquinas.

23. ¿Y ahora qué?

Justamente en aquel momento, Eric acababa de dejar en tierra la moto de nieve que habían traído en el hidroavión. Le costó Dios y ayuda llevarla a Tierra. Le habían utilizado como mozo de carga. No sólo la moto de nieve, también el palet que habían traído y que previamente tuvo que desmontar en el avión. El mismo consistía, a parte de víveres y explosivos, en cajas metálicas de 50 centímetros por 50. Eric ya había visto antes cajas similares. Solían utilizarse para el transporte de oro, plata o joyas. Pero estas estaban vacías. Era de suponer que al final del viaje volverían llenas...

Estaba cansado. Hacía frío, y moverse con agilidad con aquellas temperaturas era complicado. Hans había confirmado que estaban a unos -10° centígrados, casi primavera. Además se había levantado viento y ráfagas de nieve en polvo comenzaban a barrer la zona.

Regresaron todos al hidroavión y comieron. Crisis repartió unas raciones de emergencia entre todos que degustaron en silencio. Eric volvió a ser esposado a su asiento durante la comida, a pesar de que Komarev no le quitaba ojo de encima. Janos y Hans confirmaron las rutas en los mapas que tenían, contrastando la información de las modernas cartografías con la proporcionada por los planos nazis rescatados del lago Toplitz.

En una hora partirían hacia el destino final de aquel viaje.

El comandante del Vindicator siguió la aproximación de aquella aeronave hasta que se posó en la pista de aterrizaje de su barco. Su rutinaria misión en aquella parte del mundo había tomado un cariz de creciente tensión, desde que recibió ordenes de zarpar hacia el mar de Amundsen a la espera de la llegada de un "agente gubernamental". Desde el puente de mando siguió con la vista como el misterioso viajero bajaba del helicóptero primero y, detrás de su segundo en el mando que había acudido a recibirle a pie de pista, se encaminaron al interior del barco. El teniente Mc Donald debía llevarle directamente a su camarote y eso fue lo que este hizo. Le invitó a entrar dentro del minúsculo habitáculo y le ofreció un café caliente a Davemport, que lo agradeció con una amplia sonrisa. Inmediatamente el comandante Nunn apareció en el camarote. Mientras saludaba a su misterioso huésped comprobó que vestía de civil. Le habían dicho desde la base en las Facklands, de donde había partido el helicóptero, que se trataba de un militar. Observó a aquel hombre, de entre 50 y 60 años muy bien llevados, con bigote y calvo. Con un enorme y grueso jersey de color verde oscuro, de cuello alto, tejanos y botas de montaña:

-¡Bienvenido, espero que el viaje en helicóptero no haya sido muy movido! Se ha levantado algo de viento y marea en las últimas horas!- saludó cordialmente.

-Gracias, los recuerdo peores... - Davemport miró su reloj -¿Están sus hombres preparados?- preguntó sin ceremonias.

-Sí, esperan en la sala de mapas.

24. La misión.

Tres jóvenes oficiales esperaban en la sala de mapas. Uno de ellos, el mayor, era el oficial médico del Vindicator, James Ford. Tenía treinta y tres años. Le quedaba un año para dejar el servicio y gracias a los contactos de su esposa, entrar a trabajar en una prestigiosa clínica privada de Gales. Estaba cansado de la vida militar. Por eso, cuando salió la plaza vacante, no se lo pensó dos veces y la aceptó. Ahora que estaba a punto de iniciar una nueva vida, tener hijos y, sobretodo, ganar mucho dinero, no estaba dispuesto a que le destinaran a alguna unidad naval en el Golfo Pérsico. Sólo tenía que aguantar un año allí y luego licenciarse. Un destino lejano pero tranquilo. Incluso a pesar de lo inusual de la reunión y de que allí sólo se encontrarán dos jóvenes oficiales, Garrison y Taylor, sargentos los dos y expertos en explosivos, estaba tranquilo. No se imaginaba la que se le venía encima.

El comandante Nunn, seguido del teniente Mc Donald y Davemport, entró en la sala. Los tres se levantaron y saludaron girando la cabeza inmediatamente al ver aparecer a aquel civil.

-Siéntense caballeros. Seré breve- dijo Nunn mientras tomaba asiento y abría una carpeta en la que había una única hoja. Hoja firmada por el Almirante en jefe de la flota atlántica, el jefe del servicio secreto, el primer ministro... y la reina.

- Bien, están ustedes aquí porque tienen algo en común. Los tres han recibido instrucción en guerra química y nuclear y usted, Ford, pasó un año en una unidad antiterrorista médica nuclear.

Los tres se quedaron blancos y se miraron los unos a los otros. El comandante Nunn continuó con su explicación:

-Bien, les presento al coronel Nigel Davemport, es todo lo que puedo decirles sobre el mismo y ustedes olvidarán su nombre y su misión tan pronto regresen de la misma. Le acompañarán en una misión de búsqueda y localización que él mismo les explicará- dijo al tiempo que miraba a Davemport, el cual, que había permanecido a un lado de la sala con los brazos cruzados, asintió y se puso delante de un mapa de la zona de Ellsworth que el teniente Mc Donald había desplegado en una pared.

- Gracias, comandante. Caballeros. Tenemos las coordenadas para localizar una antigua base secreta construida por los nazis durante la II Guerra Mundial. La misma se encuentra abandonada y nadie ha estado allí desde 1946. De ahí que tomemos todas las precauciones posibles, incluido el que el lugar pueda contener material radiactivo no controlado- dijo seriamente y mirando uno por uno a los tres militares que le observaban con creciente asombro. Estos se volvieron a mirar unos a otros y a su comandante, el cual, que acababa también de enterarse del objeto de aquella misión al mismo tiempo que sus oficiales, se limitó a poner cara de circunstancia y dirigir su mirada igualmente a Davemport.

- Créanme, si hubiera algún tipo de riesgo de contaminación radiactiva yo sería el primero que me negaría a ir a ese lugar- sonrió levemente, aunque sabía para su interior que no era cierto.

- Ese lugar, hasta ahora secreto y desconocido ha sido localizado por el descendiente directo de un alto mandatario nazi. Hace unos días mató a diez personas en Italia, cuyos antepasados tuvieron relación, al igual que su padre con la élite del nazismo. Es posible que este sujeto haya llegado o esté a punto de llegar a ese lugar y debe ser capturado y neutralizado.

- Perdone, coronel Davemport, tengo una pregunta...-interrumpió el sargento Garrison levantando la mano.- ¿Qué se supone que busca en ese lugar ese tipo?, ¿y de que fuerzas o recursos dispone?

- Creemos que únicamente cuenta con dos hombres y una mujer y ha llegado al lugar en un hidroavión... por lo que ignoramos qué piensa encontrar o conseguir de ese lugar. No parece que vaya a poder llevarse nada del mismo, al menos de momento.- Se paró en su explicación y tragó saliva para concluir.- Puede que haya un tercer hombre con el grupo. Se ha visto involucrado en esta trama, creemos que accidentalmente, pero a día de hoy y vistos los acontecimientos, no sabemos si continúa con nuestro hombre y su grupo en calidad de aliado o de prisionero. Aquí tienen su fotografía, es la única que tenemos. Es de vital importancia que si contactamos con el grupo, sean capturados vivos... si es posible. Eso es todo, les espero en el helicóptero con todo el equipo en 30 minutos.- Y dicho esto abandonó la sala siguiendo al teniente Mc Donald que se disponía a proporcionarle ropa más adecuada para su aventura en el Antártico.

Los tres militares se quedaron sentados todavía estupefactos por lo que acababan de oír. Era demasiado fantástico.

25. Nueva Suevia

Avanzaban a buen ritmo a pesar del viento y las ráfagas de nieve que se levantaban de vez en cuando. Afortunadamente era verano, lo que hacía que, dentro de lo difícil y peligroso que resultaba, una caminata de dos horas en suelo antártico fuera asumible. Eric estaba en buena forma y sus captos parecían también encontrarse en un estado físico excelente. Claro que ellos no habían pasado horas trasladando equipo del hidroavión a tierra y montando tiendas de campaña. Todos iban provistos de raquetas de nieve. Abrían la marcha Janos y Crisis. Detrás Eric tiraba por medio de un arnés de un pequeño trineo en el que le habían obligado a colocar provisiones y explosivos plásticos. Detrás de él, Komarev cerraba la marcha. Hans se había quedado junto al hidroavión. Antes de partir, Eric tuvo que montar una tienda de campaña de grandes proporciones en la que guardaron la moto de nieve y todo lo que había descargado el mismo desde el hidroavión. Le había llamado la atención la moto de nieve. Podían haber llevado más en el hidroavión y sin embargo únicamente transportaban aquella máquina para dos ocupantes. Pensó también que quizás el camino hacia el escondite secreto no debía ser una autopista y que podían caer en alguna grieta y resultar atrapados o heridos. Allí no había servicio de asistencia en carretera.

Por espacio de dos horas avanzaron a un ritmo decreciente, no solo Eric comenzaba a fatigarse, sus compañeros de aventura también comenzaban a acusar el sobreesfuerzo de caminar contra el viento y con aquellas raquetas. Habían avanzando en línea recta hasta un impresionante macizo rocoso. Se detuvieron delante del mismo mientras Janos consultaba su GPS y los documentos nazis. Tuvieron que desviarse, caminando en paralelo al macizo rocoso que se elevaba unos 1.500 o 2.000 metros casi verticalmente. Una enorme mole rocosa que, al menos, les protegía del viento. Finalmente llegaron a una especie de desfiladero. Entraron por el mismo. Al principio era poco más que un sendero rocoso, sinuoso y estrecho, que se iba elevando de la planicie que dejaban detrás. Pronto se convirtió en un desfiladero ancho, con un terreno más regular, cuesta abajo y por el que se podía avanzar perfectamente sin tener que hacerlo en fila india. Finalmente llegaron a un recodo del camino. Antes de superarlo, Janos se paró y le entregó a Crisis el GPS y su mochila. Miró hacia el grupo y se avanzó lentamente, casi como en una ceremonia, superando el recodo y quedándose de pie, en mitad del espacio casi redondo que se abría delante de él. El resto del grupo le siguió hasta ponerse a su altura. Delante de ellos el desfiladero se cortaba en una pared que ascendía unos 300 metros casi de forma vertical. A su altura, la pared rocosa quedaba oculta por una capa de hielo. Eric estudió aquel ensanchamiento del desfiladero donde se encontraban. A pesar del hielo que cubría las paredes, era demasiado uniforme para ser un mero capricho de la naturaleza. El camino acababa allí.

-¡Chantereau, coja un pico y sígame!- le espetó Janos.

Eric se soltó el arnés, retiró la lona del trineo y cogió un pequeño pico. Mecánicamente Komarev sacó una pistola de su anorak y apuntó a éste. Janos también cogió un pico. Ambos se aproximaron a la pared. Janos picó en la misma con fuerza. Apenas consiguió que saltaran pequeños trozos del mismo.

-¡Helado, utilizaremos los explosivos!- volvió a decir Janos, al tiempo que hacía un gesto a Komarev. Este le lanzó la pistola a Crisis que la cogió sin muchas ganas y continuó apuntando a Eric. Tardaron unos minutos. Komarev y Janos cavaron pequeños agujeros en aquella pared helada y colocaron por toda ella pequeñas cargas de explosivo plástico C4. Instantes después y mediante un emisor de radio frecuencia hacían saltar las mismas. Parapetados tras la curva que daba a aquella salida y a la pared del final del desfiladero, escucharon los golpes secos de los explosivos, que además habían sido programados para estallar en una secuencia a fin de evitar sustos, como desprendimientos de rocas o algún corrimiento de nieves pétreas que les dejara enterrados en aquel desfiladero. Volvieron a acercarse a la pared, ahora que ya no había casi hielo, pudieron observar como se había despejado una pequeña abertura. Aunque permanecía cubierta de piedras, estaba más que claro que era la entrada de una cueva, suficientemente grande para que pudiera pasar una persona. Obligarón a Eric a despejar el lugar y al cabo de unos quince minutos con Eric totalmente exhausto se plantaron delante de la entrada de la cueva despejada de rocas y hielo. Encañonado por Komarev y armado con una enorme linterna Eric entró el primero seguido del resto. La cueva, al principio estrecha, se

ensanchaba considerablemente al cabo de apenas cien metros. Un ensanchamiento artificial, pero que les permitió comenzar a caminar totalmente erguidos. A pesar del hielo que lo cubría todo, pudieron ver que las paredes habían sido recubiertas de cemento. Continuaron avanzando, en un recorrido ligeramente descendente unos trescientos o cuatrocientos metros más. Conforme iban avanzando iba desapareciendo el hielo y se podía pisar con más seguridad. Finalmente el pasadizo se convirtió en una especie de tubo metálico, que había sido incrustado allí, y unos minutos más tarde se encontraron de frente con una puerta doble metálica. Cada una de las planchas de la puerta media dos metros de ancho por tres de alto y en la de la derecha había una especie de placa con una cerradura de combinación. Abrió la tapa, que saltó sobre sus propios goznes oxidada y todos se quedaron mirando la cerradura, típica de las clásicas cajas fuertes que estaba como incrustada dentro de la hoja de la puerta. Janos manipuló la cerradura, introduciendo la combinación que había encontrado en la libreta del cilindro del lago Toplitz. La cerradura giró a derecha y izquierda sin problemas, a pesar de los años transcurridos. Se volvió a escuchar un sonido metálico seco, seguido por otro más prolongado que acompañó a la apertura de las pesadas hojas de la puerta. Lentamente el mecanismo, a todas luces neumático, chirrió mientras la pesada puerta se abría de par en par. Janos se plantó delante de la puerta y escrutó hacia el otro lado. No se veía nada. La oscuridad más absoluta les aguardaba allí dentro. Pero Janos sonrió ligeramente primero, para a continuación, en un gesto de triunfo incontenible levantar ambos brazos con los puños cerrados y gritar:

-¡Bienvenidos a Nueva Suevia!

26. Más allá del hielo.

El helicóptero había partido del “Vindicator” a pesar del fuerte viento reinante y volaba bajo, sorteando los icebergs. Desde el mar de Amundsen donde se encontraba el buque de guerra, giraron hacia la zona conocida como Tierra de Marle Byrd, allí estaba la meseta de Ellsworth. Davempport no habían tenido tiempo de monitorizar ningún satélite para localizar el hidroavión de Oppenheimer, pero tenían las coordenadas exactas que la expedición aliada de 1946 dejó sobre aquella misteriosa base secreta. ¿Qué clase de lugar era aquél? ¿Por qué todo la documentación respectiva a aquella expedición del almirante Byrd fue destruida? ¿Qué habían encontrado en aquel lugar?.

Janos avanzó en la penumbra, sus pasos resonaron con fuerza, volvió a pararse y escudriñó la oscuridad con su foco. Sus pasos y los de todos resonaban en aquel lugar de forma casi siniestra. A pesar de las potentes linternas que llevaban, apenas podían hacerse una idea de dónde se encontraban. Una cosa era segura, aquello era enorme y el aire extremadamente seco, el lugar estaba excelentemente acondicionado. Pronto sus haces de luz dieron con las paredes. Aquella estancia era del tamaño de una cancha de baloncesto. El suelo era uniforme, de cemento liso. Las paredes se elevaban del suelo unos ocho metros y estaban cubiertas de lo que parecían enormes armarios metálicos en cuya parte superior, no llegaban al techo por un metro, gruesos tubos de hormigón desaparecían por el mismo. Eric enfocó al centro de la estancia y se topó con lo que parecía una enorme mesa rectangular. El resto de focos convergieron con el suyo y todos acabaron enfocando hacia el mismo lugar. Se acercaron. La primera impresión no les había engañado, aquello era un panel de mandos, diseñado en los años 40, pero un panel de mandos a fin de cuentas. A pesar de lo antiguo del mismo, seguía sorprendiendo. Lleno de enormes botones y palancas dando una idea de lo sofisticado de la instalación. En la parte central de la misma aparecían dos pantallas redondas de televisión. Aquella construcción había sido equipada con un de circuito cerrado de televisión. Todo aparecía diseñado y construido con un lujo de medios y detalles sorprendentes. .

Todos los controles e indicadores de aquel enorme panel, mediría unos tres metros de largo, estaban en alemán. Eric no sabía alemán, pero Janos y Crisis si parecían mirar con atención los mandos. Janos, con aquella especie de libro negro lleno de claves y secretos, consultaba algunas notas del mismo. Eric, curioso, se acercó para ser encañonado por Komarev que le hizo apartarse. Se había olvidado de que era un prisionero. De repente una sensación ominosa le embargó nuevamente, como cuando fue capturado en aquel castillo de Italia, la sensación de que podían matarle en cualquier momento. Si lo que habían buscado era una simple mula de carga para llegar a aquel sitio él ya había cumplido de sobra si lo iban a utilizar para sacar lo que fuera de allí, todavía tenía una oportunidad.

El helicóptero hizo un brusco descenso a una indicación de Davempport. Habían llegado a la meseta de Ellsworth, junto a la costa. El piloto buscó una zona despejada y un poco tierra adentro, por llamar de algún modo a aquel suelo helado. Con gran riesgo se posó en medio de bandazos producidos por el viento. Davempport había contactado mediante un teléfono vía satélite con el jefe del servicio secreto William Farris que estaba reunido con el Estado Mayor. Con un poco de suerte, un satélite americano les podría indicar donde localizar al hidro con exactitud. Era la última oportunidad de acercarse por sorpresa, de otra manera podían correr el riesgo de ser descubiertos por Janos y sus secuaces. Había visto, muy de cerca, lo que le había hecho a un castillo italiano del siglo XV. ¿Qué no le haría a un simple helicóptero?.

Los americanos habían sido informados de lo que estaba pasando. Al igual que los británicos, tuvieron que rebuscar en lo más recóndito de sus archivos todo lo referente a la operación “High jump” del almirante Byrd. Tanto el secretario de defensa, como el jefe de la CIA, se sorprendieron de lo poco que se guardaba de aquella misión. Se habían destruido muchos expedientes y apenas se guardaban relaciones de personal, vehículos, rutas y la localización de un lugar en mitad de la nada. ¿Por qué? También se sorprendieron de que alguien estuviera interesado en llegar a aquel lugar, daban por hecho que allí no había nada de especial y que la misión militar de 1946 “limpió” aquello, en todo el amplio sentido de la palabra. Torcieron el gesto cuando conocieron el pasado y las conexiones nazis de Janos Oppenheimer. Aquella

videoconferencia, con el Secretario de Defensa y el director de la CIA por un lado y William Farris por el otro, acababa de pasar de ser una inesperada molestia para los primeros a captar todo su interés.

-¿Los asesinatos en Ferrara, Italia, hace una semana?- preguntó el jefe de la CIA, Peter Wingarde, que había seguido el caso con cierto interés en un primer momento dado que uno de los fallecidos había sido secretario del embajador alemán en Washington en los años setenta.

-En efecto, todos ellos eran descendientes de antiguos jefes nazis relacionados con la sociedad de Thule- recordó Farris.

-Dios mío, ¿insinúa usted que todos esos muertos formaban parte de esa... secta?- preguntó Dereck Roberts, un hombre demasiado ocupado en su puesto de Secretario de Defensa, como para prestar interés a aquellos, en apariencia, fantásticos asuntos.

-Es posible que simplemente fueran conocedores del secreto, heredado de sus progenitores. Ninguno de ellos parecía llevar una doble vida y la policía italiana ha establecido que la mayoría de ellos no mantenían ningún tipo de relación entre sí. El porqué se reunieron con Janos en aquel castillo sólo lo sabremos de boca de éste, si le capturamos...- apuntilló Farris. Se produjo un silencio, incómodo y desesperante para Farris, que veía como pasaban las horas.

-Está bien, Farris- dijo el Secretario Roberts -intentaremos localizar ese hidroavión mediante algún satélite. Consultaré si existe alguno que cubra esa zona.

Davenport intentaba escuchar a través del ruido de los rotores del helicóptero, aún en tierra, el piloto se había negado a parar el motor a riesgo de que las palas del mismo se congelaran. Habían esperado unos veinte minutos pero finalmente un satélite americano meteorológico había monitorizado la zona donde se encontraba aquella base secreta y había localizado el hidroavión. Como buscar una aguja en un pajar, pero lo había conseguido. La información fue mandada a Farris que a su vez la retransmitió al "Vindicator" y al mismo Davenport. Con las coordenadas, el piloto del helicóptero calculó la distancia a la que se encontraban. Apenas unos 20 kilómetros. Reanudaron el vuelo.

Janos había estado consultando notas y más notas durante unos minutos, había algo que no acababa de comprender y lo consultó con Crisis, en alemán. Eric, vigilado por Komarev fue obligado a regresar al exterior y cargar con todo el equipo que habían traído. Kilos y más kilos de explosivo plástico. Janos evolucionaba en la penumbra, apenas iluminado por las linternas sobre el cuadro de mandos. Finalmente se paró en un extremo del mismo y profirió una exclamación de triunfo. Apretó algunos botones, que emitieron chasquidos como de contactores abriendo y cerrándose y finalmente manipuló una palanca que hizo girar los 180 grados de su recorrido por el panel varias veces. Se produjeron leves chasquidos, ahora no provenientes de aquel tablero de mandos sino de los gigantescos armarios metálicos de las paredes, acompañados de un zumbido que iba creciendo. De repente de una de las rejillas de ventilación de uno de aquellos armarios, situada a casi tres metros, salió una llamarada y humo negro. El zumbido pareció decrecer unos instantes para reactivarse instantes más tarde hasta hacerse constante. Una sección del cuadro de mandos se iluminó como un árbol de navidad y unas luces de emergencia, situadas en aquel alto techo comenzaron a emitir una tenue luz anaranjada. Janos y Crisis se apartaron de aquella mesa de control cuando acabó iluminándose en su totalidad. Situados a ambos extremos de la enorme sala había unos enormes reflectores que continuaban apagados. La tenue luz de aquellas lámparas de emergencia comenzó a iluminar aquel impresionante lugar. Era todavía más espectacular de lo que se habían imaginado todos. Miraron al techo y a todas partes, paralizados y casi en estado de shock por lo que estaban viendo, por el lugar en el que estaban. Aquello tenía toda la pinta de una enorme sala de máquinas. La misma había pasado los últimos sesenta años inactiva y en la oscuridad. Pero tan bien diseñada que cuando se la despertó lo hizo sin problemas.

Eric fue el primero en ver el ventanal, al lado izquierdo de la sala. Una enorme ventana rectangular, mediría dos metros de alto por seis de largo y parecía estar protegida por un grueso cristal. Se aproximó a la misma. No se veía nada al otro lado, pero sí un reflejo a su espalda que le hizo girarse. Oppenheimer manipulaba un contador geiger que había comenzado a crepitar de forma alarmante. Todos se dieron cuenta y se acercaron. Komarev, que parecía el más impresionado de todos, se había olvidado de Eric completamente.

-¿Qué ocurre?- preguntó Crisis.

-¡Nada, es lo que preveía. Existe un nivel de radiación alto, pero no es peligroso si permanecemos poco tiempo!- contestó Janos, sin levantar la vista del indicador del contador Geiger, como intentando asegurarse de lo que estaba diciendo.

Aquella afirmación dejó pálidos a Crisis y Komarev. Eric, que ya se imaginaba algo así, y es que la realidad superaba muchas veces a la fantasía desbordante de los internautas, aparentó no darle importancia a aquella revelación.

-¿Y el oro?- preguntó finalmente Komarev.

- Al otro lado de ese vidrio- le respondió Janos satisfecho, indicando con un leve movimiento de cabeza hacia aquella ventana a oscuras, de la que no se podía entrever nada al otro lado.

27. Al otro lado.

Todos le volvieron a mirar. Komarev se acercó al enorme vidrio e intentó mirar al otro lado. No se veía nada. De repente el zumbido del equipo eléctrico se hizo mayor y los focos de ambos extremos de la sala comenzaron a encenderse. Alguno estalló, pero la mayoría se encendieron y las luces de emergencia se apagaron. El zumbido creciente y amenazante de los generadores, poniéndose en marcha por primera vez en muchos años, pasó a algo más monótono y estable.

-¡Fascinante, qué gran trabajo de ingeniería!- dijo Janos con una expresión totalmente iluminada en su rostro.- Este equipo no se había conectado desde 1946 y sigue funcionando, ¡qué maravilla!- y al decir esto dirigió la vista hacia el gran ventanal, ahora iluminado.

Una enorme gruta de hielo se extendía al otro lado del vidrio y de aquella sala de control donde se encontraban. Era impresionante, cuatro grandes estadios de fútbol hubieran podido caber en su interior. Era evidente que su origen era natural, pero en la misma se habían hecho trabajos de acondicionamiento. Algo visible en la base de la cueva, donde se apreciaba claramente un enorme embarcadero. Y allí mismo, uno al lado del otro, veinte enormes submarinos, de la clase XXI, veinte del centenar de submarinos que los aliados nunca pudieron localizar. Los misteriosos submarinos nazis que escaparon al acabar la guerra. Eric recordó las innumerables historias y leyendas urbanas acerca de aquellas naves fantasma. Habían quedado atrapados en la corriente helada de aquella gruta y permanecían inertes, enigmáticos, aterradores y sobretodo, cubiertos de hielo. Uno de los mismos estaba escorado y recostado contra un muelle artificial, que constituía parte de una instalación en la que se apreciaban varias construcciones metálicas. En su día habrían servido de almacenes y dormitorios. Todo estaba congelado. Los generadores que había activado Janos y que milagrosamente y gracias, sobre todo, a su especial diseño, proporcionaban luz a la sala donde se encontraban, habían finalmente conseguido poner en marcha dos gigantescos bloques de focos situados sobre el saliente metálico y de hormigón que constituía el mirador en el que se encontraba el grupo de aventureros. El reflejo del hielo aumentaba el resplandor de los mismos y ofrecía un espectáculo impresionante. Situados a unos 200 metros de altura y suspendidos sobre una pared rocosa, contemplaban absortos y fascinados la visión de aquella enorme cavidad y de aquellos submarinos. La entrada a la enorme gruta se percibía claramente a la derecha de la misma. Un túnel natural que debía tener una salida bajo los hielos. Un impresionante muro de hormigón de cerca de cuarenta metros de alto aislaba el lugar.

Komarev, en un gesto de júbilo aporreó la vidriera.

-¿Dónde está el oro?- preguntó todavía extasiado por aquella visión. Se escuchó una seca detonación. Eric y Crisis a su lado dieron un brinco. Crisis incluso percibió que algo le había saltado a la cara. Era sangre. Los dos se quedaron en estado de shock. Komarev había resbalado apoyado contra la vidriera, dejando un resto de sangre en la misma y cayendo de rodillas. Finalmente y tras unos instantes que parecieron horas se ladeó y quedó tendido boca arriba, con una expresión de sorpresa en su rostro. El disparo le había entrado por la nuca y le había salido limpiamente entre ceja y ceja. Un charco de sangre comenzó a formarse detrás de su cabeza. La fuerza del impacto le había hecho inclinarse hacia el vidrio y resbalar por el mismo con la cara apoyada en él, por lo que su frente había quedado manchada de sangre.

Eric y Crisis se volvieron hacia Janos, que comprobaba su pistola, al tiempo que, como si Komarev estuviera todavía en el mundo de los vivos y mirando su cadáver con cierto desprecio por la vida que acababa de sesgar, contestaba a su última pregunta:

-¿El oro, preguntas? ¡Ahí abajo, lo mismo que diversos metales y minerales preciosos, entre ellos uranio!- Hizo una pausa mientras levantaba la vista, volviendo a mirar a Crisis y Eric: -Sin embargo... no puede ser movido de aquí- continuó, al tiempo que con un gesto de su mano armada obligaba a ambos a apartarse, se agachaba y recuperaba el arma de Komarev.

-El lugar está contaminado. A Cartwright le interesaba tanto el oro como que el uranio aquí almacenado no fuera descubierto y cayese en manos equivocadas ¿Verdad?- dijo Eric que al igual que Crisis se había apartado hacia una de las paredes con las manos en alto.

-En efecto. ¿Por qué si no el anciano Lord Carwright guardó con tanto celo el lugar exacto donde se habían arrojado al lago Toplitz todos los secretos concernientes a este lugar hasta su muerte? ¿Por qué, quizás en un acto de arrepentimiento y siempre con el temor de que alguien pudiera finalmente localizar este lugar, dejó instrucciones en su testamento para que todos esos secretos fueran recuperados y puestos a buen recaudo? ¿Quería asegurarse de que se acabara lo que los americanos no pudieron hacer en 1946 y evitar lo que yo voy a hacer hoy aquí!

-¡Los herederos de la sociedad de Thule que asesinaste... conocían este sitio!- Crisis no pudo acabar la frase y el razonamiento. Janos, locuaz, parecía estar dispuesto a resolver cualquier duda que sus dos convidados de piedra tuviesen tiempo de formularle.

- Exacto. Ninguno de ellos simpatizaba con el nazismo. Sus familias supervivientes, repartidas por todo el planeta habían renunciado a la misión que el Führer y la raza aria les habían confiado... Creían que mi padre también me había inculcado unos valores alejados del nacionalsocialismo. Estaban allí porque querían evitar a toda costa que alguien llegara aquí- dijo mientras se volvía a acercar a aquel enorme panel de control sin dejar de apuntar a Eric y Crisis.

- No te entiendo, Janos. Lo que quedó de la sociedad de Thule, tras la debacle del III Reich, ni se molestó en buscar el lugar, sabedores de la tragedia aquí acontecida... Si descubriste que este lugar y todo lo que se encuentra aquí estaban contaminados... ¿por qué venir?- preguntó Crisis, a quien la visión del asesinato a sangre fría y por la espalda de Komarev parecía haber hecho reaccionar.

- ¿No me has escuchado? ¡Para acabar lo que los responsables de este proyecto no consiguieron acabar!- sentenció Janos.- Para provocar lo que la derrota nazi y la guerra fría han evitado erróneamente. Un nuevo orden mundial. Necesitamos una catarsis. Mi padre me contó la terrible tragedia aquí ocurrida aunque negándose a darme el emplazamiento exacto. He tenido que esperar a la muerte de Cartwright para saberlo. De 1943 a 1945 los nazis intentaron en este apartado lugar duplicar las instalaciones que tenían en Noruega en pos de desarrollar una arma atómica. No lo consiguieron, pero en su intento contaminaron todo el lugar. Cuando los americanos descubrieron la base en 1946, no encontraron nada más que cadáveres quemados por la radiación y se limitaron a sellar el lugar. No pudieron hacer otra cosa.

Eric y Crisis se volvieron a mirar. Janos adivinó lo que ambos pensaban:

-¡Tranquilos, esta habitación está protegida, al menos eso indicaban los papeles del lago Toplitz...!-dijo con una sonrisa y una mueca de locura que ni siquiera Crisis le recordaba.-¡Pero no así el resto de este lugar...!

-¡El explosivo!- dijo suspicaz Eric: -¡Piensa volar este lugar... y contaminar todas las reservas de agua dulce de la Antártida que le sea posible...! ¡De ahí todo el C4 plástico que yo he arrastrado hasta aquí! ¡Pero aún así no creo que sea suficiente para...!

-¡No, no lo es! ¡Acaba usted de descubrir el por qué tras la expedición americana a este lugar de 1946, la base 211 fue enterrada, en todos los sentidos!- Janos, sin dejar de apuntar a Eric se dirigió al panel de mando. Sacó la libreta negra y consultó algunas páginas.- ¡No solo se limitaron a recoger los cadáveres de los científicos y técnicos que hasta el último momento trataron de crear una “bomba de dispersión” como llamaban ellos a la bomba atómica, estudiaron también sus notas y documentos, sus trabajos! Descubrieron que únicamente consiguieron convertir Nueva Suevia en un pequeño Chernobil y como ya desahuciados crearon un dispositivo que convirtió a “Neuschwabenland” en una versión moderna de la caja de Pandora.- siguió explicando mientras releía las notas rescatadas del lago Toplitz.- ¡Los aliados fueron incapaces de descubrir como funcionaba o como se podía desactivar ese dispositivo! ¡No solo el lugar sufría de altos niveles de radiación, existía la posibilidad de expandir aquella contaminación a todo el planeta! ¡Si el lugar estallaba no solo contaminarían la mayor reserva de agua dulce de la Tierra. Gracias a las corrientes marinas podrían hacer llegar la contaminación a cualquier lugar del planeta!

-¿No le parece que después de tantos años es imposible que ningún dispositivo de autodestrucción siga operativo?- preguntó Eric, bloqueado por toda la información que acababa de recibir.

-No pensaron lo mismo los responsables de la operación “highjump” ¡La Antártida fue declarada “territorio hermético”, existen tratados internacionales que prohíben las pruebas

nucleares en este continente. Todo el mundo ha respetado esos tratados! y le recuerdo que hemos hecho funcionar los generadores de energía sin ningún problema... casi setenta años después de su creación! ¿No ha escuchado lo que acabo de explicarle?

- Entiendo entonces que su idea es básicamente activar ese dispositivo de autodestrucción.
- Sí- respondió Janos que una vez encontrada la información que buscaba en la libreta negra y localizado una serie de mandos en el panel central, sacó una caja de cartón de su mochila. De la misma extrajo un pequeño dispositivo. Eric reconoció el artefacto. Él mismo los había utilizado con éxito en un antiguo robo. Era un sofisticado y ultramoderno emisor-receptor de radiofrecuencia. Lo conectó. Una serie de luces se encendieron en el panel de mando y un zumbido siseante se dejó escuchar por toda la estancia. Janos sonrió. Fuera lo que fuera que acababa de activar seguía operativo, sesenta años después de su instalación.

-¿A eso le llama usted acabar el trabajo comenzado?¡No creo que su padre, al igual que Cartwright, aprobasen lo que planea hacer!¡Esto es una locura y una estúpida e injustificada venganza!¡No parece que le haya ido tan mal en la vida Janos!¡No pueden decir lo mismo los cincuenta millones de muertos de aquella guerra, los millones de heridos, desplazados, desheredados, el “nuevo orden mundial” que surgió tras aquella locura!¿Le suena de algo lo que le estoy diciendo?- Eric estaba furioso, muy furioso, y a duras penas se podía contener y saltar encima de aquel loco desgraciado, aun a riesgo de perder su vida.

-¿Está escuchando lo que dice Eric?¡Usted mismo está dando argumentos a mi actuación!¡Aquella guerra no la perdieron Alemania o el nazismo, la perdió la humanidad entera!¿Acaso el “nuevo orden mundial” impuesto por americanos y rusos ha traído algo positivo a este estercolero que llamamos Tierra?¿Administraron bien su triunfo?¿No ha seguido muriendo gente desde entonces?¿La situación geopolítica mundial está mejor que en 1939?¡Corrupción, avaricia, desolación, una economía de libre mercado en una devastadora carrera hacia ninguna parte!¿Es este el legado de aquella guerra y del “nuevo orden mundial” que propició?¿Realmente ganó el bando correcto?¡Puede que la última oportunidad de crear un mundo perfecto se desvaneciera con el fin de aquella contienda!¡Necesitamos un nuevo comienzo y todo está ya preparado!- Janos parecía totalmente fuera de sí. Una cosa era segura. Todo lo que decía, todo en lo que creía, estaban justificados en alguna parte de su oscuro y enfermo cerebro.

- ¿Todo está preparado?¿A qué se refiere? ¡Entiendo que no está solo en esta locura y que usted es la persona que va a cambiar todo eso reventando este lugar y contaminando la mayor reserva de agua dulce que le queda al planeta!¿Con qué autoridad moral cree poder jugar a ser Dios?- Eric trató de sonar calmado. No lo estaba.

-¡Basta, Chantereau!¡Si se lo tengo que explicar nuevamente es que no ha entendido nada!- le cortó secamente Janos, consciente de que acababa de hablar demasiado. De todos modos, no tenía intención de que ni Eric ni Crisis salieran de allí vivos. Aunque todavía los necesitaba, al menos a Eric.

-¡Ahora tendrá que hacer una última cosa por mí, y para asegurarme su colaboración, le pediremos a la Srta. Svensson que se acerque- dijo sin dejar de apuntar a Eric. Giró la cabeza y miró a Crisis que rechazó acercarse con un gesto de negación. Estaba asustada y ya quedaba claro que no tenía nada que ver con aquella aventura suicida, al menos en su parte final.

Janos apuntó con su arma y disparó.

Crisis cayó al suelo, ladeada. Eric se precipitó en su auxilio. Recibió un culatazo que le derribó. Janos le había atravesado el brazo izquierdo a Annelie y esta sangraba abundantemente, gritaba de dolor. Eric no pudo hacer nada. No perdió la consciencia pero sí comenzó todo a darle vueltas a su alrededor, veía a Crisis muy cerca de él, que se sujetaba el brazo izquierdo en medio de un gesto de dolor extremo. Consiguió ponerse de rodillas. Janos a su lado le puso el cañón de su pistola en la nuca.

Se lo pensó mejor, no tenía ganas de matar a nadie más, al menos personalmente. Eric y Annelie ya estaban muertos. Volvió su vista al panel de control. Junto a las pantallas de televisión había una parte del cuadro de mandos de color rojo. Janos, consultó momentáneamente la libreta negra del lago Toplitz y luego efectuó una serie de movimientos en las palancas sobre tres ruedas muy similares a las ruedas de codificación de las cajas

fuertes. El sistema podía parecer arcaico en pleno siglo XXI, pero era el último grito cuando se construyó. El zumbido siseante que se escuchaba desde que Janos sacó el emisor-receptor de radiofrecuencia se hizo más audible y se escuchó un fuerte aumento del zumbido eléctrico que procedía de las paredes de aquella habitación. Era como si el sistema eléctrico, las dinamos, los generadores, estuvieran siendo forzados al límite de sus posibilidades.

El mayor secreto de Nueva Suevia acababa de ser descubierto. Un impresionante sistema de autodestrucción acababa de ser activado.

-¡Bueno amigos!- dijo Janos que se apartó del cuadro de mandos y de Eric y Crisis, alarmados por el ensordecedor ruido que comenzaba a inundar toda la instancia. -¡El dispositivo de autodestrucción acaba de ser activado!- y mientras decía esto se apartó del cuadro de mando y de Eric y Crisis.

-¡Ahora solo tengo que alejarme a una distancia prudencial y activar el dispositivo de radiofrecuencia!-. Se alejó del cuadro hacia la puerta que habían abierto para entrar y sin dejar de apuntar a Eric y a Crisis, impotentes, cerró detrás de él el mecanismo y desapareció por el túnel escarbado en la roca que había sido utilizado muchos años atrás como salida de emergencia y que no había sido detectado en su día por la expedición aliada que selló aquel lugar.

Janos avanzó por aquel túnel. Solo tenía que alejarse a una distancia prudencial y reventar aquel complejo. Se había asegurado, mediante engaño, la colaboración de Crisis y Komarev. Incluso la aparición de Eric Chantereau había jugado a su favor proporcionándole una cabeza de turco inesperada pero efectiva. Al final, eliminar a Komarev, Crisis y Chantereau había sido más fácil de lo que imaginaba. Komarev había muerto, y Crisis y Chantereau habían quedado atrapados en aquel lugar. Incluso, y en la remota posibilidad de que hubiesen tenido oportunidad alguna de escapar, el brazo herido de esta última les restaba el menor atisbo de salir con vida de allí.

Llegó a la salida de la cueva. Apenas había permanecido una hora allí dentro. Consultó el reloj. Hans debía estar esperándole con la moto de nieve a la salida del desfiladero.

28. Personajes secundarios claves toman protagonismo.

Hans Meyer era alemán como Oppenheimer, pero a diferencia de este que había nacido en Brasil, lo había hecho en la antigua República Democrática Alemana. Huérfano, inició su paso de la adolescencia a una juventud de futuro incierto con la caída del muro de Berlín. Superviviente nato, se abrió paso, primero en el orfanato y luego en el ejército, a base de puños. Emigró a la Alemania occidental, como muchos de sus compatriotas, para descubrir el fastidio y la desconfianza que generaban en sus primos ricos occidentales, muy alegres en un principio por la reunificación pero pronto desalentados por el lastre que supuso y supone todavía hoy levantar la economía de sus primos pobres de oriente. Las tasas de paro en la Alemania democrática continúan siendo hoy en día muy superiores a las de la Alemania federal. Considerados por muchos alemanes occidentales directamente como vagos, pronto se cansó de ir de un lado para otro y aprovechando su entrenamiento militar y tras un breve tiempo como mercenario en alguna de las numerosas guerras que se produjeron en la también extinta Yugoslavia, se marchó a Brasil gracias a algunos contactos que hizo durante aquel tiempo.

Su origen alemán y militar llamó la atención de Janos, que ya por entonces llevaba las riendas del floreciente negocio de maderas que había iniciado su padre tras llegar a Brasil huyendo de los tribunales de Nuremberg. Klaus Oppenheimer había tenido que efectuarse varias operaciones de cirugía, pero gracias a la fortuna que consiguió sacar de Alemania no tuvo problemas para cambiar, no ya de cara, sino de identidad. Pasó a llamarse Patrick Jones, emigrante irlandés y se casó con una preciosa lugareña de Sao Paulo, mucho más joven que él. Su hijo también heredó originariamente los apellidos Jones y Souza y no fue hasta su adolescencia que espías israelíes localizaron la hacienda familiar y la verdadera identidad de la familia Oppenheimer. El padre nunca se recuperó de aquello. Brasil negó la extradición pero Klaus pero tuvo que casi recluirse tras un intento de secuestro por parte de agentes del Mossad hasta su muerte. Fue así como Janos contrató a un ejército de mercenarios que desde entonces protegieron su hacienda y fue así como Hans llegó a trabajar para los Oppenheimer. No sólo como guardaespaldas sino como avezado mercenario.

Hans consultó su reloj. Estaba entumecido por el frío y la inactividad. Se levantó, caminó unos pasos y los desanduvo, pisando fuerte en el suelo a fin de hacer circular la sangre por sus piernas. Se preparó para salir del hidroavión, al que había vuelto tras la partida del grupo, unas tres horas antes, y dirigirse al punto de encuentro con Janos, gracias a la moto de nieve, recogerlo y escapar de allí. Con aquel vehículo iría y volvería en apenas 20 minutos. Era obvio que no recuperarían nada de valor de aquel lugar, tampoco le preocupaba. Hans era ante todo un hombre práctico y lo que le había pagado Oppenheimer le permitiría regresar a Brasil y vivir tranquilamente el resto de su vida. Había conocido el plan real de Janos desde el principio. Hombre de pocas palabras, había resultado ser su mejor colaborador en aquella aventura. Hans había aprendido a respetar a Janos hasta casi la adoración. Le había impresionado la capacidad de manipulación del mismo para conseguir siempre lo que quería. Él, que venía de la extrema miseria de los orfanatos de la república democrática, de una adolescencia desgarrada por un sistema de valores obsoleto, dañino, corrupto y alienante como era el comunista y del paso por un ejército en descomposición, acabó convirtiéndose en hombre de confianza de Janos y disfrutando de sus privilegios, seducido en parte por la visión más deshumanizada de la economía capitalista. Le pagó los estudios necesarios para que se convirtiera en su piloto privado y los aprovechó a conciencia. Diez años después de salir de Alemania, era un experto piloto de jets comerciales, mercenario de élite y rico, muy rico.

La visión del hidroavión se hizo finalmente nítida, casi podía tocarlo y eso que estaba a unos 500 metros. A su lado una enorme tienda de campaña había sido levantada. Apartó los prismáticos y se giró sobre sí mismo hasta quedar, recostado como estaba, de cara a los Sargentos Garrison y Taylor. Davempport les hizo señas para que se acercaran con cuidado. Estos se miraron un momento, antes de acercarse. Todavía no eran conscientes de lo que estaba en juego.

-¡No veo a nadie!- dijo Davempport mientras los dos oficiales tomaban su posición y cada uno escrutaba la costa con sus respectivos prismáticos.

- Lo normal sería que hubieran dejado a alguien junto al hidro y las tiendas de campaña. Vamos a acercarnos- Y antes de levantarse para correr con la cabeza baja los 500 metros más largos de su vida, advirtió a sus dos jóvenes oficiales: -¡Los quiero vivos, si es posible!-Y dicho esto desenfundó la pistola de oficial que le habían proporcionado y la amartilló. Aquello iba en serio, pensaron al unísono los dos jóvenes oficiales.

Iniciaron la marcha hacia el hidroavión. Estaban en una interminable playa de piedras negras, la arena era en su lugar hielo. Prácticamente no había donde refugiarse o parapetarse. Era un avance a campo abierto. Davempport prefería jugársela y aprovechar el elemento sorpresa antes que presentarse en el lugar con el helicóptero. En sus pensamientos aparecía recurrentemente Eric y su situación: ¿Era un prisionero?¿Se había unido a Janos?¿Había estado siempre al tanto de la operación y le había engañado?¿Le habían matado?... No quería provocar la muerte de Eric si éste había caído en manos de Janos y sus acólitos. En su interior sabía que aquel antiguo ladrón de arte no podía haberle engañado, conocía muy bien a las personas, a él mismo y a sus posibilidades.

Nigel Davempport había luchado toda su vida contra el hecho de que siempre había sido demasiado viejo para todo. Era demasiado viejo cuando, tras pasarse tres años en cama por una polio, ingresó en el instituto. Todos sus compañeros eran tres o cuatro años más jóvenes que él. Sin embargo, soportó las burlas de la gente de su misma edad en cursos superiores y que las chicas no quisieran salir con él por ese motivo, y se ganó el respeto de sus compañeros más jóvenes que pronto le trataron de igual. Demasiado viejo cuando accedió al mercado de trabajo. Había pasado primero mucho tiempo enfermo y luego su padre, Davempport era huérfano de nacimiento, al que tuvo que cuidar casi día y noche, viviendo con la exigua pensión del mismo hasta su muerte, de cáncer. Era por lo tanto, también, tres o cuatro años mayor que la mayoría de compañeros de universidad y cuando pidió entrar como voluntario en el ejército y el SAS, para poder acabar de pagarse los estudios, nadie daba nada porque pasase las duras pruebas físicas de acceso. Lo hizo.

A partir de ese momento comenzó una carrera meteórica de ascensos en el cuerpo. Pasó a la academia militar, también rayando la edad límite de admisión para acabar siempre el número 1 de todas las promociones en las que estuvo. Luchador nato, todas las trabas que le había puesto la vida jugaban ahora a su favor. Su espíritu de lucha, sacrificio y adaptación eran encomiables. Sus actitudes y dotes de mando habían llamado ya en sus primeros años en el ejército la atención de sus superiores. Davempport era autosuficiente, no dado a lamer culos, y con una gran capacidad de improvisación. Todas estas cualidades no pasaron desapercibidas cuando comenzó a tener tropas a su mando. Fue su unidad la primera que puso pie en tierra en las Malvinas y toda ella fue condecorada al final de la guerra. Nunca había sido un hombre de despacho, y una vez olido el sudor del combate, no dudó en presentarse voluntario para muchas otras misiones, muchas de ellas oficialmente en tiempos de paz. Cuando le llegó la hora de jubilarse, lo que le habría matado anímicamente, recibió una llamada del Primer Ministro y la propuesta la creación de la "sección B". Ahora mientras avanzaba a pie en medio de un fuerte viento racheado empuñando una pistola en medio de la Antártida toda su vida y actuaciones le martilleaban el cerebro. No podía haberse equivocado en la misión más importante de todas, aquella para la que realmente fue diseñada la sección B. Él, no.

Su excelente estado físico sorprendió a los dos oficiales que apenas sumaban su misma edad los dos juntos, aunque si le hubieran visto la cara a lo mejor se habrían preocupado. Sí, Davempport mantenía una salud y un estado físico propio de un hombre de treinta, pero tenía cincuenta y cinco y eso pesaba. Sobre todo en aquel clima y con una temperatura que debía de estar sobre los 10º bajo cero, y eso que era verano en la Antártida. Conforme se acercaban al pequeño y aparentemente desierto campamento iban extremando la cautela. Podían vislumbrar claramente la enorme tienda de campaña, justo a la orilla del océano y un centenar de metros más allá, el hidroavión se mecía pesadamente por el oleaje y a su lado una lancha semirígida amarrada al mismo, que no habían visto desde su posición inicial. Eso indicaba que alguien estaba en el hidro. Enfilaron hacia la tienda de campaña buscando un ángulo muerto que protegiera su aproximación y su visión desde el hidroavión. Davempport y sus hombres llegaron a la tienda de campaña, irrumpiendo en ella empuñando sus armas. Estaba vacía, a excepción de la moto de nieve, unos bidones de gasolina y demás provisiones, entre ellas las cajas metálicas que Janos y Hans habían llevado consigo para hacer creer a Komarev y Crisis que

iban a recoger un fantástico cargamento de oro. Taylor, que se había quedado a la entrada de la lona, fue quien dio la voz de alarma. Pronto los tres escucharon el motor. La lancha semirígida que habían visto junto al hidro se había puesto en marcha y se dirigía a tierra.

29. Los secretos de Nueva Suevia

Crisis no lloraba, estaba demasiado asustada y en estado de shock para llorar. Eric le hizo un torniquete en el brazo. Al menos la herida era limpia y gracias a sus auxilios sangraba bastante menos. Durante los instantes en los que Eric permaneció a su lado practicándole el torniquete le miró fijamente esperando que sus ojos se encontraran, pero Eric no apartó la vista ni un segundo sobre lo que estaba haciendo. Sus pensamientos y sentimientos en aquel momento eran un misterio para ella. Le habría gustado que la estrechara entre sus brazos, como debió hacer diez años atrás, como ella debió dejar que él la estrechara diez años atrás. Pero ambos eran entonces orgullosos e independientes y la relación entre ambos permaneció en lo estrictamente profesional. Eric inspeccionó la puerta metálica, no encontró ningún resorte o mando que la abriera. De hecho se camuflaba perfectamente con la pared y no le extrañaba que ninguno de los que estuvo allí en 1946 se percatara de la misma. Era una entrada o salida secreta. Volvió su vista hacia el enorme panel de control. Crisis se había acercado ya al mismo y lo estudiaba, sin saber muy bien qué buscaba. El ver a Eric que parecía no estar dispuesto a rendirse la estaba haciendo reaccionar. Los dos permanecían en silencio. Inspeccionaron el panel. Eric se detuvo en las dos pequeñas pantallas de televisión redondas. Era obvio que aquello era un sistema de seguridad que permitía ver toda la base sin moverse de allí por medio de un sistema de cámaras de circuito cerrado. Movi6 un par de palancas sin resultado. El sistema no funcionaba. Miró también la parte del teclado en rojo que Janos había manipulado, pero no se atrevió a tocarla.

Eric volvió a inspeccionar la enorme estancia nuevamente. Esta vez vio algo que captó su atención. Aquella gigantesca sala de control, rectangular, parecía construida sobre un peñasco. lo que proporcionaba gracias al enorme ventanal lateral una panorámica de la gruta y el muelle de atraque de los submarinos impresionante. Casi 270° de una panorámica de muerte y desolación. Pero no era la única ventana. Al fondo de la sala entre dos de aquellos enormes armarios metálicos aparecía un segundo ventanal, mucho más pequeño y que permitía una vista de lo que parecía la salida de la cueva, si teníamos en cuenta la dirección en la que se encontraban aquellos submarinos atrapados por el hielo. Se acercó hacia allí, seguido por Crisis. Junto a la ventana, enfrente de ella había una pequeña mesa de mapas, de unos dos metros cuadrados y sobre la misma un plano de la base. Lo estudiaron. Todo el lugar había sido construido en torno a la gruta, siendo el muelle la zona principal de la misma. A la gruta se llegaba por lo que parecía una abertura natural que, siguiendo la escala del mapa, medía unos 10 kilómetros desde el océano y obligaba a los submarinos a efectuar varios giros hasta llegar allí. Desde luego aquella misión antártica nazi antes de la guerra había hecho a conciencia su trabajo, a pesar de que probablemente aquel descubrimiento se hizo de manera casual. Alrededor de la gruta principal se habían aprovechado accidentes naturales como grutas o bifurcaciones, los nombres estaban allí: Muelle principal, almacén 1, almacén 2, laboratorio atómico. Éste en particular, "Der atomar laboratorium", no necesitó de ninguna traducción por parte de Crisis. La sala donde se encontraban había recibido el nombre de "sala de mapas". El plano parecía abarcar una superficie de casi 10 kilómetros cuadrados. Probablemente era la gruta natural más grande jamás descubierta. Los conspiradores, los "freaks" de Internet, los investigadores o escritores de novelas baratas y de todo tipo de libros de "fantaciencia" nunca podrían imaginar cuán cerca habían estado de la realidad. Ahora todo lo que había leído o escuchado sobre misteriosos submarinos nazis que aparecían y desaparecían muchos años después de acabada la guerra cobraban una veracidad inusitada. Extrañas misiones con "cargamentos" misteriosos hacia destinos secretos. Todo el potencial de un país volcado en crear a contrarreloj las más sofisticadas armas que les dieran una victoria fulminante sobre unas fuerzas aliadas que hasta la caída del nazismo y el secuestro o captación de todos aquellos científicos, lo único que parecían haber sido capaces de diseñar e innovar eran el radar y la soldadura industrial. Aquello ayudó pero fue mas determinante el papel que jugaron los científicos nazis capturados y los secretos robados en el avance hacia Berlín. Aquel lugar demostraba la supremacía militar y científica de la locura nazi. Locura que pareció jugar más de una vez en su contra, como demostraba el hecho de que las terroríficas "bombas volantes" V2 que aterrorizaron Londres al final de la guerra, habrían sido más mortíferas si los jefes nazis no se hubieran empeñado en calcular las rutas y objetivos a través de extrañas e incompresibles fórmulas cabalísticas. Aquella fue una de las muchas incongruencias cometidas

por Hitler y sus acólitos. Incongruencias que salvaron a la humanidad de un destino oscuro e incierto. Eric se fijó en una sección del mapa que le llamó la atención particularmente. Salía a modo de largo corredor, probablemente 500 metros, y llegaba a una sala más grande. Desde allí la galería seguía recta, al menos 1 kilómetro más. Pero lo que realmente le llamó la atención era el nombre grabado encima.

-¿Qué pone ahí?- preguntó Eric sin señalar y esperando que Crisis hubiera descubierto lo mismo que él.

-¿Dónde?

-¡Ahí!- Señaló con el dedo Eric. -¿Es lo que yo creo que pone?- volvió a preguntar.

Crisis le miró confundida pero dirigió la mirada hacia donde señalaba Eric: -"Proyecto

Amerika". ¿Tiene algún significado especial para ti?- preguntó extrañada.

30. Radiaciones mortales.

Eric estudió la situación de aquella parte de la base. Desde donde se encontraban, primero deberían salir de allí y luego bajar al muelle de atraque, atravesarlo y desde allí tomar la bifurcación que iba hacia aquel sitio que tanto había despertado la curiosidad de Eric.

-¿Qué tiene de especial ese lugar?-inquirió Crisis.

-Los nazis estuvieron en los últimos años de la guerra intentando diseñar un avión a reacción que les permitiera llegar a América y regresar sin repostar. Su objetivo sería lanzar una bomba atómica sobre, por ejemplo, Nueva York o Washington - explicó a Crisis al tiempo que volvía a estudiar aquella enorme sala. Buscaba otra salida.

-¿Y qué?¡Ya escuchaste a Janos, intentaron desarrollar esa bomba aquí y solo consiguieron contaminar este lugar! No pienso salir de aquí y bajar ahí abajo!- Casi protestó Crisis que sin moverse de donde se encontraba siguió las evoluciones de Eric por toda la estancia, Este primero buscó alguna salida por las paredes para finalmente fijar su atención en el suelo. Sobre todo alrededor de la mesa central de mandos.

-¡Ven aquí y mira por si ves alguna indicación que diga puerta o salida o algo parecido!- Inquirió Eric.

Crisis se acercó y consultó aquel enorme cuadro de mandos de nuevo. Pronto descubrió un control de mando que indicaba "acceso de emergencia". Se lo dijo a Eric y éste no dudó un segundo en hacer girar aquella rueda, antes de que Crisis pudiera protestar.

Escucharon un sonido metálico y un golpe. Miraron a su alrededor pero no vieron nada. Sin embargo, los dos habían escuchado aquel sonido. Rodearon el panel de mandos y descubrieron la trampilla que se había abierto en el suelo. Se acercaron y Eric se agachó para mirar. Era una escalera metálica de pared, sujeta al pilar central que sostenía aquella sala, en aquel saliente rocoso de la cueva. La misma bajaba hasta la base de la cueva, junto al embarcadero principal, al costado mismo de los dos submarinos.

- ¿Puedes bajar?- preguntó Eric mirándola primero a los ojos y luego desviando la mirada hacia aquel brazo izquierdo ensangrentado.

- No puedo agarrarme con una de las manos- protestó ésta.

-No te preocupes, utiliza las piernas para apoyarte en la misma y deslízate, como si fueras sobre raíles. No es complicado. Yo iré primero y esperaré a que te coloques en posición. Ambos llevamos guantes, evitará que nos quememos las manos con el hielo.

Bajó unos peldaños desapareciendo por aquel agujero del suelo y casi pierde el equilibrio. Se tuvo que agarrar fuertemente. Resbaló. La escalera estaba congelada. Tuvo miedo. No había sopesado la posibilidad de que el frío intenso y el hielo pudieran haber deteriorado el metal de aquella instalación. El mismo podría romperse como una rama. Tanteó algunos peldaños más. Parecían seguros. Crisis bajó y se colocó a horcadas sobre sus hombros sujetándose con la mano derecha lo mejor que pudo a aquella escalera helada. Eric inició un lento descenso, comprobando en cada paso la seguridad del lugar donde ponía el pie. Si patinaba o resbalaba, ambos caerían desde 200 metros de altura. La bajada fue lenta y peligrosa, pero llegaron abajo. Ambos no pudieron por menos que quedarse paralizados ante el espectacular panorama que ante ellos se levantaba cubierto de hielo. La imagen de aquellos submarinos, prisioneros en el hielo, en medio de aquella espectacular cueva, resultaba sobrecogedora. Era un paisaje irreal, desolador, bello. Ni el mejor novelista habría imaginado semejante decorado. Eric casi tuvo que empujar a Crisis, que por un momento se había olvidado del alto grado de radiación que estaban recibiendo en aquel momento. Era necesario salir de allí cuanto antes y buscar ayuda. Sabía que se encontraban en el lugar más apartado del planeta y que no tenían posibilidad ninguna, pero mientras estuviese vivo no pensaba rendirse. Cuando llegara el momento se preocuparía.

Atravesaron la zona del lago helada y llegaron al otro extremo, casi en frente de la sala de mando de la que habían salido, pero 200 metros más abajo. Allí se encontraba tras una de las casetas metálicas que supuestamente sirvieron algún lejano día de dormitorio, una puerta metálica de casi tres metros de alto. Era el laboratorio atómico. Eric trató de imaginarse los esfuerzos de los científicos nazis, casi setenta años atrás para desarrollar a toda prisa un ingenio nuclear. No tenía intención ni tiempo de entrar allí dentro. Probablemente los secretos allí guardados darían para escribir una enciclopedia entera y pondrían en evidencia lo cerca que estuvieron los nazis de tener el control del átomo. Echó un vistazo por una de las ventanas

al interior de una de aquellas casetas metálicas semicirculares. No vio nada. Tampoco habían visto cadáveres o esqueletos. Recordó a la importante flota de guerra americana que al final de la II Guerra Mundial viajó al Antártico en busca de aquel lugar. Coincidió con lo contado por Janos. Probablemente los americanos al descubrir el lugar se tuvieron que limitar a sellarlo y llevarse los cadáveres para estudiarlos (las consecuencias de las radiaciones atómicas apenas comenzaban a intuirse entonces) o simplemente enterrarlos. Pasaron de largo y se internaron por el túnel, perfectamente acondicionado e iluminado y con planchas metálicas en el suelo para evitar los desniveles del terreno. Avanzaban a buen ritmo, a pesar de que Crisis comenzaba a dar síntomas de fatiga y ligeros mareos. A su paso por el corredor, construido aprovechando cuevas naturales y relleno con cemento y acondicionado con un buen sistema de iluminación artificial iban dejando atrás bidones, cajas, arma, una historia que nadie podría contar.

Mientras tanto Janos había llegado a la entrada de la cueva y recorrió el camino inverso del desfiladero que llevaba a la planicie. Hans no estaba allí esperándole con la moto de nieve. Consultó el reloj. Estaba dentro de los tiempos que habían calculado. Escrutó el horizonte. Seguía haciendo viento y se levantaban polvaredas de nieve que dificultaban la visión. Comenzó a inquietarse. Había elegido el peor momento para llegar tarde, si es que solo se trataba de eso.

Hans había llegado a tierra desde el hidroavión con la lancha. La había arrastrado tierra adentro pesadamente y se dirigió resuelto a la enorme tienda de campaña para coger la moto de nieve y dirigirse al encuentro de su jefe. Nada más apartar la lona, un puño desnudo, sin guantes para que el golpe fuese contundente, le derribó y le dejó atontado a la puerta de la tienda de lona. Inmediatamente la misma mano que le había derribado tiró de una de sus piernas para el interior de la tienda. De pronto se encontró con tres pistolas apuntándole, una de ellas a escasos centímetros de la cara y empuñada por el hombre que le había derribado. Un hombre calvo y con un bigote canoso perfectamente recortado. Sus ojos clavados en los suyos le decían además que estaba mirando a alguien a quien su vida, la suya, no le importaba nada y si le daba una oportunidad o excusa le metería una bala entre ceja y ceja sin pestañear. Le reconoció. Le había visto en Ferrara, Italia, una semana atrás.

31. Proyecto AmeriKa.

-¡Basta Eric, no puedo más! Estamos condenados!- dijo casi con un sollozo Crisis mientras se soltaba del brazo de Eric y se recostaba contra una de aquellas frías paredes en medio del túnel.

Eric se detuvo y la miró un instante, sopesó seguir solo por un momento. Crisis no le daba ninguna lástima, indirectamente le había metido en un lío que estaba a punto de costarle la vida, en otras circunstancias la abofetearía hasta que le doliese la mano. Ella percibió esa mirada de casi desprecio y se derrumbó finalmente en el suelo sollozando y apartando la mirada.

Este reemprendió la marcha aunque apenas unos metros más tarde y tras un recodo del túnel se paró. Había llegado a la sala conocida en el mapa como Proyecto Amerika. Observó de un rápido vistazo el lugar y sonrió. Volvió sobre sus pasos hasta donde había dejado a Crisis. Esta se encontraba en la misma posición que la había dejado y se sorprendió al ver llegar a Eric. Sin decir palabra alguna, la levantó y la cogió en brazos, regresando a la sala del Proyecto Amerika. Crisis, que se quedó perpleja por aquella reacción de Eric, acababa de darse de cuenta de que se había enamorado de aquel hombre diez años tarde. Todavía se quedó más alucinada cuando llegaron a la sala.

No era del tamaño de la gruta central donde se encontraban los submarinos pero podía tener una superficie de 200 mts. cuadrados. El plano que habían consultado no daba referencias sobre las medidas de los diferentes lugares de Nueva Suevia. Era un hangar, repleto de grúas, talleres, máquinas. Eric, reconoció dos máquinas troqueladoras industriales de planchas, y lo más impactante... un platillo volante y un avión en forma de ala. Dos objetos, sobre todo el primero, fuente inagotable de leyendas y malentendidos.

Era cierto, había un platillo volante. El suelo del hangar se encontraba a unos 5 metros por debajo de ellos, en la boca del túnel que daba a la sala, por lo que tenían una panorámica total de la enorme superficie. Justo debajo de ellos y sobre el suelo estaba aquel artilugio circular y metálico. El artefacto, del que había visto sospechosas y borrosas fotos en blanco y negro y dibujos, medía unos 5 metros de diámetro, era circular y plano, de color plateado, con una base central en la que se apreciaba una especie de cabina de mando también circular. Toda la cabina estaba rodeada de ventanas del tipo ojo de buey y la misma estaba coronada por una especie de cúpula cónica. En el anillo exterior la nave llevaba dibujado el anagrama nazi. Al parecer los nazis no solo intentaron crear una bomba atómica en aquel lugar.

Pero Eric no se había alegrado por haber encontrado uno de los supuestos platillos prototipos nazis. En el centro de la sala y sobre unos raíles que recorrían la misma desde su parte central y desaparecían por un túnel había un avión, un avión muy especial. Ya había visto aparatos parecidos operativos y considerados tecnología punta y ultra secreta, aunque no tenían sesenta años como aquel. Los famosos F111 americanos tenían la misma forma triangular. Unas naves prodigiosas que debido a sus sofisticados equipos electrónicos y sobre todo a su diseño ofrecían un perfil nulo a los radares. Eran invisibles. Los hermanos Horten se pasaron su juventud, setenta años atrás, en la universidad alemana diseñando prototipos de vuelo sin motor, que ofrecieran la menor resistencia al aire y pudieran permanecer el máximo de tiempo posible en el aire. Con la llegada al poder del nazismo, éstos les ofrecieron todo tipo de facilidades para el desarrollo de sus modelos pero añadiendo motores a reacción. Básicamente el alto mando alemán confiaba que serían capaces de desarrollar un bombardero suborbital propulsado a reacción y que gracias a su especial diseño y configuración de vuelo le permitiría ir y venir de Alemania a Estados Unidos sin repostar con un bajo coste en combustible, al tiempo que transportar una bomba atómica. A aquel proyecto le llamaron simplemente "Amerika". Se sabe que llegaron a hacer volar algún prototipo pero el avance aliado hizo imposible el desarrollo del modelo final. Aquel ejemplar allí estacionado sobre los raíles debía de ser uno de aquellos primeros prototipos. Los americanos requisaron el secreto de aquellos aparatos al final de la guerra y lo adaptaron y modernizaron, pero la base del proyecto estaba allí. Solo había que saber si era capaz de volar o no.

Los primeros aviones a reacción fueron presentados al ejército nazi a finales de los años treinta, pero incomprensiblemente, al menos hoy y desde nuestro punto de vista, la Luftwaffe prefirió desarrollar aviones de combate a hélice, probablemente por una cuestión de coste, tiempo y mantenimiento. El caso es que tan pronto el signo de la contienda allá por 1942 comenzó a equilibrarse del lado aliado, Hitler y sus hombres de confianza comenzaron a dar luz verde a todo tipo de proyectos de desarrollo de nuevas armas con el fin de conseguir la que les diera la victoria definitiva. Hitler soñó hasta el último momento con este arma secreta definitiva, probablemente la bomba atómica. Aunque alrededor de este proyecto crecieron y se desarrollaron otros, quizá menos mortíferos pero sí en algunos casos más espectaculares y vistosos, rayando la ciencia ficción y definitivamente veinte o treinta años por delante de lo que la ciencia podía ofrecer en aquellos días.

Los aviones a reacción que finalmente se llegaron a desarrollar apenas consiguieron entrar en combate o ni tan siquiera ser fabricados en serie, gracias ya a la asfixia que provocaban los ataques aliados. Estos, conforme se iba acabando la guerra y en su avance hacia Berlín eran sorprendidos de tanto en tanto por el ataque de alguna unidad terrestre que parecían poder ver en la oscuridad, gracias a los primeros equipos de infrarrojos, o de increíbles aviones que volaban a velocidades imposibles y que causaban cuantiosas bajas entre sus fuerzas aéreas. A veces descubrían alguna fábrica o capturaban a algún científico o grupo de ellos que mostraba que debían aplastar a los nazis cuanto antes, antes de que pudieran desarrollar una aeronave, carro de combate o bomba que les volviera a dar ventaja, o al menos, en el caso de la bomba atómica, como se ha sabido muchos años más tarde, la capacidad de negociar una rendición honrosa.

Eric se encontraba casi eufórico. La posibilidad de que aquel prototipo pudiera volar después de setenta años era remota, pero iba a hacerlo funcionar aunque fuese a patadas. Casi empujó a Crisis por la escalera de metal que bajaba hasta el suelo del angar. Esta muy aturdida por lo que veía, no era una experta en armamento nazi ni de lejos, se quedó mirando el platillo volante, mucho más aparatoso y ridículo en su forma que el sofisticado y bello prototipo Horten sobre el que Eric se abalanzó. Subió a la carlinga y no sin cierto esfuerzo consiguió retirar la cúpula de madera y vidrio de la cabina, que se corrió mediante unos raíles hacia la parte de atrás del avión. La carlinga resultaba, en apariencia sencilla. El avión se controlaba con una única palanca, parecía sencillo, como una pequeña avioneta tipo Cessna. Había un sencillo cuadro de controles con indicadores circulares de aguja. Muy simple. Altitud y combustible. No hacía falta saber alemán para hacerse una idea de cómo operaba aquel prototipo. Eric sabía pilotar avionetas y tenía pensado en un futuro cercano sacarse el título de piloto comercial, sólo por diversión. El asiento era de madera, evidentemente no habían tenido tiempo de añadir comodidades, pero parecía amplio y podría llevar a Crisis sobre sus pantorrillas sin muchos problemas. Comprobó el depósito de combustible, accionando la palanca justo debajo del indicador. La aguja se movió y avanzó lentamente hasta completar un cuarto del recorrido. Al menos parecía haber combustible suficiente para intentarlo.

Crisis llegó junto al extraño avión. Se sujetaba el brazo izquierdo que le dolía horrores. Se le nublabla la vista y se le había quedado la garganta seca, le costaba tragar saliva. Los labios comenzaban a coger un color morado poco favorecedor. Adivinó enseguida lo que trataba de hacer Eric. Se fijó en aquel extraño aparato en forma de triángulo, con pintura de camuflaje en tonos verdes, no muy apropiada para aquella zona del planeta, montado sobre raíles y luego siguió la vista de estos hasta donde le permitió la vista. Parecían coger un rumbo ascendente y desaparecer por un túnel.

-¿Esta cosa vuela?- preguntó.

- ¡Es lo que trato de averiguar!- gritó Eric mientras se deslizaba por una de las amplias alas de aquel aparato hasta tierra.

-¿Pero esto qué es?

-¡Probablemente un prototipo a reacción de un caza Messerschmitt o Horten. Los nazis al final de la guerra llegaron a desarrollar una serie de armas formidables, muy avanzadas para la época!; Afortunadamente no tuvieron tiempo de fabricarlas en serie...!- dijo mientras echaba a correr por el túnel siguiendo los raíles. Se paró un momento. La luz, todas las luces que hasta aquel momento habían proporcionado una buena iluminación se apagaron un segundo, volviendo a encenderse lentamente, aunque acompañadas de un sonido estridente que parecía salir de todas partes. Eric se paró. El maldito sistema de autodestrucción funcionaba, fuese

cual fuese su funcionamiento. Después de 60 años, aquellas viejas sirenas cual trompetas de Jericó anunciaban el Apocalipsis. Volvió a avanzar por aquel amplio corredor, siguiendo la vía unos 300 mts. Llegó al final y se encontró con que los raíles terminaban junto a una compuerta metálica, parecía plomo macizo, pero al igual que buena parte del metal que había visto en aquella base, tenía una textura especial. Volvió a recordar que había quedado documentado que los nazis buscaron desarrollar metales capaces de soportar temperaturas extremas. Aquella base, la base 211 era la prueba de que lo habían conseguido. Buscó con la mirada hasta dar con el mecanismo de apertura. Era como un puente levadizo. La enorme rueda sujetaba una, también enorme, cadena. No había manera de mover aquello. Observó los engranajes, estaban cubiertos de óxido. Cogió una barra de metal que encontró apoyada contra una pared y golpeó las partes herrumbrosas hasta hacerlas saltar. Liberó la rueda de una palanca de seguridad, que no había visto, lo que habría hecho imposible abrirla por la simple fuerza y con un estruendoso ruido metálico, la cadena comenzó a caer primero y romperse más tarde por efecto del tiempo pasado y el frío extremo. La compuerta cayó en medio de un gran estruendo.

Eric se asomó. Estaba al aire libre, a una altura de mas de trescientos metros, totalmente verticales, sobre el farallón rocoso que protegía la base. Imposible descender por el mismo sin matarse. Los nazis habían excavado aquel túnel en la roca a modo de rampa y gracias a que la pared de la montaña caía verticalmente la misma no había quedado bloqueada por hielos perpetuos aunque la boca del túnel, y todo el túnel en general, eran lo bastante amplios como para que pudiera ser "lanzado" aquel avión. El farallón rocoso era tan enorme y la zona tan agreste y con tan pocas posibilidades de recibir visita que aun buscándola aquella rampa era virtualmente indetectable desde la llanura. Probablemente los aliados se limitaron a comprobar que era segura y que no presentaba fugas de radiaciones y la dejaron tal cual estaba o a lo mejor ni les dio tiempo a comprobarla. Miró hacia arriba, ni pensar en una escalada. Deberían utilizar aquel prototipo a reacción para salir de allí. Se disponía a entrar en el túnel cuando se detuvo. Prácticamente estaba encima de la entrada del desfiladero que llevaba la base. Intentó escrutar la llanura. Janos debía estar alejándose ahora mismo de allí, pero el viento racheado que levantaba la nieve no le permitía una visión clara de la misma. Finalmente regresó.

Janos se cansó de esperar. No entendía qué pasaba, Hans sabía orientarse perfectamente para llegar hasta donde estaba él. A lo mejor había tenido un problema con la moto de nieve. Maldita sea, aquello era un contratiempo. Puso la mochila en el suelo y sacó el mando a control remoto. El sistema de autodestrucción se había activado y el aparato estaba cargado. Sólo tenía que apretar el botón y aquel lugar saltaría por los aires, liberando una cantidad de radiación ingente que contaminaría buena parte de la Antártida... pero no con él allí. Comenzó a alejarse del farallón rocoso a pie, calzando las raquetas que había traído. Era una estupidez porque la sobrecarga del sistema por si sola sin la activación de aquel mecanismo únicamente dejaría a aquel lugar a oscuras. No había peligro si él no accionaba el mando a distancia pero allí ya no hacía nada y decidió regresar al hidro a pie. Esperaba que Hans tuviera una buena excusa.

Ni Eric ni Crisis, ni toda la gente que se dirigía hacia aquel lugar, empezando por el coronel Davemport, conocían este extremo. Para Eric y Crisis aquel molesto sonido intermitente era el prelude del fin. Eric había vuelto al avión. Volvió a subir a la cabina y sin encomendarse a ningún Dios accionó el botón de encendido. No pasó nada. Crisis le miraba expectante desde tierra. El ruido de la sirena de alarma parecía hacerse cada vez más ominoso. Apretó varias veces aquel botón. No pasaba nada. Levantó la cabeza de los mandos y buscó con la mirada a Crisis.

-¡Annelie, mira en la panza, busca una trampilla, justo debajo de la carlinga!

Crisis obedeció. Había una especie de tapa justo debajo de la carlinga, tuvo que agacharse un poco. Eric bajó y la apartó con cierta brusquedad. Abrió la tapa, la misma ocultaba las conexiones eléctricas del aparato, en un avión moderno aquello era conocido como la zona de aviónica o al menos se lo pareció a él así. No había ningún cable suelto o pelado. Aunque lo verdaderamente desesperante era que no tenía ni idea de lo que estaba buscando. Volvió a subir al aparato y obligó a Crisis a hacerlo también. Eric le pidió que le tradujera los rótulos que había en el panel de mando. Crisis corroboró lo que Eric había intuido en un principio. Ambos se quedaron mirando aquel viejo tablero de control, hecho en madera. Luego se miraron el uno

al otro. Eran dos extraños en el más extraño y recóndito lugar de la Tierra, a cientos de kilómetros de cualquier posible ayuda, atrapados en un lugar desconocido y sometidos a un nivel de radiación mortal

32. Cuando los segundos cuentan.

Hans tenía la nariz rota, se había atragantado un par de veces con su propia sangre y comenzó a temer por su vida. Fue al abrir la lona de la tienda de campaña. Le habían roto la nariz de un puñetazo y justo cuando llegó al suelo, algo le sujetó por el tobillo y le arrastró al interior de la tienda. Fue cuando le vio. No tuvo tiempo de decir nada. Davempport, aficionado al boxeo y probablemente todavía conocedor de un buen número de maneras de causar dolor extremo, lo levantó y lo puso de pie, volviendo a hundirle el puño en la cara. A continuación se las ingenió para descargarle una patada en la entrepierna que le hizo ver las estrellas y dejarlo en el suelo, otra vez, en posición fetal.

-¡Solo lo preguntaré una vez, desgraciado! ¿Dónde están los otros?- dijo casi rechinando los dientes. -¿Dónde están Oppenheimer y el resto?

Hans recobró dolorosamente parte de la sensibilidad perdida en sus partes y se pasó la mano enguantada por la cara, dejando un rastro de sangre considerable en el mismo. Reconoció a su agresor. Era el policía que habían capturado en Ferrara, en el castillo de Oppenheimer. Miró a los dos oficiales, que habían decidido permanecer a la espera de que aquel hombre decidiera matar o no a aquel tipo. No habían recibido instrucciones para actuar en lo que estaba pasando y nunca habían visto moverse a alguien, ni siquiera más joven, como aquel hombre ni a descargar semejante paliza en apenas unos segundos. Además era coronel y ellos simples sargentos. Hans miró a Davempport. Había visto la muerte cara a cara muchas veces y aquella mirada no engañaba. Sabía que aquel hombre llegaría hasta las últimas consecuencias para conseguir sacarle la información vivo o después de matarlo. Fuese la que fuese.

-Están en la base secreta. Janos, una chica y ese Chantereau, es su prisionero!- dijo entre horcajadas de sangre y dientes rotos.

Davempport cerró un momento los ojos aliviado. Su instinto no le había fallado ni Eric tampoco.

-¡Ahora sáquenme de aquí, antes de que esto se convierta en una versión moderna de Hiroshima!

Aquello no era una amenaza.

Janos avanzaba pesadamente alejándose de Nueva Suevia. Pensaba en Hans y en por qué no había venido a buscarle con la moto. Era improbable que huyera, Hans le era fiel como un perro. ¿Y si de alguna manera les habían localizado y le habían capturado? Por un instante se paró, cogió la mochila y sacó el mando remoto con la intención de reventarlo todo aún sin haber salido de la zona de peligro.

En la base secreta, la sirena seguía sonando rítmicamente, aunque tanto Eric como Crisis habían dejado de prestarle atención. Crisis recostada sobre una de las alas del Horten, sollozaba y Eric, desesperado, miró a su alrededor. Volvió a mirar hacia la carlinga y entró dentro de la misma acomodándose, era un decir, en aquel asiento de madera. ¿Cómo diablos llegó a pensar que un trasto como aquel, después de sesenta años podía ponerse en funcionamiento sin mas? Él no era un hombre de fe, pero ahora mismo y como muchos otros en situaciones extremas habría rezado. Estaba furioso y golpeó con el puño sobre el maldito botón de encendido. Se produjo una brusca sacudida. Eric se sujetó, volvió a mirar al cuadro de mandos. No se había encendido ninguna luz en el mismo pero comenzó a escuchar un sonido creciente. Era el sonido de un reactor primero, el derecho, al que se unió unos segundos más tarde el izquierdo. El sonido iba en aumento. Aquel avión, estaba, sesenta años más tarde de lo previsto, calentando motores para iniciar su, probablemente, primer y puede que último vuelo. Crisis también había sentido la sacudida. Miró a Eric y este la miró a ella. Se precipitó al interior de la carlinga nuevamente sobre las pantorrillas de Eric. El ominoso y creciente ruido de los dos motores se convirtió en bramido y ambos propulsores comenzaron a escupir fuego. El aparato no se movió, pero comenzó a rechinar. Eric desbloqueó la palanca que los sujetaba a los raíles y el aparato con un rechinar de los mismos comenzó a moverse. Eric cerró la cabina y tomó el monomando de la nave. Lo sujeto como pudo en medio de crecientes vibraciones. El aparato ganaba velocidad a grandes pasos al tiempo que retumbaba y aumentaba las vibraciones. Eric estaba convencido de que era posible que aquel artefacto

estallara en cualquier momento en medio de aquel túnel de lanzamiento. El aparato siguió ganando velocidad y se aproximó a una velocidad creciente a la boca del túnel. Eric con Crisis sobre sus pantorrillas, apenas podía ver los controles pero calculó que debían haber alcanzado una velocidad superior a los 200 Km. por hora. ¿Sería suficiente para remontar el vuelo una vez se acabaran los raíles?.

Janos volvió a pararse. Hans no aparecía por ninguna parte. Algo iba mal. De repente se dio cuenta de que si los servicios secretos británicos o americanos les habían localizado y le capturaban, todos sus esfuerzos habrían sido en vano. Era el momento de tomar decisiones. Y pensó que sólo podía tomar una. Otros tomarían su relevo, él había cumplido de sobras. Se deshizo de la mochila y sacó el radio mando. De repente y quizás transportado por el viento, le llegó el ruido de un trueno. Se giró y miró hacia el farallón que ocultaba Nueva Suevia. Se había alejado unos dos kilómetros. Pero a pesar del viento y las rachas de nieve en polvo que le cegaban de vez en cuando, pudo ver como algo grande y de una extraña forma triangular se le acercaba por el aire. Se quedó bloqueado mirándolo. Incapaz de reaccionar. Aquel aparato le pasó justo por encima en el momento en uno de sus motores estallaba.

El Horten había abandonado la rampa de lanzamiento en el momento justo en que el reactor derecho explotó, dejando desnivelado el aparato que al principio y por la inercia se elevó en el cielo para instantes después comenzar una caída. La cabina se había llenado de humo, chispas y fuego. Crisis gritaba aterrada y Eric, que a duras penas podía mantener aquel aparato en el aire, notó como se le secaba la garganta y se le paraba el corazón. El aparato se precipitó al suelo, aunque en el ángulo justo para no caer en picado y efectuar un primer choque con el helado suelo que hizo rebotar al aparato y volver a elevarse unos metros para volver a caer, esta vez a plomo y deslizarse bruscamente unos doscientos metros más. En ese recorrido, el segundo motor se desconectó solo y el ala derecha saltó en pedazos, en medio de una gran llamarada. Cuando el avión se paró Eric palpó a Crisis. Estaba viva pero se había golpeado la cabeza con la carlinga y tenía una brecha en la frente. Él movió las piernas y descubrió que éstas le respondían. Apenas podían respirar. Retiró la carlinga sin problemas y el aire frío les reanimó. Se levantaron como pudieron. Crisis, que estaba sentada sobre las pantorrillas de Eric también parecía controlar todos sus miembros y al levantarse, lo primero que hizo fue mirar hacia atrás. Habían dejado un rastro bien visible, con restos del avión y pequeños fuegos en el trayecto de su accidentado aterrizaje. También vio algo que la hizo exclamar sorpresa y que casi la vuelve a sentar sobre Eric que en aquel momento se incorporaba. Eric la miró y siguió su mirada. A apenas unos cinco metros de los restos del aparato Janos les observaba furioso y desencajado. En la mano derecha llevaba el radio-control y se disponía a accionarlo.

33. Combate en los hielos.

Eric observó impotente, desde donde estaban, la solitaria figura, que comenzaba a sonreír. Aunque ni siquiera Janos sabía muy bien si era un sonrisa de triunfo o de amarga victoria. Lo había planeado todo para ser testigo de los cambios sociopolíticos y económicos que su actuación provocaría y ahora veía que no llegaría a verlo. Eric y Crisis habían conseguido escapar. Las palabras de ella en Ferrara, rogándole que no subestimara a aquel hombre, le golpeaban el cerebro. Lo había hecho y ahora se arrepentía. Debería haberlo matado junto a la tripulación del Venture y haberlo dejado como alimento para peces en mitad del Océano Atlántico.

Miró fijamente a Eric y Crisis, que le devolvieron la misma mirada de desprecio. Sobraban las palabras, las peroratas, las frases ingeniosas y las puyas. Janos estaba demasiado lejos para que Eric se pudiera lanzar sobre él y éste lo sabía. Estaba a punto de apretar el botón del mando de control que haría saltar por los aires Nueva Suevia cuando el hielo se hundió unos centímetros bajo sus pies, que quedaron encharcados a la altura de los tobillos por agua. Casi pierde el equilibrio y por unos momentos se olvidó del botón y miró a sus pies. Aquella llanura estaba al nivel del mar y era posible que el choque del avión y el calor que emanaban sus restos hubiera resquebrajado alguna zona helada que cubriera un lecho fluvial, una charca, o que directamente estuviesen sobre el océano helado. Eric saltó del avión con todas sus facultades recuperadas y en unas zancadas alcanzó a Janos, descargando su puño sobre la cara helada de este, arrancándole las gafas que le protegían de la nieve y haciéndole soltar el mando. A su alrededor y alrededor de los restos del aparato el hielo se resquebrajaba peligrosamente, en cualquier momento todos podían estar en el agua, la muerte segura en apenas minutos. Crisis también salió de los restos del avión como pudo, para ser lanzada al suelo por la explosión del segundo motor. Quedó medio aturdida y tirada en el suelo. El puñetazo que Eric le había propinado a Janos le había tirado también al suelo y lanzado el mando de radio control un poco más lejos. Janos consiguió zafarse de Eric propinándole una patada en la cara. Éste retrocedió un momento aturdido, momento que Janos aprovechó para gatear hasta donde estaba el mando. No lo consiguió, el hielo cedió bajo sus pies y se hundió. Se agarró a un pedazo a modo de flotador, pero ya tenía el agua hasta el cuello. Eric se puso de pie y con cuidado se acercó a Janos, tampoco era cuestión de que él acabara también en el agua. Janos le miró, su expresión de triunfo se había transformado en desespero, iba a morir. Ni siquiera extendió la mano para que Eric le ayudara, sabía que éste no lo haría. Sus sentimientos en aquel momento eran una mezcla de ira y miedo. Ira hacia aquel desgraciado que había creído tener en sus manos el futuro de la humanidad, un futuro a pesar de todo que no distaba mucho del que la propia humanidad se había labrado a lo largo del pasado siglo XX y del que ahora apenas se comenzaban a vislumbrar y padecer las consecuencias y miedo por el mismo. Estaba contaminado y sin posibilidades de ayuda. Este último pensamiento le dio fuerzas para hundirle la cabeza a Janos en el agua de un puntapié. Este desapareció bajo el hielo arrastrado por una corriente. Eric pudo vislumbrar su silueta arrastrándose por debajo del hielo hasta desaparecer.

Se giró y buscó con la mirada los restos del avión. Estos habían desaparecido engullidos entre aquellos hielos casi perpetuos. Pudo ver a Crisis tirada en el suelo inconsciente. Se acercó a ella con cuidado de no pisar en falso y acabar como Janos y la recogió en sus brazos. Estaba pálida y con toda aquella ropa de abrigo y puede que también los nervios era incapaz de encontrarle el pulso. Se encontraba muy alterado. La vida, aquella vida por la que tanto había luchado en el pasado y tan celoso de ella se había mostrado, se le escapaba de las manos. Besó a Crisis y se quedó allí, abrazado a ella, en el último rincón de la Tierra. Era un lugar inesperado para morir.

El helicóptero apareció de la nada, sacando a Eric de sus ensoñaciones. Dio una vuelta alrededor de ellos y descendió lo justo sin posarse para que tres personas bajaran del aparato. Eric reconoció a Davemport y a dos figuras que se acercaban con cautela comprobando dónde ponían los pies, seguidos por otro hombre que llevaba un botiquín. Tras sacarle a Hans la dirección tomada por el pequeño grupo expedicionario, Davemport rompió el silencio de radio y llamó al helicóptero del Vindicator que había permanecido a la espera a una distancia

prudencial. Este llegó y tomaron rumbo a la dirección indicada. Al llegar junto a ellos, el médico midió con un contador geiger a las dos figuras abrazadas en el suelo. El aparato emitió un ligero crepitar. Davempport miró al médico.

-¡Están contaminados, pero levemente! ¡si los llevamos ahora mismo al "Vindicator", podrán tomar una ducha de descontaminación y no les quedarán secuelas!

Epílogo

El primer pensamiento claro de Eric a partir de aquel momento le sobrevino dos días más tarde, en una cama. Se despertó de golpe, boqueando como si le faltara el aire, espoleado por un sexto sentido que le avisara de que algo iba mal. Aquella manera de despertarse comenzaba a ser habitual en él. Alguien se acercó y le puso la mano en la frente. James Ford, aquel joven médico que le había sacado 48 horas antes de una muerte segura, le sonrió satisfecho.

-¿Annelie?- preguntó este, mirándole sin reconocerle.

-Perfectamente, algunos síntomas leves de congelación en manos y pies y una fea herida de bala en un brazo, pero se recuperará. Afortunadamente la ducha de descontaminación llegó a tiempo y con la medicación que les hemos suministrado puedo asegurar que no les quedarán secuelas de su exposición a la radiactividad- dijo Ford, mientras le retiraba el suero -¡Tendrá hambre, tómeselo con calma, todavía puede vomitarlo todo!

-No, sólo quiero dormir- dijo Eric recostándose nuevamente en aquella pequeña cama de la enfermería del barco. A él le parecía la cama más cómoda del mundo. Volvió a dormirse.

Despertó unas horas más tarde, con mucha hambre. El enfermero llamó al médico y éste le acompañó al comedor del barco. Estaba todavía un poco atontado pero pudo percibir como todo el personal que estaba en aquel momento cenando cesaba en sus conversaciones y abluciones y clavaban la vista en el recién llegado. Eric se miró aturdido. Le habían dejado un mono de trabajo y un grueso jersey y parecía llevarlos correctamente puestos. Todos sabían que aquel hombre había hecho algo importante, pero no el qué. Todos los oficiales implicados habían recibido órdenes absolutas de guardar silencio, así que sólo podían llegar a imaginarse muy vagamente lo que podía haber pasado. Una cosa era segura, tanto aquel misterioso hombre, como la rubia platino que le acompañaba habían sido sometidos a duchas de descontaminación radiactiva. Eric podía pasar por militar pero no así Annelie Svensson. Todo era muy extraño. En aquella parte del mundo donde los habían recogido no había nada. Sólo hielo. Eric se sentó lentamente en una esquina de una mesa acompañado por el médico y le sirvieron una sopa caliente, que tomó agradecido y con las manos todavía ligeramente temblorosas. Pronto la sala quedó desierta y el sargento Farris, uno de los oficiales que le había rescatado entró en la misma seguido por el coronel Davemport. Eric le miró y sonrió ligeramente. Davemport le devolvió aquel saludo y pidió al médico y al sargento que les dejaran solos.

Davemport estaba emocionado, aunque no lo demostrase. Ya había recibido las felicitaciones del Primer Ministro, de la Reina, del jefe del MI6, incluso James Levine le había felicitado, muy secamente, para acto seguido refugiarse en su despacho y tomarla con sus subordinados. Todos ellos le habían preguntado sobre aquel hombre y no había podido contarles nada, no sabía nada.

Desde que salieron de la Antártida habían pasado cuatro días. Cuatro días frenéticos en los que se había intentado averiguar todo lo posible sobre Eric Chantreau sin apenas resultados. El servicio secreto canadiense había sido informado discretamente del paso por el aeropuerto de Orly en París de un individuo de nacionalidad canadiense llamado Eric Chantreau y solicitaron confirmación de su identidad a la policía de Montreal y estos comprobaron que sí, había un Eric Chantreau, con residencia en Montreal, y que tenía una pequeña galería de arte. Pagaba sus impuestos y no tenía ninguna multa de tráfico pendiente. Davemport había supervisado en el pasado la creación de muchas identidades falsas para darse de cuenta que aquella era la típica suplantación de personalidad. Se cogía a una persona fallecida, se modificaban todos sus datos en la seguridad social y su identidad pasaba a ser asumida por otra persona. Limpio, aséptico y muy caro. Aquel tipo de operaciones no estaban al alcance ni de las mafias más poderosas del mundo. No podían decirles a los canadienses lo que realmente buscaban así que tuvieron que darse por vencidos. No era ahora el momento de ajustar cuentas con un ladrón de arte nunca capturado. Probablemente no había reconocimiento en el mundo para lo que había evitado aquel hombre y las palabras no le salían de la boca. Había obligado a un antiguo ladrón de arte a involucrarse en una de las situaciones

más difíciles que había vivido la humanidad en toda su historia y la había resuelto satisfactoriamente.

Davenport se sentó delante de Eric y abrió un portafolios.

-Aquí tiene su pasaporte, el resto de sus documentos... y- hizo una pausa mientras sacaba de su espalda la pistola de porcelana que le habían quitado a Eric en el Orient Express- su juguete preferido. También le he conseguido algo de ropa civil.

Eric lo miró todo y sonrió agradecido mientras se acababa la sopa.

-Dentro de dos horas nos cruzaremos con el "Blue Storm", un barco mercante. Hemos conseguido que le admitan como pasajero. Le dejará en las Islas Canarias como pidió. Desde allí regresará a Montreal, supongo...- inquirió

Eric no contestó. Lo que hiciera a partir de aquel momento era asunto suyo. De momento y a pesar de las promesas de Davenport, debería cambiar de residencia y puede que de identidad... otra vez.

-¿Y la señorita Svensson? ¿Cómo se encuentra?- preguntó, retirando el plato y cogiendo sus pertenencias.- Me gustaría verla.

-Por supuesto, le acompaño. Está todavía débil pero se recuperará. Algo de hipotermia, ligeros síntomas de congelación en manos y pies pero nada serio. Trajimos un cirujano desde el portaaviones "invencible" y me comentan que ha hecho un gran trabajo con su brazo. Apenas le quedará una pequeña cicatriz. El capitán del "Vindicator" le ha cedido su camarote gentilmente- dijo Davenport mientras recogía sus papeles y se levantaba de la mesa imitando a Eric e iniciando la marcha hacia el camarote del capitán.

-¿Qué harán con ella?

-¡Oh, nada, no se preocupe! Gracias a su declaración quedará libre de cargos. La dejaremos en Londres. Creo que desde allí tomará un vuelo hasta Oslo. Ha prometido mantener la boca cerrada y la creo.

-Es usted un confiado.

-Bueno, confié en usted y no me equivoqué, amigo mío.- Y al decirle esto no pudo evitar sujetarle afectuosamente por el brazo.

-¿Le importaría entrar conmigo coronel?- preguntó secamente Eric a un estupefacto Nigel Davenport.

-No me diga que tiene miedo de una mujer indefensa- preguntó burlescamente el coronel.

-Más que miedo, pánico a hacer una tontería en un momento de enajenación mental transitoria- replicó Eric suavizando su tono. El corazón le latía como hacía tiempo que no sentía, y una sensación rara le invadió el estómago y no era por efecto de la sopa que acababa de tomar.

El coronel Davenport, lejanos sus tiempos ya de padecer síntomas similares, no entendió en un principio a lo que se refería Eric.

-No creo que le guarde ningún rencor, más bien todo lo contrario. Le ha salvado usted la vida.

-Sí, sí, no se trata de eso. Es que los dos hemos pasado por una situación extrema y estamos muy sensibles, yo al menos lo estoy, como hace años no lo estaba. No quiero entrar ahí dentro y hacer una tontería... ¿Lo entiende?- le dijo Eric, tragando ostensiblemente, saliva.

Davenport comprendió.

Annelie, aparecía tremendamente desvalida. Se incorporó un poco al ver entrar a Eric y Davenport, que cerró la puerta tras ellos. Había recuperado algo de color en la cara y llevaba el pelo recogido en una trenza. Tenía las dos manos vendadas y todavía se alimentaba con suero. Sonrió.

-El cirujano y el capitán Ford me han asegurado que no me quedarán secuelas. Parece que conservaré mi pelo y mis dientes- dijo casi de buen humor.

Eric avanzó y se colocó a su lado. Aunque lo intentó no pudo evitar poner su mano sobre la frente de aquella mujer que tantos problemas le había causado. Crisis reconoció aquella mirada y no pudo evitar sentirse ligeramente defraudada. Pensó que el momento había pasado de largo.

-¿Me dejas aquí?- preguntó intentado aparentar una indiferencia mal disimulada.

-Sí, estás en buenas manos y no hay cargos contra ti. Yo debo partir antes de que nuestros anfitriones cambien de idea y nos encierren, el trato no te incluía a ti. Creo que te dejarán en Londres y desde allí te han reservado un billete para Oslo, ¿no?- Dijo mirando a Davenport como buscando un reconocimiento. Este asintió con la cabeza.

-Sí, creo que ha llegado el momento de regresar a casa, al menos por una temporada...-dijo recobrando la sonrisa.

-Me lo temía. Que tengas suerte- dijo retirándose de su lado. Se paró un instante en el dintel de la puerta y la miró. El momento había desaparecido. Sonrió y salió cerrando la puerta.

Dos horas más tarde el Vindicator se mecía plácidamente en mitad del Atlántico al costado del "Blue Storm". Personal del mismo preparó una lancha para efectuar el transbordo de Eric.

Este, de pie junto a la escalerilla del costado del barco se dispuso a bajar. Le dio la mano al coronel Davemport.

-Janos comentó algo que me dio a entender que él no era el único responsable de la operación... ¿Tiene idea de quienes pueden ser y qué harán con ese lugar?- preguntó inquisitivo Eric.

Davemport, que sabía menos de lo que aparentaba en aquel momento se tuvo que morder la lengua para no contarle a aquel hombre más de lo que necesitaba saber.

-Nada de lo que ha pasado aquí ha ocurrido. Todavía tenemos muchas preguntas sin responder y sólo tenemos un viejo testamento y un prisionero que no parece dispuesto a hablar para tirar del hilo y descubrir a los contactos de Oppenheimer. Ni usted ni yo hemos estado aquí. Recuérdelo, tengo plena confianza en usted para que no venda la exclusiva a un escritor en busca del best seller de su vida

- Nadie me creería. De acuerdo, pero por lo que más quieran escondan bien ese lugar...

- Creo que están en ello. Eric, gracias por todo.

Davemport le vio alejarse e inmediatamente su cerebro comenzó a trabajar nuevamente de manera frenética. Quedaba mucho por hacer. Iba a ser un trabajo agotador.

Eric subió al "Blue Storm" no sin cierta dificultad. Estaba todavía débil. Pensaba pasarse los próximos días durmiendo hasta llegar a las Islas Canarias y desde allí...

En aquel momento, lejos de allí, en un enigmático y siniestro lugar, un grupo angloamericano de técnicos y soldados, catalogaba, fotografiaba y finalmente sellaba el lugar. Por segunda vez en sesenta años. El sistema de autodestrucción no había funcionado. Los ingenieros habían recuperado el mando de radio control y desactivado el mecanismo pero igual que sus antecesores sesenta años atrás, no fueron capaces de discernir su funcionamiento.

La expedición de rescate encontró, aparte del platillo volante y los restos del prototipo del bombardero Amerika que Eric utilizó para salir de allí, varias toneladas de oro, platino, tungsteno... y cigarrillos. Además de un laboratorio dedicado a la obtención de agua pesada, idéntico al que los nazis casi consiguieron poner en marcha en Noruega durante la II Guerra Mundial. También descubrieron contenedores con uranio, en un estado de conservación lamentable, que era lo que había convertido a aquel lugar en un pequeño Chernobil. Todo irrecuperable. Afortunadamente y gracias a que el lugar se encontraba en medio de una formación rocosa y a las labores de sellado que realizó el almirante Byrd, algo que pasó factura a muchos de sus hombres, que desconocían la contaminación allí enquistada de por vida, el lugar era relativamente seguro y no había habido fugas de radiactividad. Los técnicos allí desplazados se quedaron con las ganas de estudiar aquel curioso dispositivo de "recalentamiento" y el sistema de emisión de ondas y la posibilidad de hacer estallar mediante radio-control el lugar. Tampoco, al igual que sus homólogos sesenta años atrás, pudieron estudiar el platillo "Vril" y su, supuesto, revolucionario sistema de propulsión. Aparte de que se tenían órdenes de permanecer en aquel lugar el menor tiempo posible, aun llevando la protección necesaria. Todo estaba contaminado y su transporte habría sido costoso e imposible de ocultar. Se cerró el lugar. El túnel que había servido de rampa de lanzamiento del Horten, quedó sellado con cemento inyectado a presión y finalmente los últimos militares abandonaron el lugar por donde habían llegado Eric y sus captores.

Los últimos soldados, embutidos todavía en sus sofisticados trajes antirradiación esperaban a la salida del complejo, en el desfiladero. Hacía mal tiempo, si no se daban prisa podrían tener dificultades para salir de allí. El coronel al mando de los ingenieros encargados de sellar definitivamente aquel lugar se dio cuenta de que faltaba uno de sus hombres.

-¿Dónde está Simmons?- preguntó a los otros cuatro hombres que estaban allí. Todos se miraron, inclusive los dos que preparaban las cargas que esperaban derrumbaría parte del desfiladero y cualquier pista de la localización del lugar.

De repente, Simmons apareció por la salida de la cueva, avanzó hasta el coronel y se quitó la capucha del traje anti-radiación. Lo que sorprendió todos. Allí no había riesgo de contagio, pero

habían recibido órdenes de no exponerse directamente al aire del lugar en varios kilómetros a la redonda.

-¿Qué hace Simmons? ¿Se encuentra bien?- preguntó extrañado aquel curtido militar.

-¡No podemos sellar el lugar, mi coronel. Creo que debería ver lo que he encontrado!- dijo este sofocado por la carrera que había dado.

Sant Just Desvern 23 de Enero del 2008

Completada revisión inicial el 16 de Abril del 2008.

Completada segunda revisión el 27 de Agosto del 2008.

Completada tercera revisión el 2 de Septiembre del 2008.

A mi hermana Mónica, a Ricard Fernández, José María Alcántara y José Luis Serrano, por estar ahí cuando los necesito.